

antes 111968-1M,



BIBLIOTECA NACIONAL
DE CHILE

Volúmenes de esta obra.....

9
197
3

Sala en que se encuentra.....

Tabla en que se halla.....

Orden que en ella tiene.....

Volúmenes
Tablas
Ordenes

BAY 6274

BIBLIOTECA NACIONAL



0441146

9(197-3)

MURMURACIONES

ARTICULOS DE CRITICA SOCIAL I LITERARIA

POR

PEDRO N. CRUZ



SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA DE "EL INDEPENDIENTE"

21 — Chirimoyo — 21

1882

382

MURMURACIONES

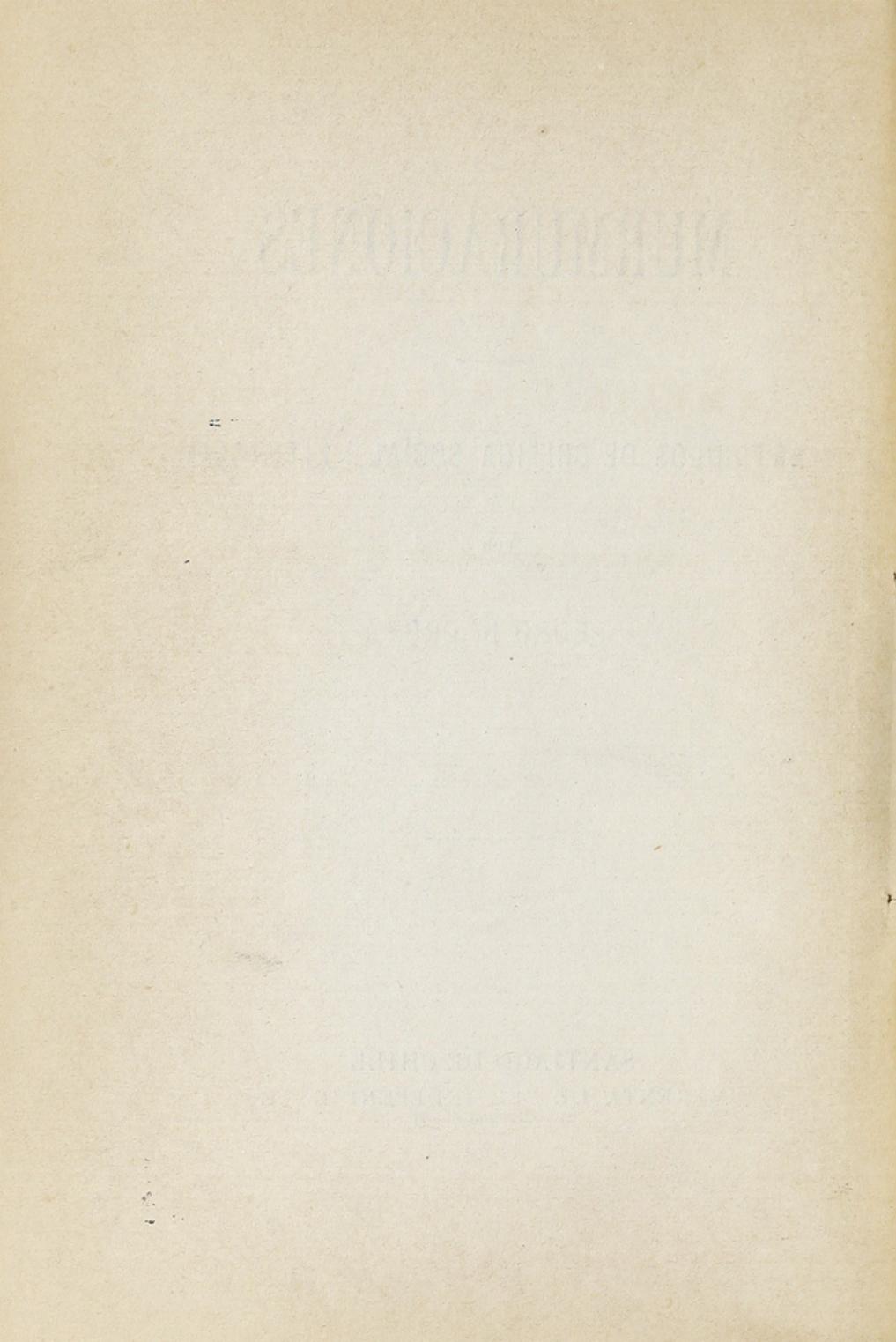
ARTICULOS DE CRITICA SOCIAL I LITERARIA

POR

PEDRO N. CRUZ



SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA DE "EL INDEPENDIENTE"
21 - Chirimoyo - 21
1882



A LA SEÑORITA

AMELIA CORREA VERGARA

EN HOMENAJE

A SUS VIRTUDES I COMO TESTIMONIO DE CARIÑO

Su afectísimo primo

PEDRO.

AMERICA CORREA VERGARA

ESTA LIBRERIA SE PUEDE OBTENER EN LA CALLE DE SANTA

ANTONIO DE LA CRUZ, 10, EN EL MERCADO DE LOS LIBROS.

AL LECTOR

Temo, amigo lector, que encuentres un tanto rara la colección de ensayos que ahora te ofrezco, porque, a decir verdad, no los he escrito en ratos de ocio, ni los publico a ruego de amigos importunos. Mas, para no decir la verdad a medias, agregaré que es a mi juicio malísima manera de solicitar la induljencia del lector, el decirle que la obra que tiene en las manos ha sido desdeñosamente escrita para él en momentos perdidos. Lo que mas en ellos se hace es bostezar i el bostezo es mui contajioso. Natural me parece que el lector, a vuelta de dos o tres páginas,

Abra la mano, caiga el libro i ronque.

Respecto a los amigos, tengo para mí que la tal palabra *amigos* es el seudónimo de cierto anhelo que aguija al autor i no lo deja reposar, hasta que ve estampado su nombre en la portada de un libro.

Otros escritores hai que, en vez de aprovechar los ratos de ocio escribiendo, prefieren robar horas, ya al descanso, ya al sueño i, mas comunmente, a ocupaciones que no dejan tiempo para nada. Bien están semejantes disculpas en las cartas, cuando uno pide que le dispensen la mala letra o lo desaliñado del estilo, i aun, si se quiere, en publicaciones cuya demora podria ocasionar perjuicios; pero ¿quién apura la publicacion de una obra literaria, si ya no es que se escriba para ganar dinero? ¿Ni qué importa al lector que la tal obra sea parte de un ingenio desocupado o laborioso? Estos son ardides que no pueden engañar ni al crítico mas mediocre.

Sea de ello lo que fuere, confesaré, por mi parte, que, al publicar estos ensayos, mi propósito no es otro que el de ser útil al

que quiera leerlos. Si lo consigo, me daré por mui contento, si no, válgame mi buena voluntad en disculpa de haber publicado un libro inútil.

I no te espante, lector, el título de MURMURACIONES. No se trata aquí de chismes, ni de alusiones personales, ni de criticar con desvergüenza i encono. Son observaciones recojidas en el campo social i el literario, i tal cual vez en el político i el religioso, con algunos comentarios que mucho me temo no han de ser ninguna novedad para las personas experimentadas i estudiosas.

l condena de la muerte, a la que el rey no quiso darle. Yo
yo no soy de la que creen la pena capital es una injusticia, mas el
mismo articulo en la otra que se considera es una pena capital es
sistema del oficio de los padres de la que se considera una sub
sistema de la otra. Sólo que el oficio de los padres de la otra es
más grave que el de la otra.

UN MUCHACHO DE ESPERANZAS

Siglos atras (obsérvese, de paso, el alto punto de vista
en que me he colocado), siglos atras, digo, la gloria mas
grande que la juventud ambicionaba era ganar una corona
en los juegos públicos, distinguirse en el ejército,
excitar la admiracion de sus conciudadanos con acciones
heróicas, sacrificarse por la patria o merceder elevados
cargos en la república. Anhelóse, despues, llevar a cabo
grandes hazañas i aventuradas empresas, no para el bien
comun, sino con el loable fin de agradar a una mujer.
Ahora no hai satisfaccion comparable a la que siente un
joven cuando alguna niña le dice: «¡Cómo me ha gustado
su lindo artículo de ayer! ¡Tan hermosos versos! ¡Si
supiera usted lo que me ha hecho llorar la pobre Alicia!» o bien cuando recibe las felicitaciones de un
amigo profundamente penetrado, al parecer, de sus pa-
labras: «¡Bien, chico, bien! Hai chispa. Sigue adelante:
vas por el buen camino.»

I véase lo que son las cosas: ántes, para merecer nombre i fama, trabajaban en robustecer el cuerpo sujetándolo a toda clase de penosos ejercicios, i procuraban adquirir elevados sentimientos con el ejemplo constante de las grandes acciones, miéntras que en este tiempo créese que para conquistar gloria, basta escribir i mandar a la imprenta lo que primero se ocurre. Así vemos lanzarse a los jóvenes por el sendero de las letras, tan ameno i fácil de recorrer a la simple vista, sin probar ántes sus fuerzas, sin conocer los recursos del idioma, sin el juicio necesario para madurar sus ideas i no caer en ridiculez por aparecer sublime. Oídos los elojios de los amigos i oída la opinion de los ignorantes (digna de desprecio cuando es adversa, pero de grande estimacion si es favorable) crece la confianza en las propias fuerzas; el afan de añadir nuevos laureles a los ya conquistados, no deja tiempo para cultivar la razon i el gusto, i a tal intelijencia que hubiera podido remontarse mui alto si hubiera aguardado con sosiego que la robusteciera el estudio, le acontece lo que a esos árboles destinados a una grande elevacion, que se inclinan al suelo i arrastran por él sus ramas por haber faltado, al principio, un apoyo a la debilidad de su tronco.

Prueba de ello es mi sobrino Pepe, cuya vida literaria tengo de referir a mis lectores.

De carácter vivo, intelijencia despierta i regular aplicacion, hizo su primer ensayo literario a los doce años, cuando estaba en el colejio, i fué una sátira contra uno de los alumnos del curso de filosofia, a quien cayó mui

en gracia la teoría de Hobbes sobre los derechos de la fuerza i había hecho recientes aplicaciones en mi primo. La sátira fué vivamente aplaudida, pues, a la sal de que abundaba, se juntó la escasa popularidad del discípulo de Hobbes. No echó mi sobrino en saco roto este primer buen éxito: hizo algunos discursitos para celebrar a sus profesores el dia de sus cumpleaños; repitió lo de la sátira, siempre con jeneral aplauso, i suspiró por el año en que pudiera cursar literatura. Vino, por fin, el año, i tales simpatías despertó en mi primo el estudio de las letras que llegó a convencerse firmemente de que eran su vocacion, i así dedicóse a ellas con todo el ardor de sus juveniles ambiciones. Bastante disparatadas i pedantescas eran las composiciones que presentaba en la clase; pero traslucian cierta orijinalidad i gracia que auguraban, por ese lado, a su autor un risueño porvenir.

Sucedió que por ese tiempo varios amigos de mi sobrino fundaron un periódico literario, i como las circunstancias no podian ser mas propicias para estrenarse en la carrera de escritor público, acojió Pepe alborezado la propuesta de colaborar en su redaccion. Tímido al principio, publicó un poemita mui triste i melancólico, titulado *Mi infancia* i tiernamente dedicado a su madre.

No hai para qué contar los sobresaltos, las ajitaciones, los insomnios que precedieron al dia de la publicacion del poemita, ni el cuidado con que corrijo las pruebas, cuidado que no fué bastante para impedir la aparicion de tres erratas que estuvieron a pique de hacerle perder a Pepe la cabeza i que fueron tres puñales

que por mucho tiempo llevó clavados en el corazon. Se publicó el poema. ¿Cómo describir la complacencia infinita de mi primo al ver su nombre impreso en grandes caractéres? ¿Cómo contar los castillos que fabricó, las ilusiones que le brotaron i los planes que formó? ¿Qué decir de la mamá que andaba mostrando el papelucho a cuanta persona encontraba? Hizo su aparicion el soneto en domingo, i Pepe salió a pasearse con cara de autor laureado, i cada vez que veia a dos personas conversar i que lo miraban, creia oír a una de ellas que decia a la otra: «Ese jovencito tan simpático que va por ahí es el de *Mi infancia*.» En su casa apostrofó con dureza a una de sus hermanas que se atrevió a llamarlo «muchacho entrometido,» a causa de ciertas observaciones que él se tomó la libertad de hacer sobre las mujeres en jeneral, i desde ese dia memorable Pepe se tuvo en mayor estima, trató a sus condiscípulos con mas reserva i principió a adquirir de una manera algo vaga la idea de que talvez tendría una mision que llenar como escritor.

El primer paso estaba dado. Ansioso mi primo de manifestar al público la variedad de sus conocimientos, dió a la estampa una composicion descriptiva i poco despues, sin miedo alguno, escribió un artículo filosófico-social con el título de *La Libertad i la Revolucion*, pésimo extracto de un capitulo de una obra francesa que al intento había hojeado. Cúpole a este artículo la triste suerte de ser leido por el redactor de un diario de provincia, quien, considerándolo como artículo de mucho fondo, no vaciló en reproducirlo en su diario i no satis-

fecho con esto, llamó en la crónica la atención del público con un parafaito que decía: «Llamamos la atención de nuestros lectores al profundo e interesante estudio sobre la Libertad i la Revolucion, que hemos tomado de un periódico de la capital i reproducimos en otra columna.»

No es posible describir la alegría interior de Pepe al saber esto, i digo interior porque tuvo gran cuidado en no manifestarlo, queriendo hacer creer que el asunto del diario no le importaba dos cominos.

Ya con esto la idea de la misión tomó mayor consistencia; la mirada vivaracha de Pepe se convirtió en la de un hombre constantemente ocupado en profundas lubraciones; principió a hablar delante de sus mayores con una autoridad que daban ganas de aplicarle al chico un par de soplamocos i dió en ser un pequeño pedante que llevaba trazas de hacerse insoportable.

En vista de estos triunfos i envalentonado por las alabanzas de los amigos, dedicóse Pepe casi exclusivamente a escribir poesías fujitivas, leyendas i cuentecitos que eran los géneros que mayores facilidades le ofrecían, pues creía Pepe que el salir bien en ellos dependía únicamente de la fecundidad del propio ingenio, sin que fuese menester estudiar los modelos, i así luego se dejó de estudios filosóficos, para lo cual también fué parte el haber comprendido mi primo que la amenidad i gracia de su musa no se avenía bien con los áridos problemas de la ciencia social.

Pero tuvo otros resultados la desatinada afición de Pepe a escribir. Disgustóse pronto de los ramos que

cursaba: descubrió que las matemáticas eran mui secas, que el latin estaba muerto, que la lójica era pura broma puesto que él raciocinaba desde hacia tiempo sin necesidad de reglas, que la metafísica era un embrollo i en literatura se declaró francamente partidario del romanticismo i no le paraba la lengua en punto a la libertad del jenio. Quejáronse los profesores; lo reprehendió su papá: él no hizo caso. Felizmente le faltaba poco para concluir las humanidades, i mal que mal dió sus exámenes, recibió con cierto desden el diploma de bachiller i asistió al curso de leyes en la Universidad.

I aquí viene lo bueno, pues como mi primo contara ya diez i seis años i se viera estudiante de derecho, consideró de absoluta necesidad el tener una Dulcinea a cuyos piés habia de arrojar los laureles conquistados en el honroso campo de las letras i cuyos inmensos tesoros de amor lo fueran tambien de poética inspiracion. No vaya a creerse que estas reflexiones se las hizo Pepe a sangre fria, de ninguna manera: estaba ya bajo la influencia, débil todavía, de una chica de catorce primaveras i romántica a mas no poder. Hubo miradas, él la siguió, le paseó la calle; la niña comenzó por hacer jestos de desdén i acabó con miradas tan lánguidas i tiernas que hubo ratos en los cuales Pepe creía que ella estaba mas enamorada de él que él de ella.

Enmudeció la musa de mi primo en presencia de este nuevo sentimiento: mas luego se alimentó de él i comenzó a ver la luz pública una serie de poesías eróticas en todos los metros i estrofas conocidos i una infinidad de

de novelitas i leyendas: orientales las unas, escritas a la manera bíblica, llenas de palmeras i bambúes, de aduares, desiertos i caballos árabes. En ellas los amantes solo comian dátiles i no se casaban, aun cuando no les hacia falta el dinero, porque andaba un rajah de por medio, o un beduino de mala índole. Pasaban otras en Arauco, en tiempo de la conquista, i ahí corria el Bio-Bio entre epítetos mui bonitos, se citaba a Ercilla, para todo salian Caupolican i Lautaro, i el asunto versaba las mas de las veces sobre una desdichada india que tenía un amante de su país i otro español, i ella despreciaba al indígena que la quería para esposa i correspondía al español sin averiguar para qué la quería: de lo cual resultaba que el indígena asesinaba al español, i la india se moría de pena, o el español desollaba vivo al indígena, i al poco tiempo después se veía a la india lamentarse como Ariadna i morirse también como ella. Todas estas composiciones rebosaban de tan disparatada ternura i de expresiones amorosas tan fuera de lugar, que el papá de la niña hubo de caer en la cuenta de que todas esas cosas eran para su hija i le prohibió leer dichos artículos.

Pepe no acobardó, i en vez de apurarse en concluir luego sus estudios para trabajar, siguió adelante con sus ilusiones; i el amor por un lado i por el otro el deseo de poseer cuanto antes la gloria que no dudaba alcanzar siguiendo el camino por que iba, le inspiraron tan profundo disgusto por todo lo que oía aleyes, que un día su papá le mandó con caja de vinagre dejarse de tonterías i no volver a escribir. Mi sobrino se

hizo el sordo: pasó una noche desvelada buscando un seudónimo i siguió adelante.

En tales circunstancias estaba él cuando vino a hacerme una visita.

—¿I cómo andamos de estudios? le pregunté.

—No me hable de estudios. Esas leyes... les tengo un odio... tan secas, tan llenas de enredos i minuciosidades... No he nacido para abogado.

—Pues entonces habrás nacido para médico, porque para alguna de las dos cosas se ha de nacer.

—En casa se han enojado conmigo; pero la verdad es que las letras son mi vocacion. Bien me conozco. Creo que cultivándolas podré ser algo mas tarde, miéntras que los Códigos solo harán de mí un leguleyo.

—¿Con que te sientes con vocacion para las letras? Pero has de saber que no hai jóven que no crea sentir igual llamado i no es posible que todos.....

—¡Bah! Pero mi vocacion es probada.

—Así será. ¿I qué haces para seguirla?

—Lo que usted ve: me ensayo en escribir.

—Pero, Pepe, ¿crees que esto de escribir bien, es solamente negocio de gastar tinta? ¿Qué provecho te trae ese afan de publicar? Llegarás a adquirir gran facilidad para expresarte; pero esta facilidad, que por ahí suelen llamar fecundidad, es en buenos términos pura charlatanería, el mayor mal que puede sobrevenir al que como tú es principiante en la carrera literaria.

«Podrás llenar en un momento muchas cuartillas de papel; pero las ideas serán vulgares i el estilo tan pobre,

tan desaliñado, tan incorrecto i lleno de pleonasmos, que ha de causar pena su vista.

«Las cualidades del estilo i de la elocucion, el conocimiento de los recursos del idioma, de ninguna manera se adquieren a fuerza de escribir, sino con el estudio constante i detenido de los maestros de la lengua. Demóstenes, para formarse el estilo, copió hasta ocho veces por su mano la historia de Tucídides.

«Esa pertinacia en el estudio es propia de los grandes ingenios: no te exijo que la imites; pero se puede conseguir el mismo fin tomando nota en un cuaderno de todas aquellas palabras i frases usadas por los clásicos. Este cuaderno, hojeado a menudo, te será de mucha utilidad, pues el escritor ignorante del idioma desecha con frecuencia ideas o se enreda en circunloquios, por no saber que hai palabras propias para esas ideas.

«I dime, sobrino, ¿qué género literario es el que mas te gusta?»

—¿El que mas me gusta? Las leyendas i poesías; estoí ahora escribiendo una comedia.

—¿De modo que ni siquiera te has tomado el trabajo de mirar la cara de tu musa? Es de no creerlo, porque, si no me equivoco, hace ya cinco o seis años que escribes. Menester es ensayarse al principio en diversos géneros, i si se tiene verdadera disposicion para las letras, luego se encontrará uno en que la intelijencia parece estar con mas desahogo i la pluma corre mas fácilmente. Si a las veces ofrece sus dificultades el conocer uno las tendencias de su espíritu en esta materia, debe consultar

a las personas ilustradas, quienes dificilmente pueden equivocarse en sus apreciaciones a este respecto.

«Probada la inclinacion a un género, sea éste en adelante el principal objeto de los estudios literarios. Han de ser tan familiares los autores que mas se han distinguido en la materia, como los modelos del lenguaje: *nocturna versate manu, versate diurna* (i te lo digo en latin, no por creer que lo entenderás mejor, sino para mayor autoridad). I de este modo, si tienes paciencia para ensayarte en composiciones apropiadas a tus fuerzas, para solicitar i aprovechar la crítica de las personas instruidas, si no cedes a la manía de publicar i si en tus estudios no desmayas, podrás en poco tiempo dar trabajo a los cajistas con seguridad de buen éxito. De otra manera no pasarás de ser un autor vulgar i mediocre.

«Hé ahí como debe obrar el que ambicione distinguirse en las letras; pero tú ¿qué haces? Por el gusto de ver en un periódico tus producciones i oir las lisonjas de los amigos, que no llorarán ni brincarán como el de Horacio, pero que, despues de haber oido con recojimiento la lectura, te darán con aire severo una palmada en le espalda: «Bueno, bueno; no me gusta alabar a nadie, pero ahora.....» por eso, digo, te has metido a escritor, con escasa instruccion, sin guia alguno, sin procurar ilustrarte, sin otros maestros que esos autorzuelos llenos de relumbrones que acaban con el gusto mejor formado cuanto mas con el tuyo, sin conocer mas que de nombre a los clásicos de la lengua i sin tener ideas fijas sobre ninguna materia.»

Excusado es advertir que para mi sobrino fué lluvia mi discurso.

Hace poco cortó su carrera i lo considero irremediablemente perdido, segun es el camino que lleva. No le basta ya ver sus composiciones en letras de molde: háse apoderado de él un insaciable deseo de exhibir su interesante persona. ¿Se abre una escuela? Ahí lo tienen ustedes con la boca llena de civilizacion i de progreso, i habla de una cárcel que se va a cerrar i cita a Franklin. ¿Hai un *meeting*? Pepe es el orador mas acalorado. ¿Se murrió Fulano? Ya está mi sobrino en el cementerio: «Antes que la fria losa cubra los inanimados restos del que fué N. N. (aquí el nombre de la persona con media docena de buenas cualidades) permitid a mi débil voz.....», i sigue el discurso lleno de vocativos al difunto, de exclamaciones mui patéticas, de pensamientos profundos i de dudas e hipótesis sobre la otra vida que mi sobrino emplea inocentemente como figuras literarias, sin sospechar la irreligiosidad que encierran.

Confieso que no habria ocupado la atencion del lector en cosa de tan poco momento, como la que dejo referida, si no fuese que la mayor parte de las producciones literarias que aquí se publican, son obra de injenios tan cultivados como el de mi sobrino.

LOS ILUSTRADOS.

Volamos por el sendero del progreso. Véase si no.

La plebe comete crímenes i en tan gran número como en los países mas adelantados. La policía de seguridad siempre llega oportunamente preguntando que para dónde se han ido los malhechores.

Los artesanos se nos han vuelto artistas. Tienen club i sociedades filarmónicas. Algunos ya principian a abrir los ojos i a no creer en Dios, señal inequívoca de civilización.

Las mujeres han hecho sus tentativas de emancipación literaria, la cual han conseguido plenamente por la sencilla razon de que nadie las tenía sujetas. A Dios gracias, ya se les acabó el alboroto.

Si se trata de bellas artes, estamos en pleno Renacimiento. Abundamos en dos escultores, i dicen que el uno se va porque el otro basta para el consumo. De música, no deja de haber quien toque en los salones cuando

bailan, i para las grandes fiestas, tenemos bandas militares. De pintura, no faltan aficionados.

Teatros no escasean. Lo que sí suele faltar a menudo, son compañías líricas o dramáticas que representen i concurrencia que las quiera oír.

En punto a libertades públicas, ya podemos competir ventajosamente con las monarquías europeas i en especial con la Rusia.

Nuestra hacienda pública tiene un déficit que nos honra i que va en aumento junto con la afición a la Economía Política.

Respecto a descubrimientos científicos, nadie nos puede echar la pierna adelante. Cada cuatro o cinco años, descubre un individuo un mecanismo para volar i otro la manera de dar dirección a los globos. I debe de ser nuestro clima mui favorable para dicha especie de descubrimientos, porque algunos sabios extranjeros, singularmente los médicos, en llegando aquí publican descubrimientos prodigiosos que acaban de hacer, buen éxito que no pudieron obtener allá en sus tierras.

Pero dejemos estas i otras muchas cosas que podría agregar i tendamos, oh lector, una mirada apacible a esa juventud ilustrada, esperanza de la patria, espejo fiel de nuestro adelanto i barómetro de la civilización. Mira a ese enjambre que enseña aquí, aprende allá i acullá disputa; míralos entrar a las imprentas con abultados manuscritos, sin esperar el bigote i las barbas; óyelos cómo hablan de la difusión de las luces, del progreso intelectual, cómo discurren sobre las ciencias i las artes, cómo tratan de

religion i de gobierno sin dejarse arrastrar por añejas preocupaciones. ¡I con qué profundidad, con qué buen juicio! ¡Qué ilustracion tan sólida! ¡I qué de talento habrán menester i cuánto estudio para alcanzarla! Admira a esos individuos que espantan a las mujeres hablándoles de materias de cuya existencia ni siquiera sospechan, que son el asombro de los espíritus limitados para quienes hablar de una cosa es conocerla, i que, llegado el caso de obrar, no son capaces de escribir ni una mala leyenda araucana; es todo lo mas si estallan con una poesía fujitiva. Contempla...; pero dejémonos de contemplaciones i tomemos las personas.

El primero que se nos viene a las manos es el *ilustrado-colejial*, precursor del *ilustrado* propiamente dicho. Es niño que da grandes esperanzas a sus progenitores, tiene en la familia nombre de mui agudo, es respetado por la mamá, fastidia a las hermanas, i el papá le da comisiones de importancia.

Su conversacion es agradable como el canto del zan-
cudo. Todos sus esfuerzos tienden a enredar a los demás con las dificultades resueltas en la clase. Se muere por discutir asuntos filosóficos: el alma de los brutos, el lu-
gar que ocupa el alma humana en el cuerpo, el origen de las ideas, cargando la mano en aquellos dos latinajos: *sicut tabula rasa i nihil est in intellectu*. Cuando se halla presente en alguna discusion, mas que ésta sea entre personas graves, toma parte en ella con sin igual des-
parpajo. Si lee a su padre el diario, interrumpe a cada paso la lectura para hacerle notar una falta de construc-

ción gramatical, i si tropieza con alguna errata de imprenta, como letra cambiada o invertida, dice en tono resuelto i que revela profunda convicción: «¡Esto está malo!» Si tiene flores en la mano, en vez de aspirar el perfume o recrear la vista, se pone a analizarlas haciendo de manera que todos lo vean: el análisis no pasa de distinguir el cáliz, los pétalos i la corola, i al llegar al pistilo i a los estambres, dirá el sexo con toda malicia i vuelto hacia los hombres, como que tambien él sabe la cosa.

En la numerosa familia de los necios, estos niños ocupan un lugar honroso i distinguido. No son traviesos, ni juegan, ni sus mejillas son rosadas, sino que andan como abstraídos i mui dentro de sí mismos, se pasean con gravedad, i molestan con las preguntas que hacen para manifestar que en todo se fijan i que de todo quieren darse cuenta. I basta lo dicho respecto a ellos, que hai otras personas mas principales en quienes ocuparnos.

He aquí al *ilustrado-escritor*. Ya se presenta en la forma de jóven barbudo que a última hora ha descubierto en sí mismo grandes aptitudes para literato; ya en la de mozo imberbe, que desde hace tiempo ha recibido las órdenes menores del apostolado de la ciencia. Ambos a dos rara vez se ocupan en cuentos, leyendas o novelitas. Desprecian esa literatura fácil, como la llaman. I vedlos escribiendo *consideraciones, ensayos, reflexiones, bocetos literarios o filosóficos*, donde no se sabe qué admirar mas, si la grandeza del asunto o la sandez del que lo trata. ¡I cómo discurren en tres páginas sobre el espíritu de las

revoluciones, sobre la civilizacion antigua i la moderna, sobre las clases sociales!

En dos pinceladas quedan resueltos los intrincados problemas de la educacion de la mujer i de la instrucion del pueblo. La ignorancia es el blanco de sus tiros, la persiguen, no le dan tregua. I hé ahí un tercer problema: la ignorancia combatiéndose a sí misma.

Mas no se contentan estos ilustrados con aparecer a los ojos del vulgo como grandes pensadores. Es preciso manifestar erudicion, i ¡cómo la manifiestan!

No pueden nombrar la Poesía sin advertir caritativamente al lector que es un arte, i para mayor provecho le ofrecen una lista de las personas que han sobresalido en él. Toda es jente desconocida i de nombres mui raros, comenzando por un tal Homero i siguiendo con otro tal Virjilio, Dante, Milton o Goethe; i para que vean que el autor, a pesar del profundo conocimiento que tiene de los antiguos clásicos, no cierra los ojos ante el mérito de los poetas contemporáneos, agrega al fin de la lista, dos o tres nombres de infelices compatriotas que se han ocupado en formar montoncitos de *hojas secas*, o en echarlas *al viento*; o que copian i dan al público las notas de una arpa de su propiedad, que deben de tener mui guardada, porque ningun sér humano la ha visto.

En los raciocinios en grande, cuando nos vamos a la esencia de las cosas, con nombrar a Platon i a Aristóteles estamos en el fondo, i ahí podremos acaso solazarnos con una cita del baron de Leibnitz o de Kant, cojida al vuelo en un periódico o revista filosófica.

No llaman a la Inglaterra Inglaterra, sino la nebulosa Albion, sin saber palabra de donde le viene este nombre. Si el escrito es festivo, tendremos Jhon Bull. Otras veces será la patria de Lord Byron, i éste el cantor de *Don Juan*, i cada vez que salga dicho poeta, habrá cambio en el título de la obra.

Al idioma castellano, por fuerza le han de decir «el idioma de Cervántes i de los maestros Avila, Granada, Leon», i sigue la letanía.

Veamos las citas. ¡Qué oportunas i qué nuevas! ¡Cómo se encadenan unas a otras sin interrumpirse mas que para dar lugar al: «Fulano dice a este propósito»!

Si trata de progreso, no dejará el *ilustrado* de acudir con la luminosa idea de Pelletan: «El mundo *marcha*,» como si el mundo fuese un peloton de infantería, i pondrá como modelo «la gran República del Norte.» Si espera cosas que no se dan mucha prisa en venir, como la conversion de las personas sensatas al liberalismo, ahí está como nacida la famosísima frase del inmortal Víctor Hugo: «¡Es preciso esperar!» o la sublime expresión de Lamartine: «¡Esperemos!» ¿Se habla de tal obra amena? Clavado viene el *utile dulci*, i así irá el lector encontrándose con agradables sorpresas, como el *lasciate ogni speranza, el rien n'est beau que le vrai*.

Hai todavía tretas mas ingeniosas, como ir poniendo al pié de la página, en el idioma original, los títulos de las obras cuyas son las frases citadas. No dejará de haber quien crea que el autor sabe muchas lenguas, i que ha leido todos esos libros. Por igual camino va aquello de

traducir las palabras a idioma extranjero. Dicen ¡oh tiempos! i agregan *o tempora!* Hablan de agudeza, chispa, ingenio, i a renglon seguido: *spirit* como dicen los franceses. Esto me trae a la memoria el caso que refiere el P. Isla en el *Frai Jerundio*, de un tontarron de predicador que decia: «*Humillitas* llamó profundamente mi padre san Bernardo a la humildad, como lo puede notar el curioso en sus libros de Consideracion al Papa Eugenio.»

La conversacion del *ilustrado-escritor* es sumamente agradable i divertida. A todo el mundo le habla de sus obras, i asi comienza: «En el articulito que publique en tal periodico...; pero, quizás, agrega, usted no lo conocerá. Tendré el gusto de mandárselo, i le aconsejo que lo lea: hai algunas cosas buenas.» I le refiere a su interlocutor, cómo está escribiendo sobre cierta materia un estudio que le pide mucho trabajo, porque no es aficionado a tratar los asuntos por encima. Luego despues se quejará amargamente de la indeferencia literaria del público i de su mal gusto, i confiesa que no sabe cómo no arroja léjos de sí la pluma. Suele tener un autor favorito i hace gala de admiracion fanática por sus obras, i el tal autor es ordinariamente miembro de la sociedad de alabanzas mutuas de que nuestro joven forma parte.

El *ilustrado-artista* discurre sobre bellas artes que es una maravilla oirle.

Es melómano exaltado, sabe de memoria muchos nombres de músicos famosos i toca a las veces mas o menos mal un instrumento. La música alemana es su deli-

cia, es la única que descubre a su imaginación vastos horizontes i sumerje a su alma en profundas reflexiones. Su opinión es de gran peso cuando juzga del mérito de los artistas cantantes: nadie se atreve a contradecirle. Siempre se le ve en compañía de los artistas i profesores de música extranjeros que suelen venir a nuestras playas. A menudo se le encuentra en las funciones religiosas: apoyado en una pilastra medita profundamente, no sobre el *vanitas vanitatum*, sino sobre el canto llano o los majestuosos sonidos del órgano. Nada saca en limpio de sus reflexiones; pero ya tiene materia para hablar media hora de un *Agnus* o de un *Credo*. No pasemos por alto el temor que le tienen las niñas que tocan piano: ese temor es fuente inagotable de satisfacción para el *ilustrado-artista*, quien reviste entonces un semblante induljente i bondadoso.

Si entra en alguna parte donde hai cuadros, luego pregunta quién es el autor, se coloca frente a ellos con las manos a la espalda i, arqueando las cejas, los examina ya de un lado, ya de otro. Habla de la composición, de la perspectiva i de los escorzos, del claro-oscuro, de las tintas i medias tintas, del colorido en jeneral i de si en el cuadro hai o no *mucho aire*. Critica con calma i seriedad las posturas i los pliegues de las ropas, i, al llegar al examen anatómico, si entre los oyentes hai alguno entendido en medicina, se dirige a él: «Pero usted, le dice, debe saber estas cosas mejor que yo. ¿No le parece que esta vena i los músculos...» I se lleva chasco el médico que ya es-

taba mui alegre por ofrecérsele ocasion de lucirse un poco.

Vueltos al asunto, extenderá la conversacion, i aquí es donde vienen las escuelas, i luego saldrá la fuerza de Miguel Anjel, la belleza de Rafael, el colorido del Ticiano, la gracia i delicadeza del Correggio, el fogoso e inculto Caravaggio, el fantástico pincel de Goya, i así hasta que Dios quiera.

El *ilustrado-artista*, para echarla de perito, suele extasiarse delante de un cuadro ordinario, i exajera las alabanzas hasta el punto de llamarlo verdadera joya del arte. El dueño del cuadro, que no entiende absolutamente nada de pintura, i que lo ha comprado con el único objeto de adornar la pared, queda suspenso al encontrarse poseedor de tales maravillas.

Este *ilustrado* se considera a sí mismo como un manual de Estética, i a todo lo que ve le aplica las reglas jenerales de la belleza, desde el edificio mas grande hasta la pieza mas pequeña que sirve de adorno en los salones. En no tocándole las bellas artes, materia que trata con la autoridad de un profesor, es, por lo comun, individuo complaciente i de conversacion llana i agradable.

El *ilustrado de salon* es el consejero nato de las niñas en la elección de libros. Le piden algo que instruya i divierta, i él, que sabe que estas peticiones de las niñas son por hacerse las juiciosas, les proporciona novelas cuyos capítulos terminen con desafíos, o con aquellos besos delirantes, frenéticos, abrasadores, que acostumbran

darse los enamorados, miéntras los padres investigan ca-
vilosos la causa del abatimiento de su hija.

El *ilustrado de salon* habla de cuanto Dios creó; pero
guárdense de discutir con él. Es tiempo perdido. Sostie-
ne las teorías mas vulgares i disparatadas con argumen-
tos de la misma clase; pero expone las cosas con tal suau-
edad, sin alterarse, con tal cortesía, que el contradictor
no se atreve a decirle nada. Prodigia elogios al adversario,
i se sale de la cuestión i divaga con dulzura i amabilidad
incomparables. No arrebata la palabra, sino que aventu-
ra con delicadeza un «permítame, señor,» o «tenga usted
la bondad de escucharme un rato,» i luego todo lo que
expone es tan claro, tan evidente, tan indudable... Al fin
resulta que era de la misma opinión del otro: «Eso es: lo
mismo que yo decía. Asunto de palabras.»

Si hai niñas presentes, nuestro *ilustrado* en lo mejor
del debate, se dirige a cualquiera de ellas: «¿Qué le pa-
rece a usted, señorita?» Pónese ésta colorada i dice que
no sabe; pero... talvez... le parece... cree... Ello es que
tercia en la disputa, i al poco rato, el asunto se vuelve
piropos, cumplimientos i bromitas inocentes.

Pasemos ahora al *ilustrado-liberal*. Campea en mate-
riás religiosas i en lo que con ellas se relaciona. Donde
se encuentra, no tardan en levantarse discusiones sobre
la infalibilidad del Papa, la libertad humana, el derecho
divino de los reyes, la libertad de cultos, i otras por el
estilo. Es individuo que sabe sobreponerse a las preocu-
paciones vulgares. Al lado del vapor, de la electricidad i
de los otros descubrimientos del siglo, marcha imperté-

rrito por la senda del progreso. Razon tiene para mirar con ojos compasivos a ese tropel de simples que se están sin adelantar un paso, mirándolo i sin querer seguirlo. Con gran propiedad los llama retrógrados, i debería inventar otro nombre que pusiera mas de manifiesto la cándidez de esa gente. ¡Andarse con las antiguallas de creer lo que Dios ha revelado i no creer lo que revelan cuatro o cinco escritores franceses i media docena de frutos del pais! ¡Oh ignorancia! ¡Oh necesidad!

¿I piensan ustedes que para llegar a esa altura olímpica, el liberal no ha padecido trabajos? ¿Se imaginan que ha bebido la ciencia de que tanto blasona, en la lectura exclusiva de periódicos de sus ideas i en libros de propaganda? ¿Se figuran que estudia poco i que eso poco, mas lo dedica a sostener el aparato de sus creencias que a buscar imparcialmente la verdad, como lo dice a gritos? ¡Error! Se quema las pestañas ese hombre, se las quema, arruina su salud, se encorva el cuerpo. Así, a fuerza de vijilias, ha descubierto que todos los escritores católicos son parciales i guiados por el fanatismo, i mui imparciales i dignos de fe los que no son católicos. De esta manera puede reirse de tantos ignorantes que creen que los argumentos que él repite en tono de novedad i de triunfo, han sido mil veces refutados.

El liberal siempre anda llorando a moco tendido las bárbaras e inauditas persecuciones de Jordano Bruno, Rogerio Bacon, Frai Luis de Leon i Galileo con su *eppur si muove*, al cual le debe buena parte de su gloria, i que, para los enemigos de la Iglesia, ha sido un descubrimien-

to tan importante como el mas principal de astronomia o de fisica. Cuando ha nombrado a esos individuos (porque el asunto es nombrarlos i ahí nos quedamos), el liberal saca del bolsillo de los pantalones, la mano derecha que ahí tenia guardada, i, levantando el brazo, exclama: «¡Vengan a decirme ahora que la Iglesia no ha perseguido siempre a todo lo que signifique ilustracion i progreso!» Dicho lo cual, guarda de nuevo la mano, agrega entre dientes un «pscht,» encojiéndose de hombros, da media vuelta en los talones, i estamos convencidos.

El sabe punto por punto todos los crímenes de Alejandro VI i de la famosa Lucrecia. Cuando quiere alegrar al auditorio, cuenta riéndose algo sobre la papisa Juana.

Pero esto es nada en comparacion del horror que le causan las víctimas del catolicismo. Porque él, mediante laboriosas investigaciones, ha llegado a conocer el número exacto de los hugonotes que perecieron en aquella horrible matanza de la San Bartolomé; de los judíos i aficionados a la sinagoga que murieron en las hogueras de la Inquisicion; i de esos desgraciados que acabaron la vida en las sombrías prisiones del Santo Oficio. Enciéndesele el rostro ante semejantes actos de barbarie, se indigna i prorrumpe con grandísima nobleza, a modo de epifonema, en esta frase: «¡Hé aquí a lo que conduce el fanatismo unido a la ignorancia!» Que es como pared que se nos cae encima.

Para consolar a esta alma atribulada, no es menester mas sino traerle a la memoria las persecuciones de la

Iglesia, los mártires. «¡Oh! dice con bastante serenidad i resignacion, eso es demasiado; no lo apruebo. Pero.... usted ve....

«Culpa fué de los tiempos, no de España.»

La lástima es que estos tiempos no huyen irreparables, sino que dan en volver cada vez que pueden.

El liberal, animado de celo evanjélico i procurando la difusion de las luces, acostumbra dar al pueblo, conferencias sobre materias sencillas i adecuadas al auditorio, que se anuncian en los diarios, como «Las ciencias exactas i naturales,» «Organizacion jeneral del mundo,» «El hombre,» «Historia de los imperios asirio, persa, medo i babilonio.» Otras veces estas conferencias versan sobre cierta *moral independiente*, invencion moderna, económica, portátil i de sencillo mecanismo. Aconsejo a todos que se hagan de ella por cuanto es de mucha utilidad en las circunstancias pecaminosas de la vida.

Cuando oigo hablar a un *ilustrado-liberal*, me figuro ver a un niño fumando: chupa, arroja humo por boca i narices, i se cree persona juiciosa i respetable.

Pero no alabemos mas a esta gente: alguien pudiera creernos parciales.

Al *ilustrado de oidas* siempre lo encuentran dispuesto para entrar en cualquier terreno, i si le piden pruebas, confiesa injenuamente que él no sabe estas cosas por haberlas estudiado, sino que se las oyó a una persona mui entendida en la materia.

Agregaré, para concluir, al *ilustrado-especialista*, que deplora el extravío de todos los que no siguen los mismos estudios que él, i al *viajero*, que no hai cosa que no haya visto. Pero ya no es necesario entrar en estas minuciosidades.

EL ESTUDIO DE LAS BELLAS ARTES

Hace poco fui a visitar a un amigo mio a su casa de campo. Hallábase ahí alojado un hombre, al parecer, de cuarenta años, mui grave i sentencioso en el hablar, mui prolijo en las preguntas i minucioso en las explicaciones, de maneras afables pero que no inspiraban simpatia, en suma, uno de esos que llaman *hombres prácticos*, esto es, de buen discurso en los sucesos ordinarios de la vida, pero que carecen de imaginacion. Despues de comer, m'entras el dueño de casa despachaba ciertos asuntos, el otro huésped i yo fuimos a pasearnos por el parque.

Ya era de noche. La luna brillaba en todo su esplendor, i la pureza del aire, la serenidad del cielo i la benignidad de la temperatura daban al espectáculo un encanto indecible. No pude resistir i, recordando la deliciosa noche de luna con que comienza el cuarto acto de *El Mercader de Venecia*, le dije a mi compañero;

—*In such a night* debió de ser! ¡Qué hermosa noche! ¡Qué tranquilidad! Mire usted aquel grupo de árboles, aquel arroyo. ¡Cuán fantásticos parecen aquellos peñascos con sus formas caprichosas! Sentémonos un momento a orillas del lago.

En vez de mirar lo que yo le señalaba, el hombre práctico me miraba a mí, con la sonrisa del que oye un cuento i manifiesta incredulidad.

—¿Es usted poeta? me dijo.

—Nó, le respondí; pero la belleza me cautiva.

—¿Lo cautiva la belleza? Poco entiendo en el asunto. Cuidado, amigo. Créame, créale a un hombre de experiencia. Deje esas fantasías para los enamorados i las mujeres románticas, cuyo oficio es perder tiempo i dinero. El jóven juicioso, su trabajo i nada mas.

Iba a responderle con acritud, fastidiado por esa libertad que se toman los hombres prácticos de dar consejos sin que se los pidan; pero en esos instantes llegó nuestro amigo con no sé qué asunto de compras i ventas. Yo los dejé hablar i seguí con el pensamiento la discusion comenzada.

El vulgo considera que el cultivo desinteresado de las bellas artes, es bueno únicamente como ocupacion de la jente rica i de los espíritus ociosos. Toleremos que ejerçite su necio buen sentido. Jamas le entrará la verdad en este punto.

Por cierto que Dios no ha esparcido en vano en la naturaleza un reflejo de la belleza absoluta i eterna, no en balde ha dado al hombre una facultad para percibir ese

reflejo, medios para expresarlo, i aun el poder de crear nuevas bellezas asociando ideas. Las bellas artes, acostumbrando a el alma a la contemplacion de objetos de un orden superior, ennoblecen los sentimientos, nos elevan por sobre las pequeñeces de la vida, suavizan las costumbres i proporcionan al hombre goces purísimos i dignos del inmortal espíritu que lo sustenta.

Cualquiera puede verificar en si mismo estas ventajas sin necesidad de acudir a los mil casos que se refieren en anécdotas e historias. ¿Quién, por profano que sea, al oír estrofas inspiradas o un trozo de música sublime, no siente enaltecido el espíritu i abierto el corazon a todo lo bueno i jeneroso? ¡I cuán benéfica influencia no ejercen las bellas artes en las relaciones sociales! Producen cierta simpatía entre las personas de buen gusto desde la primera vez que se conocen, simpatía que se manifiesta por medio de finas i delicadas atenciones. Añaden a la mujer atractivos nuevos i graciosos, son materia inagotable i sobremodo útil i amena en la conversacion, i forman a menudo el principal encanto en las reuniones.

Respecto a los placeres que se encuentran en el cultivo de las bellas artes, citaré un noble pasaje de Addison, por convenir tan bien a mi propósito. (1)

«Al hombre de imaginacion cultivada se le abren las puertas de mil goces desconocidos para el vulgo. Puede conversar con un cuadro i hallar en una estatua un agradable compañero. Una descripcion le proporciona momen-

(1) *On the pleasures of the imagination. Pap. I (Spec. núm. 411.)*

tos de callado solaz i la perspectiva de los campos i de las praderas, a menudo le causa mas contento que al que las posee. Adquiere, en cierto modo, una especie de propiedad sobre todo aquello a que alcanza su vista i fuerza a la naturaleza, aun donde se presenta mas ruda i grosera, a suministrarle goces: de tal suerte que considera al mundo como en un nuevo aspecto, i descubre en él multitud de encantos que se ocultan ellos mismos del comun de los hombres.

«Cortisimo es sin duda el número de los que saben unir la holganza i la inocencia, o saborear algun placer que no sea criminal: toman sus diversiones a expensas de esta o de aquella virtud, i no dan un paso fuera de su empleo que no sea en el vicio o la disipacion. Menester es, por consiguiente, que el hombre se esfuerce en ensanchar mas i mas la esfera de sus inocentes distracciones de modo que pueda entregarse a ellas con toda confianza i que sea tal el contento que un sabio no se avergonzara de tenerlo. A esta clase pertenecen los goces de la imaginacion: no requieren una aplicacion del pensamiento tan intensa como la que se necesita en las ocupaciones mas serias, ni tampoco permiten que el ánimo se entregue a esa negligencia, compañera de nuestros deleites mas sensuales, sino que, como un noble i tranquilo ejercicio de las facultades del alma, sacude de ellas la pereza i holgazaneria, sin aplicarlas a un dificultoso trabajo.

«Podemos añadir aquí que los placeres de la fantasía convienen a la salud mas que los del entendimiento, los

cuales se forman a fuerza de pensar, acompañándoles un trabajo del cerebro, amenudo excesivo. Las deliciosas escenas que se descubren en la naturaleza, en la pintura o en la poesía, ejercen saludable influencia así en el cuerpo como en la mente; i no solo sirven para despejar i pulir la imaginación, sino que disipan el pesar i la melancolía.»

Las definiciones que se han dado de lo bello son parecidas a las vaguedades en que se extienden los poetas cuando tratan del amor. Poco importa: bástenos saber que existe i que el hombre es capaz de percibirlo. Menester es, por consiguiente, educar esta facultad perceptiva, este instinto para descubrir lo bello (ya que solo los grandes genios lo poseen naturalmente en toda su fuerza) por medio de la contemplación de los modelos de belleza, acompañada de una crítica ilustrada i juiciosa, que dé a conocer, junto con las bellezas de la obra, algunas particularidades de la vida del autor, i muestre un panorama político, social i religioso de la época en que vivió. Sin conocer estas circunstancias que influyen directamente en la concepción artística, se podrán apreciar las bellezas accesorias; pero no el molde de la obra ni el espíritu que la anima. Por esto no es raro que las personas que, sin la debida preparación, recorren las páginas sublimes de Homero o de Dante, se pregunten confusas dónde está aquello que les ha valido la inmortalidad. En el primero no ven mas que largos i prolijos discursos i descripciones de combates que solo se diferencian unos de otros en los nombres de los muertos. En el segundo

encuentran absurdas alegorías i ridículos esfuerzos para presentarlas de una manera sensible.

Cualquiera de las bellas artes ofrece modelos de belleza; pero deben buscarse principalmente en la poesía, que ocupa el primer rango, porque no hai órden de belleza que no sea susceptible de expresar. Ademas, para la contemplacion de los modelos de las otras bellas artes, se requieren gastos, viajes i sacrificios que solo pueden sobrelevar las personas mui favorecidas por la fortuna; miéntras que todos pueden poseer, gracias a la imprenta, lo modelos de la poesía en todo su originalidad i pureza. Puede decirse que Homero, Virgilio, Dante, Milton i Shakespeare, extienden a nuestra vista los vastos i variados horizontes de la poesía i de lo bello. Mas, para sacar entero fruto de las obras de estos divinos injenios, es preciso atender a algunas consideraciones.

Primeramente, deben leerse estos autores en el idioma en que escribieron, porque la mejor traducción es al original lo que el mejor grabado al cuadro que copia. Las bellezas de pensamiento nos llegan por medio de las traducciones como la luz al traves de un vidrio opaco, i se pierden completamente las bellezas del estilo. Dante, sobre todo, es intraducible: el estilo de la *Commedia* es una de las creaciones mas maravillosas del genio.

En segundo lugar, advertiré que las primeras lecturas de una obra clásica apénas si alcanzan a dar una idea vaga i confusa de su plan. La imaginacion, acos-

tumbrada a las bellezas vulgares, no puede remontarse con un solo esfuerzo a superiores esferas.

Finalmente, el estudio de los clásicos debe ser exclusivo de las obras del mismo género, a lo menos mientras se afirma el buen gusto. De no hacerlo así, seguramente se perderá por un lado lo que se gane por el otro.

El estudio de los idiomas, singularmente de los antiguos, es largo i penoso. Cuando no se ha hecho en la primera época de la vida, se necesita, para emprenderlo, vocación decidida i voluntad inquebrantable. Los que no las poseen recurran a las traducciones, siempre se obtendrá grandísimo provecho. Repito, empero, que ~~mas~~ vale leer en latín veinte versos de un trozo escogido de Virjilio con el diccionario i la gramática al lado, que la mitad de la Eneida en una traducción.

Las ocupaciones i aun las diversiones, nos dejan muchos momentos libres. Unos los emplean en el *dolce far niente*, otros en lecturas frívolas, cuando no inmorales, o en recorrer los periódicos, que, aparte de las noticias políticas i locales, solo sirven para enjendar charlatanes i dar ideas erradas de los asuntos que tocan con tanta superficialidad i aparato. Escójanse algunos de esos momentos para dedicarlos a un canto de Dante, a una escena de Shakespeare, i el alma irá penetrando poco a poco i sin advertirlo, en el santuario de la belleza.

de por es que se mas pase a la intencion, de modo que
lo unico que podemos considerar a los oradores, es que
sorprendan a los oyentes con su capacidad de expresar
necesidades.

Así han llegado a una reunión en que se pronunciaron
discursos. Si queremos levantarnos en segundas para ejer-
cer la función a una sección. Tómense a señalar y formen
a los que se presentan a la reunión. Acepta por ejemplo
en una reunión, resolución por la que se establezca
una comisión, designada por la reunión para que el
comité sea elegido.

Es opinión recibida que para hablar en público no se
ha menester mas sino costumbre y perder la vergüenza,
y así como hay quienes creen que a fuerza de borrajean
papel llegarán a ser buenos escritores, también los hay
convencidos de que hablando en público cuantas veces
se ofrezca, podrán distinguirse en la elocuencia. Ahora,
pues, que no hay fiesta ni nada sin discursos, tenemos a
menudo que escuchar un farrago de palabras y de vulga-
ridades verdaderamente insopportable. ¿Y qué otra cosa se
puede esperar de gente a la cual ni siquiera le ocurre dar
una rápida ojeada a los modelos de oratoria antes de
componer un discurso? Tal individuo estará hablando
desde hace dos años, en veinte reuniones de diversa es-
pecie, que solo conocerá de Cicerón aquel ex-abrupto del
quousque tandem, y de Demóstenes nada, y lo mismo le
sucederá con Bossuet, Mirabeau y los demás de la laya. Y

lo peor es que el mal parece ya incurable, de modo que lo único que podemos aconsejar a los oradores, es que compongan discursos cortos, porque así cabrán pocas necesidades.

Vayan ustedes a una reunion en que se pronuncien discursos. Siéntense. Levántense en seguida para cederles el lugar a unas señoritas. Tornen a sentarse i tornen a levantarse que otras señoritas andan buscando sillas. Acaben por resignarse a presenciar la fiesta apoyados en una columna, regocijense por las muchas beldades que asisten, quéjense del calor, háganse aire con el sombrero i esperen.

Presentase en el tablado un jóven vestido de negro. Blancos son los guantes i la corbata: la camisa es sin mácula i planchada expresamente para la ocasión. Para qué decir nada del peinado, ni de si la navaja le dejó pelos en la cara: ello es que el orador no duda de que la simpatía i gracia de la persona, prevendrán favorablemente al auditorio desde la primera mirada, i es cosa resuelta que se llevará de calle a toda la concurrencia, especialmente a la femenina. Todo lo cual no impide que tenga extraordinario susto, i obraría cueradamente si lo manifestase, porque algunos asomos de confusión i de vergüenza son el mejor exordio de un discurso. A lo ménos, Ciceron lo recomienda, i dice que finja temor i desconfianza en sus fuerzas, aun cuando en realidad no lo sintiera.

Saluda. Con ademan mui noble desenrolla el papel si el discurso es leido, i si no, echa la cabeza atras con

dignidad que la palidez del rostro aumenta; mueve hacia adelante el brazo derecho como para atusarse el bigote, pero en realidad con el loable objeto de sacar el puño de la camisa que se había ocultado en la manga del frac; abarca a la concurrencia con una mirada entre melancólica i orgullosa, i principia.

I aquí es de admirar el ingenio, i tal es él, que Massillon escondería avergonzado aquel célebre comienzo: *Solo Dios es grande*, pues nuestro orador se vale de una astucia que no por usarla todo el mundo deja de producir sorpresa i admiracion, i consiste en hacerse del que no sabe nada de la fiesta i como que le toman mui de nuevo los adornos de la sala. Felizmente se ven por ahí muchas personas que pueden darle noticias, i es natural que el orador les pregunte con tonito curioso i algo asustado: «*¿Qué propósito, señores, qué jenerosa idea es la que os reune en este lugar? ¿Qué significan esas banderas, esos arcos, esas flores? ¿Qué esta música? ¿Por qué habeis venido aquí?*» Corta pausa durante la cual se repite con ámbas manos la maniobra del puño, i, sujetando el derecho con el dedo meñique, se introduce con el índice la punta del bigote en la boca. Recobradas de este modo las fuerzas, prorrumpe el orador en un hermosísimo *¡Ah señores!* seguido de una larga explicacion, en que se apuran todas las figuras literarias, sobre la causa que ha movido a la jente a reunirse. No podemos, por supuesto, negar la necesidad de dicha explicacion porque, de seguro, nadie sabrá el motivo que lo ha traído a ese lugar. Vamos adelante i escuchen ustedes como

llueven pomposas vulgaridades, i tantas que, si las pusieran en verso, formarian una composicion poética muy decente.

Pensar que si en los escudos que adornan la sala, se lee algun mote mas o menos alusivo al acto, i el orador, ya prevenido, no le eche mano i le haga materia de un un parráfo, eso es cuento. ¡Pues qué dejar de hacer una alusion satírica a la última picardia del gobierno, i decirla con una intencion i un allá va esa que no parece sino que hará renunciar al ministerio en masa! ¿I qué decir de los trozos patéticos? Tamañito se queda el *Madame se mcurt*, *Madame est morte* de Bossuet, que hizo llorar a la corte de Francia, la cual no debia de ser gente de andarse con lloriqueos. Podemos, sin embargo, comparar dichos trozos con la parte final de un sermon, cuando éste se vuelve exclamaciones i puntos suspensivos, i principian las mujeres a hincarse de rodillas i a reprimir los sollozos. Cállome la boca sobre los pensamientos profundos, i esa calma i ese ceño que dan a entender al público que el orador no es hombre aficionado a superficialidades, sino al raciocinio, a la lójica de fierro, así.... bien a fondo.... I es de levantarla en pavés cuando saca a los griegos i romanos, porque, de fijo, saldrá con ejemplos manoseados i que todos conocen, o bien serán tales que ni peguen ni juntén. Cátenme ustedes ahí esotra gracia de acabar los párrafos con una cita bien golpeada i que forme antítesis o lleve trazas de paradoja. Esto siempre arranca aplausos i seria de preguntar a quién aplauden, si al autor de la cita o al que

la trae al caso. El último, con todo, se toma mui satisfecho para sí la honra.

Vámonos a la accion que es cosa de ver. I desde luego, ¡cuánta propiedad! ¡i cómo se las compone el maldito para variarla! Si el discurso es leido, se reduce la accion a levantar de cuando en cuando el dedo índice de la mano derecha i sacudirlo como quien amonesta, i, en seguida, dejar caer de un golpe el brazo de modo que quede oscilando un momento como péndola de reloj. No nos paremos en el ademan desdeñoso con que deja en la mesa las cuartillas de papel.

Si el discurso es de memoria, la cosa es distinta. Es menester no dar punto de reposo a los brazos i manos, que si esto no hace el orador, luego dirán los mal intencionados que no sabia que hacerse de estos apéndices del cuerpo. Lo importante es manotear i salga como saliere, i ora mueve los brazos como si estuviera nadando, ora toma la actitud de Júpiter al lanzar el rayo, i no habrá mas que pedir si corrobora un *¡Ah!* o un *¡Insensatos!* con una buena palmada.

El tono es siempre imitativo: todas las exclamaciones han de ser a gritos hasta enronquecerse, i en los pasajes mas tranquilos se baja la voz de manera que nadie oiga, lo cual es en extremo agradable i melodioso.

En los banquetes pueden hacerse observaciones mui curiosas. Hasta individuos corpulentos i de voz atronadora comienzan, con natural asombro de los presentes, con estas palabras: «Permitime, señores, que levante mi débil voz para asociarme a esta manifestacion.» Otros

hai que por no comprometerse o no defraudar las esperanzas del auditorio, principian con una advertencia: «No creais, señores, que voi a pronunciar un discurso. No estoy preparado. Voi solamente a decir dos palabras.» La accion en estos casos se reduce a levantar la copa de cuando en cuando, movimiento que absorbe del todo la atencion de los vecinos, los cuales temen, con fundadas razones, verse bañados con el licor en un arrebato de elocuencia.

En los discursos que se pronuncian en el cementerio, una de las figuras literarias mas en boga consiste en aparentar dudas acerca de los destinos del hombre despues de la muerte. Con esto se da a la composicion un tinte melancólico i lúgubre mui en armonia con las circunstancias. Dichas dudas, sin embargo, no impiden que el orador concluya manifestando que tiene plena fe i confianza en que ya Dios habrá premiado las virtudes del que fué tan buen amigo, tan buen padre, tan buen esposo. No hablemos del «mas allá,» ni del «vacío difícil de llenar,» ni del «que la tierra le sea ligera.» Las hebras de oro i el marmóreo pecho, que canta la infatigable trompa i el dulce caramillo de los poetas, son, en comparacion de los que acabo de citar, nuevos i vigorosos pensamientos.

PESADILLA LITERARIA

Hai *Pensamientos* que solo sirven para dar dolores de cabeza al que los concibe i al que los lee: al primero, por el trabajo de oscurecer i embrollar cosas claras de por sí i que nadie ignora, i al segundo, por no entender palabra, i es que el tono sentencioso, las apariencias de profundidad i la falta de hilacion de los *Pensamientos*, tienden a muchos que, siendo de inteligencia débil, caen con facilidad en el pecado de ser profundos pensadores. Copiando aquí, hablando allá en lenguaje incomprensible, pero siempre de una manera que no admite réplica, vistiendo las vulgaridades con traje afectado i que parezca nuevo, estamos al cabo de la calle; i nada dejará que desear el que a esto agregue de cuando en cuando algunas citas, prodigue nombres de varones ilustres, i trate i juzgue en dos palabras a los autores como si almorcara con ellos todos los días.

Me prestaron (yo leo mucho de prestado i me quedo a veces con los libros) unos *Pensamientos* de estos de que hable, i leí algunos ántes de acostarme. Tuve la pesadilla.

Hallábame en un cuarto que parecía haber servido de cocina muchos años, estrecho, húmedo, con las paredes i el techo ennegrecidas i llenas de telarañas; ratas i sabandijas de todas especie corrían sin temor por el pavimento, que era de ladrillo desnudo; colgaba de las vigas un cocodrilo enorme, i en los rincones se veían mochuelos i vestigios que causaban horror. Solo faltaba el horno i un esqueleto para que pareciera cuarto de nigromante. Algunos antiquísimos pergaminos, esparcidos por el suelo, servían de cebo a las ratas.

Una mesa desvencijada i cubierta de infolios i de polvo ocupaba el medio de la pieza: sentado a ella en una miserable silla de cuero, un hombre parecía sumido en profundas reflexiones, el cual no era otro sino yo. Cubriáme el pecho luenga barba blanca; mi traje era talar, i un bonete terminado en punta me abrigaba la cabeza. Era yo un talento extraordinario i, por consiguiente, ignorado: mis conciudadanos no me comprendían i ahí estaba. Saqué una pobre caja de rapé, tomé un polvo i me iba a limpiar con un inmenso pañuelo de variados colores, cuando se volvió repentinamente anguila eléctrica, i no sé cómo se me fué por el techo. Pedí paciencia, me limpié con la manga i seguí escribiendo, i lo que escribía era unos *Pensamientos*. Mi cabeza era como de plomo; mil cosas extravagantes... no recuerdo... Iba ya en el Pensamiento MDCCCCXLIV:

«Las bellas artes juntas unas veces, separadas otras, ni juntas ni separadas las mas, se enlazan, repelen i confunden para la formacion de lo bello ideal que es la naturaleza misma transformada en elemento sensible mediante la intuicion del jenio. Sanzio i Buonarotti, Vitruvio i Andres Palladio, Mozart...»

Dos ratas traban una lucha que se me figura que va tomando proporciones gigantescas. Acuden centenares de ratas: no cabian en el cuarto. Algunas principian a subirse por las piernas. Quiero moverlas, sacudirlas; pero es imposible... no puedo... ¡Qué desesperacion! Sigo, sin embargo.

«Mozart, Beethoven i en cierta manera Haydn, Jhon, Alighieri i Torcuato, Quinto Flaco i Publio Maron, lo prueban hasta la evidencia. Filias con su Júpiter Olímpico i el pasaje de Homero que lo inspiró, forman a esta regla una excepcion sublime.»

Satisfecho de mi profundidad, me frotó las manos. Abrió la boca el cocodrilo; un vestigio chico me hacia la mamola; la vela se apagaba; sentia que me iba convirtiendo en aerolito; mis brazos...

«En la naturaleza real, como en la imajinaria, se observan con frecuencia inexplicables antítesis: he visto un pedazo de tiza junto a uno de carbon. ¿Alguien los puso o se colocaron solos de esta manera? Es licito dudar en esto.»

Mi cuerpo se iba poniendo ríjido. Un amigo mio entra no sé por dónde i me dice que no sea necio, que vaya

con él a ver unas cerillas mui buenas que ha comprado. Saco fuerzas de mi flaqueza...

«La mujer es... los hombres son...»

El cocodrilo se puso a llorar sin consuelo. La vela se apagó. Confusion. Partí convertido en aerolito, e iba cayendo, e iba cayendo...

Aquí desperté lleno de sobresalto i con mucho dolor en el corazon. Prendí luz i di algunos paseos por la pieza, dando lugar a que se desvaneciese la impresion del sueño. Maté, en seguida, la luz i no cerré los ojos hasta que desapareció la última chispa.

Cuando era niño, me cuidaba una tia temerosa de Dios i de los incendios. Nunca acababa de referirme las desgracias ocasionadas por el descuido en apagar la vela, i me había enseñado una oracion a un santo que se durmió una vez con la vela prendida, encendiéronse las ropas de la cama i el santo escapó por milagro manifiesto. Al retirarme de noche, me recomendaba mi tia cuatro i cinco veces que no me olvidase de apagar la vela, i ademas yo tenía orden de no cerrar los postigos del cuarto. Apenas había entrado en él i cerrado la puerta, cuando se aparecía la buena señora en la ventana. Veía la luz i preguntaba:—Niño, ¿apagaste la vela?—Nó, respondía yo de malísimo humor.—¡Cuidado! Apágala luego.

I esto se repetía cada minuto. Apagaba, al fin, la luz. Mi tia veía oscuro el cuarto, i, sin embargo, me gritaba golpeando los vidrios:—Niño, ¿apagaste la vela?—Sí, tia, ¿qué no ve?—Bueno, bueno. No te vayas a quedar con la vela prendida.

I hé aquí porque no cierro los ojos hasta que desaparece la última chispa. Estoí tan acostumbrado a esto, que los apagadores no me inspiran confianza.

DISERTACION LEGAL

Anche io sonno avocato. Tambien soi abogado, i como es mi deseo proporcionar lectura variada e instructiva, pienso hacer aquí una amena disertacion sobre el usufructo.

«El derecho de usufructo (dice el art. 764, tit. IX, L. II del Código Civil) es un derecho real que consiste en la facultad de gozar de una cosa con cargo de conservar su forma i sustancia, i de restituirla a su dueño, si la cosa no es funjible; o con cargo de volver igual cantidad i calidad del mismo jénero, o de pagar su valor, si la cosa es funjible.»

Los que no sean abogados i conozcan la significacion de los términos legales que aquí se emplean, creerán que si hai en el mundo alguna cosa clara, precisa, bien determinada i que no deje lugar a duda, esa es la definicion que da el art. 764. ¡Error considerable i funesto!

A poco de leer mi disertacion, verán con vista de ojos que si hai en el mundo alguna cosa mas oscura, mas vaga, mas indeterminada, mas *protea*, válgame la expresion, que el liberalismo, esa es la definicion que acabo de citar.

Analicemos.

El derecho de usufructo es un derecho real. De que el usufructo sea derecho real, se deducen importantísimas consecuencias. Primeramente.....

Pero ántes de desarrollar la materia, confesaré mis temores de que vayan a tomar como broma esta disertacion. ¿Qué puedo esperar yo que no he decir nada de lo que pensaron i dejaron de pensar Rogron, Pothier, Dalloz, Troplong, Marcadé i los otros? ¿Cómo puede resultarme algo serio, si no hablo de la *lei 8 D. de cap. min.*, ni de la *L. 8 § 2 ff. de test. tut. § 3. Inst. qui test. tut. dar. poss?* ¡Pesiamí! Si de cuando en cuando encajara latines para decir cosas que se han dicho mil veces en buen castellano, i oler de esta manera a erudito, que es la manía de los que no son capaces de discurrir por si solos, vaya con Dios, daria prenda de docto; pero ni esto. Adviértase, de paso, que las citas en latin no prueban ciencia del latin, sino ciencia de copiar el texto i de guardarse la traducción ajena.

I para que nadie dude de mi falta de malicia en tales asuntos, declaro que la doctrina que voi a exponer la he pensado yo.

—¿Ud. la ha pensado? ¡Miren la gracia! ¿I qué otra cosa habia de hacer?—¿Qué otra cosa? Lo que hacen

todos: sacudir el polvo a tres o cuatro comentadores, extractarles lo que dicen, presentar el extracto como doctrina original i citar largamente a los mismos comentadores como que vienen a confirmarla.

— ¿Ni siquiera, preguntará alguno, robará usted de otro autor i hará valer como descubrimiento propio, alguna cita de Ulpiano o de Triboniano que deje tan a claras o a oscuras como ántes? ¿Ni tendremos novelillas de Justiniano o ahito de Dijesto? ¿I no sabremos la importante opinion del jurisconsulto Paulo o, a lo ménos, la de Servio? Nada, nada de esto he de responder, i para desconsuelo de preguntones, digo desde luego que seré claro i me entenderán los que me lean, i corto i no fastidiaré. ¿Claro i corto en jurisprudencia? Parece chanza, porque he leido comentarios que pasan por modelos de profundidad i de concision i, para definir la palabra principal, gastaban muchas páginas en lo que dijo éste, i veamos lo que dice el otro i el de mas allá, i nadie decia bien, sino que cuando yo creia encontrarme con una definicion que para siempre me sacara de dudas, salia el autor con que: *enmis definitio in juri civili periculosa*, que quiere decir que toda definicion es peligrosa en el derecho.

Si las leyes son enredadas, ¿cómo no se volverán con los comentarios? Porque éstos tanto analizan, tanto hacen deducciones, inducciones, objeciones, que, a poco andar, nadie sabe de dónde lo traen ni a qué parte lo llevan.

Cuando leo las leyes generalmente las entiendo; pero

si algo no me explico i acudo a un comentador, pierdo la cabeza. Resuélveme éste el caso a su manera; pero, en cambio, vienen treinta dificultades en que no habia pensado. Busco salida a éstas i me asaltan otras, i en lo mejor me encuentro con que no he comprendido palabra la lei i que debe entenderse lo contrario de lo que expresa, i a medida que sigo internándome en la materia, ménos entiendo i mas perdido me hallo, que es cosa de nunca acabar. Por esto Montaigne aplicaba a los comentadores el proverbio griego i latino de *mus in pice*, que es lo mismo que decir raton en pez, o, traducido libremente, mosca en miel: miéntras mas procura desprenderse mas se prende.

He hablado de un solo comentador, que si consulto a dos o mas, pierdo no solo la cabeza, sino el cuello i parte del pecho, amen de los estribos. ¡I hai comentarios de comentarios! El cielo nos valga.

Pídanle amigablemente su opinion a un jurisconsulto. Es punto dudoso, contesta. Tales autores lo resuelven de esta manera i tales de esta otra. Mi opinion es la siguiente, pero hai fundamentos para la opinion contraria. La práctica de los tribunales no está bien determinada.

Ofrézcanle algun pleitecillo para que lo tome a su cargo. Luego al punto dice: Es cosa clara. Las razones a nuestro favor abundan. Pierda cuidado; ganaremos el pleito.

Preguntáronle a un abogado de Bizancio lo que disponian las leyes de su pais.—Lo que yo quiero, contestó.—Este dijo la verdad, i sus palabras encierran la esencia

de lo que ha sido, es i será la noble profesion del abogado.

Pocos pasajes me han hecho forjarme mas risueñas ilusiones que aquel de Platon, en el cual excluye de su república a los médicos i abogados. ¡Oh dicha! ¡Morir de vejez i en paz con todos!

Los comentarios no sirven para entender la lei dudosa. I de no, ¿a cuál han hecho mas clara? ¿Hánse disminuido los pleitos? No tal. Solo sirven para prestar apoyo a cualquier pretension. El que no se encuentre con justicia no tiene mas que hacer sino echarse a cuerpo perdido en los comentadores franceses, que son los nuestros, i luego saldrá a flote con veinte opiniones mui dignas de respeto i buena copia de fallos judiciales. Si esto no basta, désele encima al espíritu de la lei, a las reglas que da para interpretarla, i a la razones de moralidad pública i de interes social, que éstas se avienen con todo.

I es digna de notarse la casualidad de que todo punto que tratan los jurisconsultos es de las cuestiones mas difíciles del derecho i de gran importancia para la sociedad, porque a éstos no los guia otro interes que el público, ni aspiran a otra cosa que a aliviar la miserable condicion humana, defendiendo la propiedad i los derechos, amparando a los huérfanos, a las viudas i doncellas menesterosas i desvalidas. ¡Nobles i desinteresados propósitos! Es lástima que pidan oro por tenerlos.

¡Oh venturosa edad aquella en que la Justicia andaba desnuda, sin que a los hombres inspirarse malos.

deseos de hacer comentarios sobre ella! ¡Oh tiempos funestos aquellos en que los mortales se ruborizaron de verla sin trapillo que la cubriese, i comenzaron a empapelarla, como decia Qnevedo! Mas no paró la cosa en este punto, sino que luego sustrajeron bonitamente a la Justicia i quedaron los papeles de códigos i comentarios imitando primorosamente sus formas i figura, i desde entonces tenemos justicia terrenal. La que desapareció daba a cada uno lo que era suyo; para la que nos queda, lo primero es pedir a cada uno el dinero que es suyo, i da muchas veces lo ajeno. La Justicia celestial ni siquiera gastaba en ropa, i la terrena lleva un espantable acompañamiento de aves de rapiña que graznan sin cesar: ¡Plata, plata! ¡Págume usted!

Ridiculez seria que, despues de lo dicho, continuase mi disertacion sobre el usufructo.

FRAGMENTOS

A poco de haberme trasladado a la casa que ahora ocupo, descubrí en un desván un revuelto montón de papeles: cartas i periódicos de antigua fecha, cuentas, algunos rollos de papeles pintados i listas de pagos. Cediendo a la curiosidad, extendí el montón en el suelo, i hallé un legajo pequeño que, en la primera foja, decía *Ensayos literarios*. Lo desenvuelvo i eran borradores de composiciones, artículos i pensamientos inconclusos. No aparecía el nombre del autor; mas, por lo que revelaban esos fragmentos, debía de ser hombre de instrucción i de no poco ingenio. Uno de ellos publico aquí, previendo al lector que no he quitado ni agregado una sola letra.

EL BANQUETE.

P L A N.

Me traspuesto de cualquier manera a un banquete dado en el Olimpo, en Etiopia o en las Islas Afortunadas. Se encuentran en él muchos sabios de la antigüedad i como soi el único mortal que asiste al banquete, es claro que me han de preguntar por los adelantos de la civilización, cada uno en el ramo que le interesa. Así me preguntará Platon por los gobiernos políticos, Aristóteles por las ciencias i Sócrates por las costumbres, lo cual me dará ocasión de manifestar mis ideas acerca de estos puntos. Asistirán tambien algunos dioses, singularmente Venus, que me será mui útil para las alusiones picantes i las indecencias lijeras i agradables, i Momo para los chistes i agudezas. Diógenes el cinico no puede faltar i se reirá de los que se rien i de los que no se rien.

Para el tono jeneral de la composicion, será bueno que vuelva a leer con despacio El Banquete de Jenofonte. Tambien me podrá servir El Banquete o Los Lapitas de Luciano i otro banquetito que, si no me engaño, aparece en la Historia Verdadera del mismo autor.

TROZOS PARA DESARROLLAR EL PLAN.

(Despues de un brindis.)

Platon apuró la copa ántes que los demas, i sin soltarla de la mesa con la una mano i acariciándose la barba con la otra, me miró como por encima de los anteojos i me dijo:

—Buen mortal, ¿en qué estado se encuentran los gobiernos políticos? ¿Filosofan los reyes? ¿Algun pais favorecido del cielo observa las leyes de mi república? Habla, que me holgaré mucho de oirte.

(Mi respuesta ha de ser una sátira fina e ingeniosa de las teorías de Platon i de las que aparecen en los tratados de gobierno que se publican cada dia, cuyos autores fundan sus teorías en leyes mui cuerdas al parecer, mui lójicas, mui conformes con la naturaleza, mui comprobadas con lo que le sucedió al rei Tal i a la nacion Cual; pero que se olvidan enteramente de la ambicion i de las otras pasiones de los gobernantes i gobernados. Por cierto he de dar algunos latigazos a los gobiernos actuales haciéndome del que los acaricia. Cargaré la mano en el de mi patria.

Para la parte satírica, P. L. Courier i Larra. Tomar algunas ideas en los siguientes ensayos de Lord Macaulay: *Utilitarian Logic and Politics, Bentham's Defence of Mill, Utilitarian Theory of Government.*

Memorandum. Mandarle pedir mi Lord Macaulay a José Antonio.)

No bien habia callado cuando Aristóteles i Sócrates me preguntaron a un tiempo, por las ciencias el primero i el segundo por las mujeres. Advertidos, volviéronse mui corteses el uno al otro i se defirieron la pregunta. Mas, luego puse término a las razones, porque andaba casualmente con una *Revista Científica* en el bolsillo. Se la pasé a Aristóteles, diciéndole que ella le respondería mejor que yo. Agradeciómelo i, sin poder con la curiosidad, cojió un cuchillo i comenzó a abrir las hojas.

(Aquí viene bien un chiste de Como alusivo a la mala crianza de Aristóteles i una irónica sentencia de Diógenes tocante a la vanidad de las ciencias.)

Cuando me vine, le dije a Sócrates, quedaron las mujeres mui ocupadas en los vestidos para la próxima fiesta. I hase de advertir que, cuando conversan con hombre i aun entre ellas si no se conocen, han dado en llamar trapos a los vestidos, i es un decir: «¿Para qué sirven los trapos? ¿Quién mira los trapos? ¿Qué me importan a mí los trapos? A Dios gracias que no me hizo tan frívola.»

Cuando esta ocupacion les deja tiempo libre, se entregan a otra no ménos importante: los chismes, el reirse unas de otras i maldecir del prójimo. Entiéndase que todo lo hacen con la mayor inocencia, sin malicia, Sócrates, sin malicia alguna. «¡Hablar yo mal del prójimo!» dicen ellas. «¡Reirme yo de nadie! ¿Cuándo me ocupo en los

demas? Otros defectos podrán echarme en cara; pero éstos no, a Dios gracias.»

Segun los estados varian los accidentes.

La enamorada mira lánquido, no come, trabaja a solas en los vestidos, busca confidentas i lee novelas.

La casada forzosamente ha de quejarse de falta de tiempo: ya los niños, ya la casa; no hai momento desocupado. Habla de compras a vil precio i averigua los buenos mercados. Todo esto afuera. En casa, el marido mece al niño i pide inútilmente a grandes voces la comida, miéntras está la señora en graves conferencias con la costurera o la modista.

Las mujeres tienen en nuestro tiempo muchas i muy variadas distracciones; pero la principal es oír a los oradores sagrados. Vuelven del sermon refiriendo cosas maravillosas de lo que han oido: «¡Qué uncion! ¡Qué facilidad i agrado en las expresiones! ¡Cómo toca al corazon de los oyentes!» Pregúntales uno qué materias se han desarrollado: no saben dar razon la que menor, ni del tema principal, si no es que de antemano lo supiesen.

(Dar mas extensión a este punto i pulirlo mucho. Le falta gracia i delicadeza. Nunca está uno mas expuesto a caer en la grosería que cuando satiriza a las mujeres: es como jugar con el pudor.

Sírvame de modelo la siguiente estrofa del Ariosto en el Orlando C. 27, estrofa incomparable por la gracia i finura de la sátira en asunto tan delicado como son las mujeres.

Sebben di quante io n'abbia fin qui amate,
 Non n'abbia mai trovata una fedele;
 Perfide tutte io non vo'dir nè ingrate,
 Ma darne colpa al mio destin crudele.
 Molte or ne sono, e più già ne son state,
 Che non dan causa ad uom che si querele;
 Ma mia fortuna vuol che s'una ria
 Ne sia tra cento, io di lei preda sia. (1)

El banquete debe precisamente terminar con una oración, del mismo modo que el Banquete de Luciano.

Si me dicen que tal manera de terminarlo no corresponde a la gravedad de algunos de los invitados, como Platon, Sócrates, Aristóteles, citaré a Pascal, *Pensées*. Art IX, P. t. «Nadie, por lo comun, se imagina a Platon i a Aristóteles sino como a individuos siempre serios i graves i envueltos en amplios ropajes. Eran buena gente, que se reian con sus amigos, lo mismo que todos; i cuando escribían sus leyes o sus tratados de política, lo hacian como jugando i por entretenerte. Era ésta la parte menos seria i filosófica de su vida. La mas filosófica consistia en vivir sencilla i tranquilamente.»

(1) «Si bien de cuantas he amado hasta ahora, no he hallado una sola que me sea fiel; no quiero decir que sean todas péridas e ingratas. Antes culpo de ello a mi cruel destino. Muchas existen i muchas mas, han existido, que no han dado al hombre motivo para lamentarse; pero mi fortuna quiere que si entre ciento hai una malvada, sea yo presa de ella.»

Marzo 17 a las 2 de la mañana.—Me he desvelado pensando en la orjía. Es indispensable que asistan Aspasia, Frine i media docena de cortesanas famosas.

Memorandum.—Buscar en el libro del abate Barthélemy, algunas particularidades de la vida de estas doncellas. Momo las aprovechará cuando sea oportuno recordarlas.—En el mismo autor, qué, cómo i en qué comían los antiguos.

Me parece que podria terminar el banquete con las siguientes ideas convenientemente expresadas:

«Aspasia no quiso permanecer al lado de Aristóteles i ocupó una.... (silla, lecho, o en lo que se sentaban para comer. Lo veré en el abate Barth.) que estaba vacía junto a mí. No dudo de que la vejez de Aristóteles por una parte, i por otra, mi juventud i mi cualidad de mortal, que era novedad, influirian en esta determinacion de Aspasia. Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que no tenía culpa alguna. Sin embargo, el filosófo, despechado, me llenó de insultos i, como yo no le contestase, me tiró la *Revista* a la cabeza. Esto no lo sufri. Me levanto, le así la barba i ahí mismo le allano las narices, si no es por Platon i otros que se pusieron de por medio.

«No espero ver ni oir contar en la vida orjía mas extremada.»

MODOS DE TRASPORTARME AL BANQUETE.

Comenzar con atrevimiento dándome por trasportado al banquete. ¿Seria mui extravagante? Consultaré a José Antonio.

Trasportarme en sueños. Recursos gastado.
Trasportarme en alas del raudo céfiro. Necedad.
Trasportarme por via de encantamiento. Lo mismo
es no decir nada.

Pediré a José Antonio una lista de modos de tras-
porte i elejiré el mas cómodo i rápido.

El autor de estos fragmentos no debia de ser mui ami-
go de las mujeres. En un pliego encontré lo siguiente:

APUNTACIONES

PARA UN ENSAYO SOBRE LAS SOLTERONAS.

Hasta los treinta i tantos años la mujer no pierde las
esperanzas de casarse, i si a dicha edad llega sin que se
le realicen los deseos, entra con harto dolor de su cora-
zón en el gremio de las solteronas. Bien conoce que si
cuando jóven no encontró marido, ménos lo encontrará
ahora que el rostro ha perdido la frescura de la juventud i el cuerpo la flexibilidad i gracia de los primeros
años, pues, aunque otras buenas partes posea, aquéllas
son las que las hacen valer. De consiguiente, procura
arrancar de su corazón las ilusiones que todavía alimen-
ta i que solo sirven para amar la vida. Descubre entón-
ces que es mucho mejor estar independiente i libre, sin
marido que cuidar ni hijos que descuidar, sin mas Señor

que el que está en los cielos i sin mas trabajos que los indispensables para tener de qué lamentarse.

El primero i principal cuidado de la solterona es entregararse a Dios, entendiéndose por esto el no faltar a funciones religiosas, hacerse la amiga de algunos sacerdotes, leer diariamente una vida del Año Cristiano, cubrir las paredes de su cuarto con estampas de santos, meditar buenos ratos, confesarse i comulgar a menudo i ofrecérselo todo a Dios. Lo último es lo mas importante, pues, aun cuando nada haga por reprimir el jenio demoniado que suele tener i pase el dia entero mano sobre mano, en ofreciéndoselo a Dios todo está bueno.

Otro cuidado es el rodearse de algunos animalejos i pajarracos, en quienes pone todo el cariño que no pudo colocar en mejor parte. Los tales bichos se atraen el odio universal por las libertades que se toman i si alguien los mira con mal ojo ya puede contar con una irreconciliable enemiga en la solterona.

Esta vive ordinariamente en casa de alguno de sus hermanos o hermanas casadas i paga la hospitalidad con cuidar la casa, ayudar en los quehaceres domésticos i vigilar a las criadas, con quienes está siempre de punta porque ellas dicen que se entromete en todo sin ser la dueña. Cuando los padres de la sobrina se acuestan temprano i el novio está de visita, ella permanece en la sala cuidando a los pichones, i suele de cuando en cuando echarle indirectamente un sermoncico a la sobrina, hablando de lo feo que parece en una niña recatada el dejarse pisar el pié o apretar la mano por debajo de la

mesa. Los chicos encuentran que los consejos son excelentes i mui fundados, i no pierden oportunidad de ponerlos en práctica, ya sea al tomar el té o cuando al pasar una puerta se quedan atras por pura casualidad.

Casi siempre la solterona se hace cargo de un sobrino recien nacido, i tanto lo mima que lo convierte en el muchacho mas insopportable, lo cual da oríjen a eternas disputas entre los padres, a quienes el niño no hace caso, i la tia que en cada tonteria de él cree ver una muestra de extraordinaria agudeza. Si el niño es niña, i crece, i llega a los quince años, i te enamoras de ella, obrarás cueradamente si obsequias a la tia mas que a los padres, i si ésta te mira con ojos propicios, déjate estar i hazte del niño chico que la quiere mucho, i dale a entender que no la separarás de su hijita despues del matrimonio, i acabará por empeñarse mas que tú en el negocio, i hasta favorecerá algun pequeño contrabando en forma de carta.

La solterona habla del mundo como si le hubiera ido mal en la feria, pone de vuelta i media a los hombres cada vez que se ofrece i, cuando está entre niñas que se entusiasman mas de lo que fuere menester al hablar de nuestros numerosos atractivos: «¡Ai, hijitas! les dice, ustedes no saben lo que son los hombres. Si los conocieran como yo.... Ahí verán: son el diantre. Todavía los de mi tiempo.... ¡pero éstos de ahora!» Mui de su agrado es que la embromen con los admiradores que tuvo i le recuerden los buenos tiempos en que brillaba su proverbial hermosura. «¿Porque me ven así (esto es, algo

fea, entrada en años, vestida con sobrada sencillez, convertida en una especie de ama de llaves), porque me ven así, dice, creen ustedes que siempre he sido la misma i que no he tenido pretendientes? ¡Qué equivocacion!» I luego recita una lista de mártires i cuenta alguna honesta aventurilla.

Esta especie de solteronas es la mas común. Hai otras que se aisan de tal manera que ni en su misma casa saben en que se ocupa. La ven trajinar mucho, i entra i sale a manera de fantasma. Rara vez aparece en el salon i cuando lo hace, se transforma en rinconera.

La solterona *beata* vive mas en la iglesia que en su casa, es íntima de los sacristanes, conoce a todos los clérigos i padres de la diócesis, se hace dueña de las iglesias i cuando uno está ayudando a misa o de ministro en cualquier ceremonia i se equivoca, ella es la que sale con aire de mucho misterio a advertir cómo deben hacerse las cosas. En cuestiones religiosas es testaruda a mas no poder i no hai razon que le entre. Es verdaderamente intratable; en cada par de pantalones cree ver un demonio; es, en suma, una mujer inverosímil.

La solterona *mundana* es mas escasa. Va mui poco a la iglesia, no falta a los paseos, lee novelas, tiene sus puntos de libre pensadora, le gusta oír galanteos i se tiñe el pelo. Es de un feo sublime i coqueta como un céfiro.

LA CONVERSACION

Al pasar frente a un club, una señora a quien acompañaba me preguntó si era yo miembro de ese club o de algun otro. Respondíle que ni de ese ni de otro alguno. Sorprendióse la señora i, creyéndome enemigo de esa especie de sociedades, comenzó a quejarse del club amargamente. Dijo que era foco de corrupcion, que por él se veian desiertas las tertulias, que ahí no hacian sino juzgar i beber, i «sabe Dios si otras cosas peores» agregó como el que quiere dar a entender mas de lo que dice.

—I no crea, Ud., continuó, que hablo sin fundamento. Tenia un sobrino mui bueno i juicioso de quien era curadora: murió hace dos años.

«Un dia me salió con la noticia de que se había hecho miembro de un club. Mal me pareció; pero me callé la boca. I hé aquí que poco a poco mi sobrino principió a recojese tarde de la noche, no se le veia en casa i se ha-

llaba en el club a toda hora. Lo reprendí; pero me sostuvo que el club era necesario para adquirir relaciones, tratar negocios, que todos los jóvenes debian ser i eran miembros de algun club, i que, en suma, pasaban ratos mui agradables. No me dejé engañar: averiguo por fuera la conducta de Alberto, que así se llamaba, i ¿sabe Ud. lo que supe? Nunca tal oyera. Alberto era jugador famoso i bebia como pocos. Indecisa estaba acerca de la resolución que tomaria, cuando se me presenta Alberto en la mayor consternacion. Habia perdido una gruesa suma i era menester pagarla. Dísela i al otro dia le ordené que se retirara al campo. Cuando ya parecia arrepentido de su conducta pasada i resuelto a ser bueno como ántes, lo arrebató una fiebre maligna.

—I a su parecer, me dijo la señora, ¿cuál es la causa de que los jóvenes se aficionen tanto al club i descuiden las reuniones de familia?»

—¿Cuál es la causa? respondí. Difícil es determinarla. Hai tanta variedad en las circunstancias. Ud. comprende.... I a su juicio, ¿cuál es?

—El espíritu irreligioso de la juventud.

—Sin duda, sin duda alguna, exclamé. I, apoderándome al punto del espíritu irreligioso como de un tema que uno está obligado a desarrollar, di tales razones a la señora en apoyo de su opinion, que, cuando concluí, me dijo que era yo el joven mas juicioso de cuantos había conocido en su corta vida, que si todos los jóvenes fuesen como yo otra cosa seria la sociedad i, por último,

que no deseaba mas que sus hijos salieran parecidos a mí.

En este diálogo pueden hacerse algunas provechosas observaciones, a saber: que las señoras atribuyen todo lo malo en moral al espíritu irreligioso, como atribuyen cualquiera dolencia al aire o a la debilidad. A mas, que es muy conveniente no expresar opinión alguna sobre un punto dado delante de señoras, sin saber la que ellas profesan. Si es conocida, digase esa i no otra alguna. Tengo por buena esta regla de conducta, desde una ocasión en que tuve la desgracia de contradecir i convencer a una señora, la cual nunca me miró bien en adelante i supo que, si solían hablar de mí en su presencia, decía que era un buen jóven, pero muy pedante, pagado de mí mismo, amigo de contradecir a los demás i que no dejaba que nadie tuviese razon.

Después de separarme de mi compañera, me entregué a reflexionar, como lo tengo por costumbre, sobre el punto más importante de la conversación pasada.

¿Qué atractivo, pensé, encuentra la juventud en las reuniones de nuestra sociedad? Si no es el que ofrece alguna niña hermosa i traviesa que por casualidad nace en tal o cual familia, no sé cuál otro puede haber. Véase si no.

En las reuniones se dilucida ante todo el importantísimo punto de si el día ha sido sofocante o simplemente caloroso, de si lloverá o no lloverá. Uno dice que si lloverá porque vió que las nubes corrían hacia el sur; otro observa que así sucedía en las capas inferiores, pero él

notó que en las capas superiores corrian las nubes hacia el norte; otro discurre que ambos pueden tener razon porque cuando Dios quiere con todo viento llueve. A este propósito, alguna de las niñas manifiesta que si el tiempo sigue tan variable, no podrán usarse los vestidos de color claro, cosa mui de sentir, porque ella tenia uno que estrenar en el paseo próximo. Recae con esto la conversacion en los paseos i las modas, entran las mujeres en su elemento i los mozalvetes ni mas ni menos.

Los viejos, mientras tanto, narran maravillas de sus mocedades, comentan los actos gubernativos o refieren noticias políticas, todas sabidas de mui buena tinta. I adviértase que las reflexiones que exponen como fruto mui maduro de su inteligencia, son las divagaciones sobre la politica que acaban de publicarse en los periódicos i que todos han leido. El abogado, por su parte, está en acecho de alguna palabra que le dé ocasion para disputar i contradecir, o traer a cuenta su último alegato con una explicacion del pleito mui minuciosa i entretenida. Todo el que tiene una profesion procura por cuantos medios puede, monopolizar la palabra i dar provechosas lecciones a sus oyentes.

El mozalvete que quiere pasar por hombre de sociedad, anda de un punto a otro de la sala en confidencias íntimas, galantea de paso, discurre extensamente i con grandísima importancia sobre el significado de una flor, desparrama dichos que presumen de ingeniosos, comenta las miradas i embroma a las niñas, todo con tales apa-

tos de finura, delicadeza i elegancia que no parece sino que estuviese desdoblando una tela de araña.

Algunas piezas de música en el piano, i dos horas de baile i termina la tertulia.

El jóven que conoce i quiere evitar la frivolidad i la pedantería, desempeña el mas triste papel en semejantes reuniones, i aun los hombres frívolos gustan de ellas cuando hai mucha concurrencia que ayude a variar la conversacion (lo cual no sucede todos los días) porque se sienten incapaces de sostenerla, i el tema no es fecundo.

Agréguese a esto la fastidiosa etiqueta i en que hacen consistir la buena educación i en la cual se gastan vanamente la mitad de las palabras que se pronuncian en las reuniones, i nadie se maravillará de que los salones de las familias se vean desiertos i que en las mesas del club no haya lugar desocupado.

Ahora bien, es indispensable para la cultura social la participación de la mujer en las reuniones. Donde se juntan hombres solamente, reina cierta franqueza o, mas bien, libertad en la expresion que dejenera pronto en grosería, como puede notarse en los campesinos i en los militares.

Por tanto, en vez de perder el tiempo las señoras quejándose del club, harian mucho mejor en instruir a sus hijas en el arte de agradar en la conversacion, sin ser artificiosas i atraer a su casa a los hombres de buen juicio, instrucion e ingenio. En estas tertulias si que se podria gozar de uno de los pasatiempos mas agradables de la vi-

da: la conversacion instructiva i amena. Serian verdadero plantel de buena educacion; servirian de estimulo para los ignorantes i de aliento para la juventud estudiosa.

La conversacion es punto importantísimo en la vida social. Todos evitan por fastidiosa e insoportable la sociedad del que, en su trato, a nadie guarda las debidas consideraciones sino que se entrega libremente a su capricho.

Ante todo, para agradar en la conversacion, téngase mui presente una observacion hecha por Steele i La Bruyère, la cual consiste en que uno debe manifestarse mui complacido de las personas con quienes conversa, de suerte que ántes bien parezca que nos están agradando que no que procuramos agradar. Esta observacion tiene su fundamento en el amor propio, la mas hipócrita i cautelosa de todas las pasiones.

El asunto de la conversacion debe ser tal que todos los presentes puedan discurrir acerca de él. Si no es así, algunos han de verse obligados a escuchar sin despegar los labios, lo cual es en extremo desagradable. Esta falta de consideracion es mui comun, i los habladores declarados no son los únicos que la cometan. Estos son jeneralmente de carácter apacible i tolerante, i, en hablando ellos, poco se cuidan de que el auditorio esté atento, que bosteze o se ria de su charla impertinente; pero hai otros como ciertos abogados, médicos, i aun empleados de banco i corredores de comercio, que reclaman la atencion como un profesor a sus alumnos. Apénas oyen una palabra relativa a su profesion o empleo, la cojen al punto

i no hai esperanzas de hablar miéntras no termina la clase.

Algunos comerciantes, a quienes por cortesía se les pregunta por el estado de sus negocios, aprovechan la oportunidad para poner en conocimiento de todos sus ganancias i pérdidas, tan detalladas como se encuentran en sus libros de comercio. En balde le dirán: «Felictito a Ud.,» «Me alegro mucho de lo que oigo,» no escampa por esto, i hai que escuchar con gran interes los proyectos i las futuras ganancias.

Si se encuentran dos agricultores en una reunion, saldrán los oyentes mui al cabo, quiéranlo o no, del precio de los cereales, de que el uno piensa sembrar tal *potrero* i de que el otro no sembrará uno que había pensado porque ahora, con mejor acuerdo, lo va a dejar para *talajes*.

Fulano i Zutano se encuentran en una tertulia. Gran bulla. Hace mucho tiempo que no se habian visto. Se computan los años de separacion i hélos ahí recordando la época pasada, todo lo cual, como se supone, es de mucho interes para los presentes. Lo propio, en semejantes circunssancias es retirarse a un lado a desahogar los sentimientos.

En algunas visitas he recordado un dicho mui agudo que cuentan del abate Morellet. Preguntáronle a este critico si le gustaban los niños, Sí, respondió; pero solo cuando se echan a llorar. ¿I por qué? exclamaron los presentes mui espantados. Porque se los llevan, respondió el abate. Dígolo porque algunos dueños de casa tienen

la costumbre de hacer recaer la conversacion sobre los niños i, no contentos con referir mil extraordinarias habilidades de sus hijos, se los traen a la sala i el desgraciado visitante se ve en la necesidad de mantener en los labios perpétua sonrisa, miéntras el niño desplega sus gracias, lo cual no lo hace en ménos de una hora con gran contento i satisfaccion de sus padres.

Aquí tambien es el lugar conveniente para notar las conversaciones de las mujeres sobre modas i trajes, tan aburridas para los hombres como lo son para las mujeres las discusiones sobre política; las de los viejos sobre su juventud; las de ciertos habladores biográficos, que así pue-
do llamarlos, sobre los acontecimientos de su vida, i mil otros casos que diariamente se observan en las reuniones, i que de agradable pasatiempo las convierten en ver-
dadero martirio.

Las bellas artes, las letras, los recuerdos históricos, los sucesos extraordinarios, i aun los comunes que se prestan a reflexiones morales, suministran a la conversacion materia siempre nueva, fácil de considerar, amena, instructiva i al alcance de toda persona bien educada. Esta suerte de conocimientos deben ser poseidos por todos los que buscan en la sociedad un goce digno del hombre i no un modo de perder el tiempo.

La conversacion debe observar cierta conveniencia con el lugar. Excusado parecerá que lo diga; sin embargo, encuéntranse individuos que por echarla de pensadores i enemigos de la frivolidad, proponen en todas partes asuntos de gran trascendencia, lo cual es sobremane-

ra ridiculo en ciertas circunstancias, como en la comida. Ahí vienen bien materias que no requieran grande aplicación de la mente. Es el lugar mas adecuado para discurrir acerca de los sucesos i noticias, para los juegos del ingenio, los chistes, las agudezas i, si se quiere, para servir o galantear a las damas.

Respecto a la manera de expresarse, debe ponerse grandísimo cuidado en evitar la manera absoluta i dogmática. Nada hai mas insufrible: irrita el ánimo como el mandato de una persona que carece de autoridad, e infunde en los oyentes el deseo de contradecir, aun cuando sea sin razon. En estos casos, de ordinario la conversación dejenera en disputa.

Mui expuesto a incomodidades i lances desagradables es el papel de los que quieren pasar en la sociedad por agudos e ingeniosos. Como no dicen palabra que no sea o pretenda ser una agudeza, sin duda que tendrán en un potro a la imaginación, i como las agudezas son, por lo comun, a costa de alguno de los presentes, el disgusto del ridiculizado será en proporcion a la risa de los demás. I lo peor es que la sociedad admite a estos individuos únicamente a título de bufones, i, cuando no están con ánimo dispuesto a decir gracias, todos se creen con derecho para decirles en su cara, que están mui tontos i no sirven para nada.

Ciertas personas, singularmente las mujeres, son mui pródigas en dar el título de hombre hábil i de mucho talento, a los que aparentan buen discurso expresándose de

una manera fácil i agradable. Hé aquí una observacion de Swift que podrá desengañarlas en muchos casos:

«El expresarse con naturalidad, aun cuando parezca paradoja, nace por lo comun de la falta de invencion i de la escasez de palabras. Por la esterilidad misma de su ingenio, los hombres que tienen un invariable acopio de conocimientos tocantes a cualquier materia i de frases para expresarlos, flotan en la superficie i exponen siempre lo mismo por diversas que sean las ocasiones; mientras que los hombres instruidos i que conocen la extension del lenguaje, son de ordinario los que hablan peor en un momento dado, hasta que la practica los anima i acostumbra. La abundancia de la materia, la variedad de las ideas i de las palabras entre las cuales no pueden escojer con prontitud, los confunde i embaraza. Verdad es que no deja de ser esto una ventaja en la conversacion en privado, pues en ella el talento de arengar es de todos los otros, el mas insoportable.»

Fuera de las apuntadas, hai muchas faltas en la conversacion dignas de notarse; pero no se ponen aquí por no pecar de prolijo. Pequeñeces, bagatelas, dirá alguno. Cierto lo son; pero adviértase que el descuido o la ignorancia de estas pequeñeces enjendran el fastidio i el desagrado, como enjendran el odio los insultos u otra ofensa cualquiera.

UNA DISCUSION IMPORTANTE

En la última tertulia a que asistí, pasadas las doce, me asaltó un sueño irresistible. Para descabezarlo, busqué una pieza que estuviera sola i, a dicha, encontré una sin mas que dos individuos que discutian acaloradamente en un rincon. Me recosté en un sofá i cerré los ojos; pero la discusion comenzó a interesarme, desvanecióse el sueño i, finjiendo que dormia, escuché la disputa. Era en estos términos.

—Pero hazme el favor, decia el uno, de no hablar con tanto desprecio del liberalismo. Mil sabios i hombres eminentes abrazan sus doctrinas.

—¿Acaso lo niego? replicaba el otro. ¿Qué doctrina religiosa ha habido, por absurda que sea, que no haya contado sabios entre sus adeptos? Bien me guardo de hacer igual argumento a favor del catolicismo, i eso que ninguna creencia los ha tenido en mayor número: basta

abrir la historia. Que en materias científicas se respete la opinión defendida por muchos sabios, muy bien me parece; pero en asuntos religiosos, andamos por otras tierras. ¡Los sabios! Cátenmelos por debajo de cuerda y verán cosa buena. Dios abandonó el mundo a sus disputas; pero El no ha pensado jamás abandonárseles.

—No me has comprendido.

—I es la cuarta vez. ¿Quieres que te diga una cosa?

—Lo que quieras.

—Por lo que veo, no te comprendo cuando resultan vanas tus razones.

—Despacio, amigo. Si nuestra discusión versara sobre este punto, ya te diría cosas que te dejarían más mudo que un pescado. Pero vamos a lo principal: ¿qué entiendes tú por liberalismo?

—Eso lo sabrás tú que lo profesas.

—Pero dame una definición del liberalismo.

—¿I por qué no la das tú?

—Porque a tí te toca.

—Nó, señor, le toca a usted.

—Se equivoca, amigo. Ud. debe dar la definición.

—Entonces mejor será no discutir.

—Es claro.

(Silencio. Uno de los interlocutores saca cigarros y los ofrece al otro con mucha cortesía. Fuman breves instantes. Yo hago como si cabecease.)

—En fin, dijo el que parecía liberal, no quiero ser porfiado. El liberalismo es la independencia del hombre

en el órden moral, político i religioso; el imperio de la razon. A lo menos es lo que yo entiendo.

—I yo tambien lo entiendo así, i agregaré que los atrevidos consecuentes que bajan al último tramo, se llaman liberales radicales; los medrosos que se quedan a medio camino, liberales moderados; i los tímidos vacilantes que están con un pié en la tierra firme i otro en la escalera, liberales católicos. Ahora bien, ¿quieres que te diga una cosa?

—Diga no mas, diga. Para decir estamos. ¿Para qué diantres me lo preguntas?

—No hai que enfadarse. Tengo para mí que los liberales con su imperio de la razon, descienden en linea recta de los que construyeron la torre de Babel.

—¡Hola! Descubrimiento famoso. Públicalo en los periódicos entre los avisos de medicinas.

—No me parece mal la idea. Digo, pues, que por ser los hombres de aquel tiempo sumamente bárbaros i groseros, mas les alcanzaba el temor de un nuevo diluvio que las amenazas de eterno llanto, i por eso edificaron la torre. Ahora estamos en el siglo de las luces, el diluvio es conceja i los hombres no tienen mas que trabas morales en la lei divina. Por consiguiente, con mucha prudencia han imaginado convertir a la razon en torre de Babel que les permita desenfrenar sus pasiones sin temer a Dios.

—¡Qué frases tan elevaditas! Ganas me dan de despertar al jóven que está ahí durmiendo para que aproveche el sermoncico.

—Veinte veces al dia experimentamos cómo la razon es juguete de las preocupaciones, de la ignorancia, de las pasiones. Hoy juzgamos a tal individuo que nos acaba de hacer un regalo, el hombre mejor del mundo; mañana nos hace un desaire, i lo juzgaremos por hombre despreciable. Tal acto hoy nos parece un crimen que clama venganza al cielo; mañana nos vemos tentados a cometerlo, i lo juzgamos como falta mui excusable. Cometámoslo cuatro o cinco veces i ya la razon nos dirá que ni es crimen, ni es falta, sino acto mui natural en el hombre. ¿I cómo podemos atrevernos a tomar semejante guia en la religion, que no es mas que la lucha con las pasiones?

—Me parece que con meterme tus dedos en los ojos no refuerzas los argumentos.

—Es precisamente lo que digo. Ahora dime tú, ¿no es para hundirse a carcajadas cuando uno oye hablar de preocupaciones (que así llaman a las doctrinas católicas), i que la fe es necesidad, i que la razon no me lo demuestra, a individuos cuya inteligencia andrajosa apénas les alcanza a cubrir las desnudeces del alma? ¿No es para pensar si el mundo se habrá vuelto al revés, cuando uno oye cuán gravemente el estudiantillo imberbe, el mozuelo de sastre i muchacha, el varon canoso que en su vida ha leido mas que periódicos, cuán gravemente, digo, amplian i restringen el poder del Creador i creen hacerle gran merced con no negarle la existencia?

—Temo que hagamos falta en el baile, dijo el liberal con semblante inquieto.

—Por cierto, i mejor lo comprenderás con lo que voi a agregar. Siendo, como dijiste, la base del liberalismo la absoluta independencia, es decir, la sumision exclusiva a la propia razon, se sigue claramente que el liberal no nace sino que se hace. ¿I cómo se hace? ¿A impulsos de la razon o de la ignorancia i las pasiones? Lo vas a ver.

«El estudiante en escuela donde no se escarda el corazon, es jérmen seguro de liberal.

«El mozo que rabia con los diez mandamientos, i no tiene intenciones de arrepentirse i lo coje la cuaresma, es tierra barbechada para el liberalismo.»

—Despues hablaré.

—Es lo mejor que puedes hacer, porque si hablamos a un mismo tiempo, no nos entenderemos. Continúo:

«El sacerdote orgulloso, reprendido por errores, mala conducta u otra causa, da de cabeza en el liberalismo, i lo primero es casarse.

«Aquellos barbilucios que no son nada, ni tienen ideas de nada i quieren hacer papel, liberales flamantes.

«Al empleado de un gobierno liberal, con una soga lo arrastran al liberalismo.

«El hombre ilustrado o de influjo que es exigente i no ve atendidas sus pretensiones, amenaza con que se hará liberal.

«Los que hace años viven ausentes de la Iglesia, que no recuerdan ni con vaguedad lo elemental de la doctrina, esos se convencen mas cada dia de que el catolicismo es opinion de jente ignorante i para poco, i que

el liberalismo, donde uno está a lo qué quieras cuerpo i a lo qué pides alma, es lo que hai de bueno i razonable.

«En suma, te diré que el que vende dos fanegas de trigo medita acerca de su negocio mas de lo que ha meditado en toda su vida el liberal, el indiferentista o el incrédulo, acerca de la vida futura.»

—Sigue no mas. Despues hablaré.

Oyóse un palmoteo, i uno de los dueños de casa entró dando grandes voces.

—¡Lindo! ¡Dos disputando i uno durmiendo miéntras faltan parejas! Vamos, vamos.

Me da un terrible sacudon, coje a los otros dos i nos condujo a la sala.

CARTA SINGULAR

El candor i la injenuidad agrandan a menudo mas que la agudeza. Es lo que me ha acontecido al leer la siguiente carta:

Mui señor mio:

Me han dicho que en poco tiempo mas publicará usted un volúmen de artículos críticos. Seria mui útil para sus lectores i especialmente para este su seguro servidor, si dedicase uno de ellos a investigar la naturaleza de nuestro gobierno político. Anda este asunto tan embrollado que no hai manera de entenderlo; lo cual en extremo me aflije, porque amo a mi patria como nadie. Siempre que puedo, suscito discusiones sobre esta materia, por si alguien supiere aclarar la confusion de mis ideas; mas nada he adelantado hasta ahora.

Dicenme que estamos en república: 1.º por que al jefe del estado le llaman presidente, lo cual es propio de los

gobiernos republicanos; 2.^o porque su autoridad dura un corto número de años, i en las monarquías es vitalicia, i 3.^o porque el pueblo elije libremente a los gobernantes, dicta leyes por medio de sus representantes en las cámaras, i hai una constitucion que garantiza los derechos de los ciudadanos i determina los poderes públicos.

Los dos primeros puntos me dejan convencido; pero en el tercero me asaltan las dudas.

El pueblo elije libremente a los gobernantes. Le digo a usted, señor, que uno de mis mayores deseos es encontrarme en unas elecciones que no sean libres, por ver en que se diferencian de las otras. Hace catorce años que, segun la constitucion, tengo el derecho de sufragio; pero, desgraciadamente, mis ideas han sido opuestas a las del gobierno, i sólo he conseguido votar una sola vez, la misma en que se robaron la urna, porque, segun despues se supo, el gobierno tenia dentro mui pocos votos. En otra ocasion me dijeron que el boleto de calificacion no era mio i por nada voi a parar a la cárcel.

Vea usted lo que me pasó en las últimas calificaciones. Llego a la mesa. El presidente pregunta a los vocales si saben i les consta que resido en esa subdelegacion: respondieron que no me conocian i que debia de ser de otra parte. Levanto la voz para probar mi derecho. El presidente me dice que pretendo ejercer presion sobre la mesa i me amenaza con la cárcel. Porque es de advertir que en tiempo de elecciones libres, la palabra que mas se oye es la de cárcel. Considerando que en la susodicha cá-

cel no gozaria de las mismas comodidades que en mi casa, pegué los labios i me retire.

Ahora bien, el tal presidente me debia quinientos pesos, cuyo plazo habia vencido. No habia cobrado el dinero, esperando que mi deudor mejorase de fortuna. Al otro dia por la mañana, cojo el documento i me voi a su casa. Me recibió con grandes muestras de amistad; pero yo que apénas podia contener la ira, respondí con extenderle el documento, i no acertaba mas que a decir: «en el acto, caballero, en el acto.» El otro, sin turbarse, me preguntó afablemente cuál era la causa de mi arrebato; pero yo no salia de lo dicho, i estaba resuelto a seguirle al punto ejecucion i embargo, i dejarlo que se muriese de hambre en el empedrado de la calle. A las voces acude la esposa de mi deudor: aun no habia pasado de los treinta, i era mui simpática i graciosa. Sin duda su marido la habria informado del suceso de la víspera, porque, cuando me vió tan airado, soltó la carcajada mas linda que pueda oirse. Yo me desconcerté, i la traviesa, en vez de disculpar a su marido, se echó a reir de la ocurrencia de no conocerme i de mi enojo, dijo que eso era mui permitido en política, i me festejó en tales términos que mudé el objeto de mi visita i los tres juntos almorcázamos en buena paz i armonia. Dispense la digresion.

Dicta leyes por medio de sus representantes. Como nunca he podido votar, no tengo representante alguno i no sé lo que es dictar leyes. Me parece que el que debe de tener muchos representantes es el gobierno.

Hai una constitucion que garantiza los derechos. No lo

niego, i aun yo mismo tengo un ejemplar. Cuando por primera vez quise ejercer el derecho de sufragio, me eché la constitucion al bolsillo para garantirme. Me negaron el derecho: saco la constitucion i les leo en tono vencedor lo que dispone. El presidente me dijo que yo no entendia palabra el espíritu de la lei, i que si le seguia apurando la paciencia con el librito, me enviaria a la cárcel.

¿Podré decir con verdad que soi ciudadano de una república constitucional i democrática?

Pero ya le oigo a usted: «La cosa es clara: estamos en república; pero el gobierno abusa de su poder.» Aquí es donde me lo esperaba. ¿Abusa de su poder? No tal. Créamelo o, mas bien, crea a sus ojos. ¿No ve usted cómo los ministros, que estan mas al cabo que nadie en los antecedentes, prueban hasta la evidencia que el gobierno ha obrado con toda legalidad? ¿No ve usted que por tres o cuatro despechados que los acusan, cien miembros de la cámara dicen que saben i les consta que los ministros no dicen sino la pura verdad? ¿No ve usted esas largas circulares que se publican ántes de las elecciones, en que se prohíbe bajo severísimas penas cualquier abuso de la autoridad? ¿No ve esos partes telegráficos, esos informes, esas investigaciones que manifiestan cómo el gobierno vela por la libertad electoral? Pero qué mas le diré, sino que se fije en el ministro de lo interior que siempre toma la cartera con la precisa condicion de que el Presidente de la República no le obligará a intervenir en las elecciones.

I porque usted vea cuánta es mi sinceridad i mi amor a la patria, he de referirle que, por salir de dudas, lei a Montesquieu i me envolvieron mayores. Dice este autor que el principio activo de la monarquía es el honor i el de la república la virtud. I yo veo que entre nosotros cualquier pisaverde presume de honor tanto como el descendiente de la mas antigua nobleza, i en punto a virtud tenemos la suficiente para los gastos como cualquier hijo de vecino.

Si accede a lo que le pido, podrá usted contar con el eterno agradecimiento de

Su servidor.

X.

UN VIAJE PROVECHOSO

Conoci a un jóven mui rico, algo simple e ignorante lo que bastaba para discurrir sin turbarse acerca de cualquier materia. Por estas cualidades i cierto rumbo que tenia de galan dineroso, era considerado nuestro mancebo como el ideal del yerno por los padres de familia escasos de recursos, i como el ideal del novio por las niñas de sociedad. Por lo demas, excelente muchacho que estaba siempre de vagar i a disposicion de los amigos.

Un dia amaneció con proyectos de hacer un viaje a Europa. En los tres meses que tardó en madurar el proyecto, no se le oyó hablar mas que de Europa i estrechó relaciones de amistad con gran parte de los extranjeros residentes en la capital. Se apercibió de un abultado paquete de cartas de recomendacion, i repartió centenares de tarjetas en que pedía órdenes para Europa.

Como hombre prudente, tomó profesores de frances i

de ingles, «porque,» segun decia, «debe de ser grande incomodidad hablar sin que a uno le entiendan.» Al principio estudió con ardor i, al cabo de un mes, aprendió mui luego a saludar en dichos idiomas, i a pedir agua, pan, mantequilla i otros sustantivos de uso común. I es de notar que desde entonces no volvió a pedir dichos objetos en castellano, ya se encontrara en el café, entre amigos o en su propia casa, lo cual ponía en gran confusión a los criados. En el segundo mes descubrió que el mejor modo de aprender un idioma es irse al lugar donde lo hablan, i con esto cerró los libros i despidió a los profesores. En mas de una ocasión le cité estas palabras del lord Bacon: «El que viaja sin tener algunos conocimientos del idioma, va a la escuela i no a viajar.» Respondíome que se alegraba mucho de que el lord Bacon dijera esas cosas, i que yo las aprovechase; pues, por lo que a él tocaba, tenía opiniones propias en este asunto, i no necesitaba de las ajenas.

Llegó, por fin, el dia anhelado i partió a Europa.

Hace poco, andaba por una de las calles centrales, cuando diviso a un jóven que no podía menos de estar recién llegado de Europa, segun lo manifestaban claramente sus movimientos ridículos i la exajerada moda de su traje. ¡Era él! como dicen las novelas románticas. Pasaron en ese momento junto al ninfo unas señoritas, i él las miró de tal suerte i de tal suerte se sonrió, que no parecía sino que se hubiese robado la aljaba de Cupido. Apuré el paso i lo alcancé.

Mi saludo fué bullicioso i con grandes abrazos, como

es costumbre en estas circunstancias; pero él me devolvió las saludes con exquisita urbanidad i cortesía, i con cierta reserva, como un diplomático que teme no le vayan a sonsacar los secretos del Estado. Era otro hombre que valía un poco menos que el antiguo. En el modo de hablar, ni remotamente se parecían. Mi europeo apénas despegaba los labios i su pronunciacion era dificultosa. No perdonaba los sonidos gangosos del frances, i por cualquier bagatela me decia: «¿Cómo llaman ustedes a eso en castellano?» Tan a menudo dió en repetir la pregunta que me llegó a fastidiar, i le dije que para mayor claridad me hablase en frances, a lo cual accedió gustoso. Pero si hablaba mal el castellano, peor manejaba el frances, i hube de decirle que estaba yo algo olvidado del frances i que volviésemos al castellano, a lo cual tambien accedió gustoso, porque, como llevo dicho, era muchacho mui complaciente. Debo, sin embargo, declarar en honor de la verdad que, cuando se avivaba la conversacion, re-cobraba mi compañero su sér primitivo, i era un verla-dero fruto del pais en sus jestos i palabras.

Le pedí noticias de las bibliotecas famosas, de los mu-seos i galerías de pintura, de los usos, costumbres i ma-nera de vivir del pueblo i de la aristocracia, de los edifi-cios célebres i de las curiosidades que encerraban, de las grandes fábricas, de cómo eran las cortes reales. Le pregunté si había visitado a algunos hombres eminentes en las letras, las artes o la política; cuáles eran las creen-cias i las preocupaciones reinantes en los paises que ha-bía recorrido; cómo eran las discusiones p rliamentarias i

mil otros puntos en que debe parar la atencion el viajero que quiere sacar provecho de su viaje.

Respondióme, al principio, de una manera vaga i esquiva; pero como yo seguia con las preguntas, apurado de paciencia, exclamó:

—¡Mil diantres con el hombre cargoso! Apénas tiene uno en Europa tiempo para divertirse i quieres que ande en bibliotecas i tonterías. Díme, ¿no has visitado alguna Exposición Nacional o Universal? El caso es el mismo. Das un par de vueltas mirando a ratos la concurrencia i a ratos los objetos, te vas en seguida a los parques i jardines en pos de una beldad o a beber una copa con los amigos i despues a casa. ¿No encontrarías hasta ridículo que alguien te viniese a pedir pormenores de una máquina, de un instrumento u otro objeto cualquiera que apénas si recordarías haberlo visto? En Europa, amigo, se aprende a conocer el mundo. Eres un niño. Te falta experiencia.

—¿Se aprende a conocer el mundo? Ya, ya caigo, le dije. Dispénsame las impertinentes preguntas que te he dirijido: culpa es, como dices, de mi poca experiencia.

I, a renglon seguido, le pedí que me refiriese algo de ciertas criaturas i de los progresos que hacian en el oficio. Cumplió mi deseo con particularidades mui curiosas i amplísimas explicaciones, i tanto se extendió en el asunto, que me llegó en lo mejor la hora de asistir a una reunión, i tuve que cortar el relato. Antes de despedirme, me convidó mi amigo a su casa i me prometió que en ella concluiría de hacerme una relación completa i

circunstanciada del estado de tan importante industria, i que me mostraria muchos i mui curiosos objetos que había recojido en sus viajes.

No me demoré mucho en hacer la visita. Despues que vació todo lo que tenia que decirme respecto al punto de que ya he hecho mencion, le dije:

—Supongo que traerás una selecta librería, i te lo pregunto por la aficion que a los libros tengo, i porque los poquísimos buenos que llegan a estos mundos, nos cuestan un ojo de la cara.

—¡Oh! En punto a libros me los traigo excelentes i, desde luego, está a tus órdenes una colección completa de novelas de Sué, Jorje Sand, Dumas, Balzac, etc.

—Bueno, bueno: te preguntaba por los clásicos.

—¡Ah! ¿clásicos?... Si... tambien... Poco entiendo en eso; sin embargo, tengo por ahí un Racine que allá me prestó un amigo i, segun la costumbre de esta tierra, olvidéme de devolverlo i me lo traje.

—I objetos de arte, buenos grabados de cuadros célebres, pinturas, esculturas... ¡qué buenas cosas traerás de eso!

—Por cierto! De esto sobre todo. Traigo hasta doce estudios *al desnudo* de pintores de nota, i algunas esculturas de *terre cuite*, como la llamamos allá, i de mármol que son otras tantas Vénus en todas las posturas imaginables. Pero me ha sucedido una cosa: si una estatua saqué, una me hizo pedazos mi madre, quien puso al verla el grito en el cielo, con gran asombro mio, pues me figuraba que

ya estarian ustedes un poco mas civilizados en este punto.

—No tengas cuidado, que para allá vamos caminando a trote largo. Ya verás tú a la vuelta de algunos años si tenemos que envidiar en esto a los europeos.

«Dejando esto a un lado, ¿es de allá ese traje que vistes? No le encuentro cara de haber sido hecho aquí.»

—Por supuesto, amigo, i éste ha sido uno de los mejores provechos que he sacado de mi viaje. *M. Mesure*, el mejor sastre de Paris, i *M. Main*, el que posee la mejor fábrica de guantes, tienen mis medidas. Tengo cuenta corriente con las principales casas de comercio para que me envien cuanto necesite el buen arreglo de mi persona: perfumería, ropa de hilo, tijeras para cortarme las uñas, escobilla para los dientes...

—Has obrado mui bien, porque eso cuesta caro entre nosotros.

—¡Oh! No es por lo caro; pero, ya comprenderás la diferencia que hai entre comprar aquí las cosas i traérselas a uno de Europa.

—De manera que si ese traje lo hubieras comprado aquí...

—No tendría mérito. Para mí es una singular satisfaccion decir a todos: estos guantes los *traje* de Europa, luego *me* llegará una navaja de barba, *he encargado* un lápiz. Pues, amigo, si hemos de vivir en nuestra sociedad elegante, debemos andar con estas frases en la boca. A las veces las cosas encargadas suelen resultar peores

que las que hai por acá; pero, *son traídas directamente de Europa*, i a esto no hai más que callar.

«I si tal sucede con los trajes i demás cosas por el estilo, ya comprenderás cuánto valor, cuántas consideraciones se merece el que puede principiar todas sus frases con el consabido: *cuando estuve en Europa*. Ya se te alcanzará qué placer sentimos cuando alguna niña nos pregunta: «¿Se usa esto en Paris?» miéntras mas allá dos individuos se dicen por lo bajo:—«Parece que este jóven ha estado en Europa.»—«En efecto, está recien llegado.»

«Por otra parte, puede uno hablar mal de las cosas de su tierra hasta no mas, abrigando seguridad completa de que todos le encontrarán razon.—«Ya se ve, dicen, ha estado en Europa; él debe de saber...» Puede contar mentiras sin temor de verse descubierto; puede darse aires de superioridad sin que nadie se los dispute; puede hablar de toda ciencia o arte o lo que sea, sin haberlas saludado, i cuenta que su opinion es de peso.

«No si no vágase usted a estudiar, en vez de divertirse, i se le reirán todos en las barbas porque no trae modas desconocidas, ni aventuras que contar.

«Vivo en la buena sociedad i ya nada me falta para ser considerado en ella. Tenia el dinero que, por ministerio de la lei, da todas las buenas cualidades habidas i por haber; me faltaba cierto conocimiento de lo que es el mundo, un barniz de ilustracion enciclopédica, necesitaba una prueba que oponer a cuantos digan que no sé

gastar la plata sin sacar provecho alguno, i ya tengo todo eso con mi viaje a Europa.»

Dos semanas despues de lo anterior, encontré casualmente a mi viajero en una tertulia. Hallábase explicando a un grupo de asombrados oyentes, cómo nuestras instituciones sociales adolecian de gravísimos inconvenientes que no tenian las de Europa. La estadística del último año, cuya exactitud habia comprobado personalmente en muchas ocasiones, demostraba sin réplica los buenos resultados de esas medidas, i continuaba el discurso por este tenor. Me espanté. Me acerco al grupo i, no bien me descubre el europeo, cuando medio me abrazó i volviéndose con maliciosa sonrisa al auditorio, dijo:

—Les aseguro a ustedes que si este jóven fuese a purlirse a Europa, seria una de las lumbreras de nuestra patria.

—No lo dudo, respondí; pero, como decian los griegos, «no a todos es dado ir a Corinto.»

LA MUSICA

La música expresa la belleza por medio de los sonidos. Este modo de expresion, vago e indeterminado de por si, corresponde a la belleza de ciertos afectos a cuyo impulso el alma, en vez de posarse en determinados objetos, parece como que los abarca de una manera confusa, entregada ella misma a un indefinible abandono. Tales son, principalmente, los deseos de un amor casto i apasionado, i el anonadamiento, el temor i la esperanza que infunde en nosotros la contemplacion de la Omnipotencia divina. La música, como auxiliar de la poesia, pierde su vaguedad i refuerza en gran manera la expresion del pensamiento poético.

Por otra parte, la música, halagando el oido, produce sensaciones en extremo dulces i agradables, lo cual debe tomarse mui en cuenta, porque el vulgo confunde las simples sensaciones con el sentimiento de la belleza.

La melodía, el ritmo i la armonía, halagan el oido como halagan el olfato los perfumes i la fragancia de las flores, o la vista un espectáculo agradable.

El placer que sienten los aficionados vulgares al oir la música, no proviene de la belleza, que no son capaces de percibir, sino únicamente de la sensacion que les causa la manera de expresarla. Esta sensacion, como tantas otras, despierta en su alma ciertos afectos por simpatía o por asociaciones de ideas mas o ménos remotas. Por esta causa las personas de imaginacion no cultivada i que no tienen idea alguna acerca del objeto de las bellas artes, se perecen por la música bulliciosa, alegre i de acentuado ritmo, como las marchas, los valses, o por la música pintoresca o imitativa. En estos casos los efectos de la sensacion se despiertan con gran rapidez i enerjía. Pero cuando la música atiende mas a la expresion de la belleza que a la imitacion de lo sensible, entonces el oyente pronto se fastidia i encuentra monótona la música, porque el placer que siente solo proviene de la agradable combinacion de los sonidos.

Error, por tanto, i mui comun es creer dotados de la facultad artística a las personas de oido delicado i que manifiestan gran entusiasmo por la música. No importa que toquen con corrección mecánica algun instrumento: bien se puede hacerlo sin comprender una mínima los pensamientos del autor; mas, para dar a lo que se toca la expresion conveniente, es indispensable saber comprender la belleza que expresan esos armoniosos acordes, esos

«sonidos que se llaman,» como dice San Agustín en su espléndida definicion de la melodía.

¿Cómo? ¿De qué suerte llegar a este conocimiento? Ya lo he dicho en otra parte, por medio del estudio de los clásicos, acompañado de una sana crítica. Por desgracia, rara vez se oyen entre nosotros las obras clásicas de la música. Los teatros atienden, como es natural, a su negocio, i en los salones reina el piano.

Prodijioso es el número de las obras que se ha escrito i se escribe para el piano. Los clásicos han dejado en la multitud de sonatas, conciertos, rondóes, que para él compusieron, monumentos imperecederos de su jenio. Pero en estos últimos tiempos, la música para piano se ha apartado de aquellos sublimes modelos, i se ha convertido en una música frívola que ha introducido el mal gusto i que, merced a él, tiene cada dia mayor aceptacion. Salvo cuatro o cinco composiciones clásicas, solo se oye por do quiera música de baile i de *jénero* (1) de la peor especie.

Gran recurso para ganar dinero i sentar plaza de compositor entre los ignorantes, es escribir esas *fantasias* sobre temas de óperas o esos *aires variados*, que revelan en sus autores la falta de ideas propias, puesto que para presentarse como tales necesitan echar mano de ajenas invenciones. ¿Qué injenio hai en tomar un motivo de

(1) Comprende esta denominacion a todas aquellas composiciones modernas que no obedecen en su forma o estructura a determinadas reglas. Tales son las que mas adelante se mencionan, los *nocturnos*, *impromptus*, *caprichos*, *romanzas sin palabras*, etc. La sonata, por ejemplo, se ajusta a ciertas prescripciones generales.

ópera, adornarlo de un modo extravagante, variarlo con pésimo gusto i enlazarlo con otro motivo de cualquier manera? ¿I qué placer puede hallar un aficionado de buen gusto al oír una de esas transcripciones malamente hechas, despues de haber escuchado la ópera ejecutada por buenos artistas? La música clásica con su rica armonía, con sus melodías llenas de sentimiento, con su estilo siempre elevado, natural i sencillo, con su precision i hasta con las dificultades mecánicas que jeneralmente ofrece, enjendra i pulimenta el buen gusto, acostumbra a dar a las notas su justo valor, fuerza al que la cultiva a penetrar las ideas del autor, a desenredar el pensamiento principal de los otros que lo rodean i dar a cada uno la debida importancia. Desde el punto de vista mecánico, es increíble lo que aumenta la soltura, fuerza i agilidad de los dedos.

Pero tropezamos con el gran enemigo de las bellas artes: los hombres prácticos. No enseñan la música a sus hijos porque no pierdan el tiempo, i la enseñan a sus hijas para animar las reuniones, i como las cuadrillas, valses i polkas animan mas que *La noche de luna* o la *Sonata patética* de Beethoven, han de aprender música de baile o bien *potpourris* de la última ópera representada, para satisfacer los deseos de algun almibarado visitante. De los profesores no hai que decir, porque o dejan el oficio o se conforman con los deseos de sus alumnos.

El remedio es la formacion de sociedades de música clásica. Todos los que desean la cultura de su patria, deberian contribuir a su sostenimiento, aun a costa de sa-

erificios. A menudo se oye decir que la música clásica fastidia i disgusta porque es incomprensible. Es natural que hablen de este modo aquellos cuya alma nunca se ha abierto a la belleza o que son de imperfecta organización musical; pero, al que ha educado su imaginación (por no decir la facultad estética), le bastan algunos conocimientos musicales i acostumbrarse al estilo de los compositores por medio de repetidas audiciones de sus obras, para alzar el armonioso velo i flotar, entre formas aéreas, en los mundos creados por el genio divino de Mozart, de Haydn, de Beethoven i del dulce Schubert.

NO ES TAN FACIL ESCRIBIR

Los hombres prácticos, los jóvenes sin educación i otros que no entienden palabra en la materia, miran la literatura como cosa de poco mas o ménos, en la cual fácilmente brillarian si les viniese en voluntad escribir. Lo cierto es que, aun para escribir mal, se necesita cierto ingenio, mientras que para cosechar granos o comprar i vender con provecho bonos i acciones de Banco, basta i sobra con un poco de sagacidad i de maña, un mucho de buena suerte i regular actividad. Dígolo a propósito de una carta de un mi amigo, que se imaginaba que la invención i la expresión literaria eran asunto tan sencillo como escribir cartas mercantiles i amorosas, por lo cual se reia de buena gana de los que se ejercitaban en las letras.

Querido amigo:

Los aires del lugarcito en que estoy me han probado

tan bien, que me considero ya completamente restablecido. Pero si mi cuerpo está sano, en cambio mi ánimo ha sido presa de un tan grande aburrimiento, que no hallo manera de dártelo a entender. ¡Figúrate cómo estaré, separado de mis amigos, sin tener a quien comunicar mis impresiones (pues para la jente de por acá es griego todo lo que no sea hablarle de caballos, vacas i siembras) i por sobre todo eso, sin ver ni siquiera en misa a la señora de mis pensamientos. Ya te contaré en otra carta las cuitas que por esta ausencia aquejan a mi excelente corazon: otra mui distinta cosa es objeto de la presente.

Sabe, pues, chico, que en medio de tanto fastidio hásome entrado, sin saber por dónde, grandísima comezon de escribir. Tú que conoces la antipatía que siempre he profesado a esa manera de pasar el tiempo, i cómo, miéntras en el colejio estuve, hallé modo de no llevar composiciones a la clase de literatura, no dejarás de reirte a carcajadas al saber este mi pensamiento. Pero ello es que no solo lo tuve, sino que lo puse en práctica; el cómo ha sucedido semejante milagro es lo que te voi a referir en la presente con todos sus detalles.

Amanecí, pues, una buena mañana con vehementísimos deseos de escribir algun articulito. Creyendo que el asunto era llegar i hacer, me senté al escritorio mas determinado que César al pasar el Rubicon. Escojí con gran cuidado el papel, lo soplé repetidas veces para que corriera sin entorpecimiento la pluma, la probé, apoyé mi cabeza en la mano izquierda, levanté mis ojos i...

me quedé mirando en esa posición el retrato de mi ángel adorado que cuelga en la pared, durante... ¡qué sé yo cuánto tiempo! Lo cierto fué que mi imaginación llegó algo cansada de su paseo, i como yo no juzgara prudente enviarla a rejones desconocidas para ella i que más fatiga le habían de causar, dejé la pluma i me fui tan fresco i sin novedad, como sin nunca hubiera tenido tal idea de escribir.

Volvióme ésta con nueva fuerza a la hora del *far niente*, es decir, a eso de las dos de la tarde. Pero, ocurrióseme entonces una pregunta que me desconcertó sobremanera. «¿Sobre qué vas a escribir? ¿Será una descripción, una novelita o leyenda, algún artículo de costumbres, una descripción? ¿Qué diablos será?» I ahí me habrías visto tú paseándome de un extremo a otro de la pieza, todo acongojado por no acertar con la respuesta. Decidíame tan pronto por uno de los dichos géneros literarios i hasta fijaba los puntos que trataría; pero luego acudían a mi imaginación una multitud de cosas que podría escribir si eligiera otro tema, i dejaba aquél i tomaba éste, i dejaba éste i tomaba otro i lo volvía a dejar i tornaba a tomarlo, de cuyas idas i venidas me resultó un dolor de cabeza tal, una confusión i un acaloramiento que no halaba santo a quién encomendarme. Estaba verdaderamente desesperado i firmemente resuelto a no calentarme más la cabeza por tan poca cosa, cuando hé aquí que se me ocurrió una idea que califiqué desde luego de felicísima i acertada.

«Estoi en el campo, me dije, ¿por qué no escribo so-

bre la vida que en él se lleva? No será mui nuevo el asunto, pero no está malo para principiar i voto a sanes que sí lo escribiré i tal i tan bueno que mal año para el maestro Leon.» Tuve otra feliz ocurrencia. Recordé aquel pasaje de Cervántes, en el cual expone que la ame- nidad de los campos, el murmurar de las fuentes i otras cosillas del propio jaez son efficacísimos remedios para curar la esterilidad de las musas, i como la mia adolecie- ra en alto grado de esa enfermedad, sin mas hablar, monté a caballo i, llevando recado de escribir, me dirijí a un sitio algo apartado i que tenia cuanto pudiera desear un poeta. Habia un arroyuelo que serpenteaba segun la cos- tumbre, i árboles altísimos i sin duda alguna seculares que daban fresca i agradable sombra; no escaseaban las enredaderas silvestres, i los besos que el céfiro daba a las florecillas del campo causaban envidia a los mortales. Hasta los pajarillos eran allí mas pintados que en otras partes i sus trinos i gorjeos semejaban a una música ce- leste. Verdad es que los tábanos, contrabajos de esa or- questa, solian andar demasiado solícitos alrededor de uno, pero eso no era nada, sobre todo si lo comparamos a las penas del infierno.

Salí, como llevo dicho, en dirección a ese lugar, contentísimo i casi sin pensar en el malhadado artículo, te- niendo, como tenia, la seguridad de que allá me espera- ba, para soplármelo, mi musa, cual otra ninfa Egeria. Como no me caí muerto en el camino, ni el caballo dió conmigo en tierra, ni nada me aconteció, llegué al suso- dicho lugar. Extendí en la fresca yerba mi manta i en

ella me recosté: saqué el lápiz i el papel, me arreglé o mejor que pude i comienzo a pensar. Pero lo bueno fué que en vez de dedicarme al articulillo, voló mi imaginacion adonde estaba la niña de mis ojos, la mitad de mi alma, la luz de mi vida, mi ángel tutelar, mi esperanza, mi amor, mi dicha, mi encanto... (dispensa, chico, este arrebato propio de la edad i de mi ardoroso corazon) i principio a hacer actos de fé i de esperanza a mas i mejor. Comencé luego a imaginarlo lo feliz que seria si en vez de estar solo en tan agradable sitio, *la* tuviera por compañera. ¡Cómo admiraria entonces las maravillosas obras de la naturaleza! Anduve buen trecho mi imaginacion por este camino i entregábame yo tranquilo a estas reflexiones, pues tenia la seguridad de que mi musa solo esperaba una señal mia para dar a luz cosas que habian de ser la admiracion del mundo.

No sin que me costara algun trabajo, aparté mis pensamientos de donde puestos los tenia; tomé con mano firme el lápiz, recójime interiormente, puse cara seria i... fuése i no hubo nada.

En mi cabeza andaban en confusa aglomeracion multitud de ideas, a mi parecer, magnificas; pero no hallaba cómo desenredarlas unas de otras, ni veia por dónde dar comienzo al artículo.

Luego me vino aquel dolor de cabeza de que ya he hecho mencion i principié a confundirme que no habia mas que pedir; ya ni paraba miéntes en la amenidad del sitio i hasta creí que mucho mejor me veria sentado a mi escritorio, con muchas menos distracciones, pues casi no

las tendria volviendo hacia la pared el retrato que ya conoces.

Miéntras tanto el sol venia de bajada i mi musa mostrábase tan ingrata que a ratos creia que su enfermedad era incurable. Pero aun no desesperaba: me armé de paciencia i comencé a dibujar figuras humanas, castillos feudales i paisajes campestres en el papel, i escribia cualquier cosa para hacer buena letra. Ni por esas. «¡Con quinientos mil de a caballo! Musa infernal que no celeste, ¿por qué te muestras sorda a mis súplicas? En fin, llévete...» i tiré con rabia el papel i el lápiz, busqué mi cabalgadura, recoji el lápiz i el papel, lleno de enojo como si tuvieran ellos la culpa, i tomé el camino de mi casa, desecharndo la idea de escribir como si se tratara de algun mal pensamiento. Pero ni aun eso podia. Acudianme ahora multitud de cosas que a cada instante me obligaban a echar mano al lápiz; mas, apénas tenia como dejar constancia de mis ideas, evaporábanse éstas como por encanto.

«I esos que escriben libros, ¿cómo se las compondrán? decia yo. No me creo un bestia i por iguales circunstancias deben de pasar cuantos traten de manejar la pluma. ¡Oh! El principio es lo que cuesta. Si tuviera la primera frase ya veria cómo volaba mi pluma i cómo se ponian en órden mis ideas!» I llegaba a figurarme esta bendita primera frase, como la compuerta que una vez levantada deja pasar borbotones de agua.

Con estas reflexiones llegué a casa, con ellas comí i sin que ellas me dejaran acabé de comer.

I hé aquí que la tarde se me presentó tan llena de tristeza, que me dieron grandes deseos de escribir sobre ella. «Vean, dije yo, *una tarde de verano*. ¡Magnífico tema! Por él me decido. ¡Adios *vida del campo!*» I entonces principió en mi interior una lucha tan tenaz entre esos dos temas, que me la comparé a la lucha del bien con el mal.

En lo mas reñido de la pelea, la luna, llena entonces, asomó su redonda faz i venia tan hermosa, tan melancólica, que dije con toda cortesía a entrabmos combatientes: «Váyanse a terminar la contienda a otra parte que yo me quedo con mi señora la luna. *¡Reflexiones en una noche de luna!* ¿Cómo no se me habia ocurrido tema tan fecundo?» I dicho i hecho, me planté en el medio del patio a contemplar el astro de los amantes, i ver qué se me ocurría. Inútil me parece advertirte que lo primero que vi en el dicho astro fué a *ella*; pero a fuerza i fuerza conseguí hacerla un lado para que no me distrajera; i me puse a mirar la luna con aire tan sentimental i tan romántico que era de verlo, i principiaron a ocurrírseme unas cosas tan extravagantes, tan melancólicas, que ya veia llorando arroyos a cuantos leyieran mi artículo. Mi imaginacion se vió trasportada a un mundo sobrenatural: ya eran ninfas, ondinas, náyades, sifides vaporosas, envueltas en nubes de gasa i cuyos rostros parecian llenos de una ternura indecible i de inexplicables deseos: no trataba, empero, de fijarme mucho en sus caras porque luego las encontraba parecidas a las de mi ángel; ya eran escenas de tranquilidad i de paz; ya era algun tropel de

difuntos envueltos en largos sudarios que venian a preguntarme qué diablos hacia ahí i luego despues, como verdaderos esqueletos de leyendas i cuentos, poníanse a bailar lanzando estridentes carcajadas. Me creia un Heine o un Hoffmann.

Hacia rato que en mi éxtasis estaba cuando principiaron mis ideas a embrollarse de tal modo, que no les encontraba piés ni cabeza. Sin embargo, a fuerza de trabajo conseguí ponerlas en cierto orden i me dirijí a mi cuarto para escribirlas inmediatamente. Enciendo una cerilla i luego la vela i a su prosaica luz principian a huir mas que de prisa mis fantasmas; consigo sujetar a unos pocos, me siento i... ¡escribo! Lo que oyes: ¡escribo!

¡Qué dulcísimos ensueños! ¡Qué pensamientos tan sublimes! ¡Qué terribles visiones! ¡Qué creaciones tan encantadoras! ¡Adelante!

Era ya mui avanzada la noche cuando me eché a la cama, i en sueños me ocurrieron una multitud de magnificas i brillantes ideas, de las cuales me fué imposible acordarme al dia siguiente, apesar de los desesperados esfuerzos que para ello hice. Me levanto i lleno de ansiedad corro a ver lo que habia escrito.

Dios mio, ¡Qué disparates! ¡Qué tonterías! ¿Estaria loco?

Lleno de rabia i desaliento, despedacé esos papeles cubiertos de necedades i los arrojé léjos.

Durante tres dias me aconteció mas o ménos lo mismo. Renuncié, por ultimo, a mi intento, en vista de la imposibilidad de conseguirlo, i te confieso que desde en-

tónces miro con respetuosa admiracion a los *literatos*, de quienes tanto me reia.

Si ves a mi ángel, dale tres miradas a mi nombre; pero con gran cautela de tu propio corazon.

Tuyo

R.

JUNTA CURIOSA

Con el objeto de tener materia para mis artículos, he encomendado a varios amigos míos que anoten i me remitan las observaciones que hagan en la vida social. Han cumplido el encargo con mucho celo i agudeza, como lo podrá ver el lector en la siguiente carta:

Querido amigo:

Anoche nos encontramos en el teatro Javier, Mariano i el que suscribe. Unas cosas tras otras vinimos a hablar de tí i recordamos aquel tu encargo de recojer observaciones. Propuse entonces que nos constituyéramos en Junta de Observacion Social. Admitióse la idea. Elejimos de presidente de la Junta a Mariano, que era el de mas edad; éste me eligió a mí de secretario con aprobacion tácita de Javier, el cual quedó sin empleo honorífico.

Al punto acordamos lo siguiente:

1.^o Enviarte una palabra de aliento en la árdua empresa de observar.

2.^o Dirijir una humilde peticion a las Cámaras en demanda de subsidios, en consideracion a las grandes ventajas que traeria la nueva Junta para la sociedad i el individuo.

3.^o Nombrar una comision para observar lo que pase en la escena durante la funcion, otra para el patio i otra para los palcos. Mariano formó la primera, Javier la segunda i yo la tercera.

4.^o Reunirnos despues de la funcion para escribir las observaciones i remitírtelas.

Concluida la pieza, nos reunimos en el café del Teatro.

Mariano expuso que había hecho en la escena las observaciones siguientes:

Al comenzar cada acto se levantaba el telon i se bajaba al concluir, salvo dos veces que se quedó a medio camino sin poder subir ni bajar, lo cual fué estrepitosamente aplaudido por la concurrencia. Por fin consiguieron bajarlo; pero no tanto que alcanzase al tablado, circunstancia que permitió al orador observar una multitud de piés de variadas formas i tamaños, que se movían en diversas direcciones.

Observó, ademas, que los actores no hacían sino repetir lo que les decía el apuntador.

Item. Que hallándose la escena en gran tranquilidad i profusamente iluminada, uno de los actores exclamó: «¡Noche tenebrosa, encubre con tus negras alas mis abominables designios!» I al punto, como por encanto, se

oscurció el proscenio, estallaron truenos formidables al lado afuera del cuarto que representaba la escena, i tras de una ventana comenzaron a menudear relámpagos, de suerte que en dos minutos se llenó la pieza de humo, i como la luz era mui viva i daba de soslayo, el orador pudo observar todas las arrugas de los telones.

Item. Que la primera dama dirijia las frases mas apasionadas de su papel a un joven del patio.

Item. Que un desalmado seductor que aparecia en el drama, descargó a quema-ropa un pistoletazo sobre el padre de la muchacha. El tiro no salió i, sin embargo, el viejo cayó muerto, probablemente a consecuencia del susto.

Javier pidió a la Junta que lo excusase si no habia cumplido con la comision que se le habia confiado, porque, siendo de temperamento mui nervioso, a poco de hallarse en su butaca, le asaltó la idea de que mui fácilmente podria ocurrir un temblor o incendio en el teatro, i le fué imposible atender a nada, sino a calcular las probabilidades de salvarse i buscar los modos de conseguirlo.

Manifestó que, por ser mui numerosa la concurrencia, habia padecido grande angustia.

El secretario solicitó igualmente la benevolencia de la Junta, porque, examinando los palcos, descubrió una criatura mas divina que humana, la cual le absorbió enteramente la atencion.

Con esto nos partimos a nuestras casas.

En el camino observé a un policial dormido i a otro-

conversando con una mujer. I hé aquí que de unas sombras, brota un individuo de malísima catadura con visibles intenciones de observarme de cerca; pero no le di lugar, apreté el paso i en un santiamen me ví puertas adentro en mi casa sano i salvo, felicidad que desea a todos los que se recogen tarde de la noche, tu afectísimo

ARTURO.

UN DIA DE LLUVIA

Andábame en días pasados por esas calles con la mente ocupada en pensamientos tan negros como los nubarrones que oscurecían el cielo, ni mas ni menos que si yo fuera el protagonista del mas romántico drama. Sea que en algo influyera la electricidad de la atmósfera, sea por otro motivo, es el caso que me encontraba en esos momentos en que nos consideramos los seres mas infelices de la tierra, en que vemos nuestro porvenir tan claro como boca de lobo, i nos contemplamos como héroes de trágica novela. A tal extremo habíase excitado mi imaginación, que daba por realizadas las mas fantásticas ilusiones: veíame agobiado bajo el peso de todas las desgracias, i si hubiese existido en los tiempos mitolójicos i los dioses me hubieran visto luchar con ellas, habrían tenido, a no dudarlo, un espectáculo digno de su augusta grandeza. Imajinábame, como si lo estuviera

viendo, que la dueña de mi corazon me habia sido infiel, i ahí me miraba yo sumido en un piéLAGO de dolor, con el corazon desgarrado, i llorando dia i noche la lágrima viva. Alguu tanto cicatrizada mi llaga por el transcurso de algunos años, que ni en el infierno los habria pasado peores, hubo de llegar a mi ignorado retiro (pues me habia alejado del mundo para entregarme a la meditacion i al estudio) la noticia del casamiento de la ingrata. En un arrebato de desesperacion, resuelvo incontinentemente presentarme en medio de la fiesta matrimonial. Hícelo así, i sin hacer caso de la desolacion de la perjura ni del asombro de los circunstantes, principio a cantar con reconcentrado furor el: *Chè mi frena in tal momento;* pero al llegar a *t'amo ingrata, t'amo ancor,* eché de ver que habia tomado un tono mui alto i, en consecuencia, no me alcanzaba la voz. Dejé entonces de ser Edgardo i cambié la escena.

Cierto dia me trajo a la ciudad, sacándome del mismo ignorado retiro, la funesta nueva de que mi mejor amigo estaba en los últimos momentos i necesitaba confiar-me cierto misterioso secreto. En una solitaria calle me encuentro de noche... Un sonido seco que dió mi sombrero redondo disipó instantáneamente ese tropel de fantasías. Miré hacia arriba por si fuese algun pillastre que desde un balcon me hubiera tomado por blanco, i como quiera que no puede mirarse a lo alto sin abrir algun tanto la boca, entróseme hasta el gaznate un grueso goteron que ahí dejó caer alguna traviesa nube, por ende cai en la cuenta de que principiaba a llover. No traia

paraguas, que lo sentí por mi sombrero que estaba flamante, i resolví entonces dejarme de vacilaciones en cualquiera otra ocasion en que tuviera necesidad de salir con mal tiempo; pues, en tales casos, examino si las nubes están altas o bajas i reflexiono cinco minutos por lo menos si saldré o no con paraguas, i tan pronto lo tomo como lo dejo.

Arreciaba, en tanto, la lluvia por momentos i víme en la necesidad de acogerme al abrigo de un benéfico alero de esas casas antiguas, de construccion española, i, bendiciendo en mi interior esa arquitectura, esperé que pasara un coche. Mientras tanto, entretúveme en mirar el nuevo aspecto que había tomado la calle. Muchos transeuntes mas prevenidos que yo, habian abierto sus paraguas i seguian tranquilamente su camino, no sin sostener con aquéllos algunos combates, a causa de que querian irse en alas del raudo viento, lo cual de ninguna manera convenia a los intereses económicos de sus dueños. Corria por aquí un muchacho sin cuidarse del agua, antes bien, parecia desafiar los elementos i buscaba manera de mojarse, en lo cual hallaba gran contento; allá un lechuguino tiritaba bajo la ajustada levita i hacia inauditas suertes para no perder el equilibrio i librar así del barro a sus limpios zapatos; mas su mucho cuidado no fué bastante a evitar que su afeitada cara recibiera un amable peloton de barro lanzado por las patas de un rocin que cruzaba a trote largo; acullá el sereno del barrio, con su capote de goma, miraba filosóficamente cómo llovía, i pensaba sin duda que mucho mejor estaria calen-

tándose a la lumbre; a ratos pasaba delante de mí tal cual estudiante de vuelta de clase: sombrerito al ojo, libros bajo el brazo, pasito ligero, solapa levantada.

En tanto no había pasado ningun coche vacío i resolví seguir a pié. Mohino i pensativo iba yo contando las gotas que caian en mi sombrero i mirando en lontananza algun benévolo constipado, cuando al pasar junto a una ventana siento que dan en los vidrios repetidos golpes. Vuelvo la cabeza i veo a doña Manuela Esturion, señora viuda mui mi amiga, quien con gritos i señales me indicaba que pasase a su casa. No era de despreciar este ofrecimiento en las circunstancias en que me encontraba, tanto mas cuanto que la señora era llana como la palma de la mano, bien es verdad que tenía algunos pimpollos con mas dobleces que vestido a la moda; pero eran las chicas tan pizperetas i bien parecidas, que de buenas ganas les perdonaba uno todas sus marrullerías.

Entré sin ceremonia.

—Venga acá, amigo, díjome la señora, i ¡qué gusto el suyo el andarse mojando! A ver, niñas, que traigan mas fuego.

Era doña Manuela señora chapada a la antigua, por manera que no había podido convenir con el uso de las chimeneas, de las cuales decía que eran embelecos e invenciones, i que para ella no había como el brasero, junto al cual en invierno no se sentía pena. En verano, apesar de las protestas de sus hijas, sacaba las alfombras i las reemplazaba por frescas esteras, i durante los meses

de calor preferia llevarse a oscuras con tal de no tener moscas, insectos a que habia declarado una guerra mortal.

Aumentóse, pues, el fuego, i colocados alrededor del brasero, apoyados los codos en las rodillas i extendidas las manos al benéfico calor de las brasas, pasamos un buen rato, ya embromando con las niñas, ya hablando de la iglesia i de los santos de su predilección con la señora, sin cuidarnos del viento que hacia estremecer las ventanas, ni de la lluvia que caia a torrentes. De pronto, doña Manuela, cediendo a alguna celestial inspiración,

—¡Vaya! dijo. ¿Tomemos mate de leche? El dia está mandado hacer...

—Nó, mamá, observó una de las niñas, mejor es té o café.

—¡Oigan a la moda! ¡Té! Me cuesta tragar ajo tomarlo de noche i eso lo hago por el qué dirán. De buenas ganas hiciera alfeñiques, pero es algo tarde... ¿Le gustan a usted los alfeñiques?

—Soi loco por ellos, le contesté, aunque rara vez los comia. Sin embargo, soi mui torpe para hacerlos: se me pegan en los dedos...

—Yo soi grande aficionada. Allá en mi tiempo, en casa de mi madre no habian de faltar en dias de lluvia, i ¡qué manos tan diestras eran las mias! Me quedaban los alfeñiques rubios como el oro. Varias veces en días como éste, he querido hacerlos con las niñas; pero a las pobrecitas les ha entrado por la elegancia; nadie las saca de su té, de su café, i de las copitas de jerez, oporta... Se

nos van, amigo, se nos van las costumbres sencillas de otros tiempos.

—Se nos van, doña Manuela, se nos van, respondíle haciéndome del triste i escarbando el fuego, miéntras las niñas se reian a su sabor.

En esto siento un helado golpecito en la cabeza. «¡Qué es esto!» exclamé, mas luego vine en la cuenta de que una gotera había tenido a bien caer sobre mí; lo cual visto por la señora,

—¡Gotera, niñas! gritó, presa de la mayor consternación. Quítese usted de ahí. Un tiesto... pronto... la alfombra...

Trájose el tiesto; mas luego fué menester ir por otro, pues en un extremo de la sala caía una nueva gotera, i así amenizó la fiesta un *tik tak*, a ratos pausado i a ratos ligero.

Comenzó a arreciar la lluvia que daba contento el mirarla, rebosaban de agua las canales i habíase convertido la ya desierta calle en ancha i caudalosa acequia. Subió de todo punto la fuerza del agua. «¡Granizo!» exclamamos todos, i aquí fué el dejar los asientos i el dirijirse precipitadamente cuáles a la ventana, cuáles a la puerta; aquí el gritar la señora: ¡Tápense la boca que anda mucha parálisis! aquí el pisarse distraídamente i pedirse mil perdones. Salimos al patio, i ahí estuvimos como unos bienaventurados viendo granizar: nadie hablaba palabra, i yo me decía interiormente:

No escupe celestial artillería

Mas balas de granizo, que la fiéra gente

Peñas al mar.....

Terminado el incidente, volvimos a la pieza.

Ya con esto tuvo la señora ocasión de contarnos que este granizo era el mas grande que había visto, fuera del que cayó en el año tal, pues ese fué del tamaño de una haba, i que este granizo la sorprendió en la calle con su marido, i se entraron entonces a la casa de la Fulana, i fué hilando de manera que nos refirió una gran parte de su vida i de la de sus conocidos.

Las niñas, por su lado, para echarla de compasivas, decían:—¡Ai! ¡Cómo estarán los pobres con este tiempo! I una tan abrigada...—I al decir esto se envolvían mas en sus chales, sin duda para que no padecieran tanto los pobres.

¡Qué cosa tan agradable, decíame yo mentalmente, qué cosa tan agradable es el estar en una pieza abrigada viendo llover al través de los vidrios de la ventana, en compañía de un libro o de personas amables i sencillas i junto a un buen brasero! O bien de noche, ¡cuánto contento da el arrebujarse en la cama i quedarse dormido al ruido del agua, libre de cuidados i desvelos!

Me hice muchas otras reflexiones a este tenor; pero no las estampo aquí, porque tenían un saborcillo epicúreo que, si bien podría haber gustado a los indolentes compatriotas de Horacio, lo considerarían en esta época revolucionaria i activa, como manifestación de un vergonzoso egoísmo. Pasó el tiempo de cantar, coronado de rosas, las dulzuras de la ociosidad i los goces de un ánimo tranquilo i sin afanes. No es de este siglo el que no canta las victorias de la ciencia o los atrevimientos de la razon orgullosa.

LOS HOMBRES PUBLICOS

Señor:

Soy el mismo X. de quien debe de haber recibido una carta en que le pedía el esclarecimiento de ciertas dudas tocantes al gobierno político de nuestra patria. Ahora no se trata de dudas, sino de verdades que llegan a infundir pavor de puro verdaderas.

Oigame usted. Antonio, mi hermano mayor, le echó la garra a la fortuna en un negocio que se le presentó. En viéndose rico, cojío sus maletas como todo buen provincial, i se fué a la capital, donde dió en la gracia de desparramar dinero. Reuniones, bailes, banquetes, nada faltó. I hé aquí que llega a mis manos una carta de Antonio, en la cual me dice que está desempeñando cierto papelillo en la política, i que pone a disposición de la familia media docena de empleos. Para que yo no dudase, me

envió dentro de la carta un recorte de diario, donde se leia, mas o ménos, que en casa de don Antonio X. se habian reunido algunos senadores i diputados con el objeto de deliberar acerca de no sé qué importantísimo asunto.

Debo advertir a Ud. que Antonio, en materia de letras i conocimientos, es un cuaderno en blanco, de donde Ud. podrá inferir si fué grande mi sorpresa. Esta conexion que aquí veia del dinero con la política, me dió mucho que pensar. Yo hasta entonces habia mirado a los hombres públicos como séres superiores a los demás en vigor de intelijencia, en nobleza de corazon, en fuerza de voluntad i en abnegacion patriótica. Nunca pude censurar al gobierno i, cuando delante de mí lo hacian, lo llevaba mui a mal. «¡Qué saben ustedes!» exclamaba. «¡Estarán ustedes mas al cabo de los antecedentes que el gobierno? ¿Podrán saber ustedes mejor que el gobierno lo que conviene a la nacion? Bien estudiado tendrán el asunto esos hombres eminentes que dirijen la república. Esperemos: ya lo irán descubriendo los sucesos.» Los sucesos, por lo comun, descubrian cosas mui al revés de las que pronosticaban los gobernantes; pero aquí entraban para mí las combinaciones de una política profunda i recordaba, a este respecto, las palabras de no sé qué rei: «El que no sabe disimular no sabe reinar.»

Así las cosas, me escribe mi hermano invitándome a la capital i ofreciéndome su casa. No me hice de rogar, cuanto mas que descaba conocer de cerca a esos individuos cuyos nombres veia diariamente en letras de molde. Hice el viaje, i en la noche siguiente tocó reunion

política. Mi hermano me presentó a la concurrencia; pero como yo tenía mas trazas de pedir que de dar, debieron de descubrir en mí muy pocas aptitudes para la política, pues nadie me hizo caso, aparte de las cortesías ordenadas por la buena crianza. Dejáronme, con esto, en completa libertad para observar.

Tenía yo la idea (no sé de dónde la había tomado) de que los hombres públicos habían de ser de porte majestuoso, barba larga, semblante severo, graves y prudentísimos en los discursos y tan versados en los negocios públicos, en el arte de gobernar, en la historia, que no debían de parecer sino libros vivientes y la experiencia misma. Piense Ud. si sería desengaño el mío. Encuentre con individuos de diversos tamaños, cuáles con barba, cuáles afeitados; pero en todos noté ciertas apariencias de hombres calaveras o de comerciantes maliciosos, en lo cual me confirmaba la sonrisa que no desamparaba sus labios y las mañas insinuaciones de su cortesía.

Habíanse ya reunido diez o doce y, entre ellos, uno de los ministros del Estado, cuando un vejete de temperamento nervioso, dijo:

—Me parece que nos hallamos todos. Es hora de comenzar.

—Solo falta el coñac de don Antonio, observó un hombre de nariz encendida, dándole a mi hermano una palmadita familiar.

—Ya vendrá, ya vendrá, dijo mi hermano a tiempo que entraba un sirviente con las botellas.

—Empecemos.

I cada uno vació su copa.

—¿De qué vamos a tratar? preguntó el que parecía mas serio.

—De lo siguiente, respondió uno que desempeñaba el empleo de secretario. 1.º De la actitud del partido en la próxima lucha electoral; 2.º De nuestros candidatos; i 3.º Del programa de costumbre que es preciso publicar.

—En discusion la actitud, dijo uno.

—Pido la palabra, dijo el Ministro. A mi juicio, la actitud debe de ser tal, que no me vea, es decir, que no nos veamos obligados a renunciar el ministerio. Ahora que estamos en el poder, la union del partido es mas necesaria que nunca, i en la cámara, en la prensa...

—Dejémonos de actitudes i de cuentos, dijo el vejete nervioso. No hai necesidad de decir la actitud que observaremos en público: eso se pondrá en el programa como sea mas conveniente. Nuestra actitud en privado es i no puede ser otra que la de un grupo de individuos que quieren ganar algo, i pasemos a los candidatos que es lo importante. ¿Trajo el señor Ministro la lista de las personas designadas por Su Excelencia?

—Nó, respondió el ministro. Su Excelencia me dijo que designaran ustedes los candidatos i que él haría despues sus reparos a la lista.

—Lo mismo da, repuso el vejete envolviéndose bruscamente en su capa.

—Mire, don Antonio, cómo le han dejado las botellas, dijo el de la nariz encendida.

—No faltará cómo reemplazarlas, respondió mi hermano con modo bonachon.

Comenzaron a trabajar en la lista de los candidatos. ¿Cómo? preguntará Ud. No me lo pregunte, señor, mire que me da vergüenza de solo acordarme, no de los manejos políticos que ya palpé con mis ojos que eran cosa natural i corriente, sino de mi pasada ignorancia. Era un verdadero remate. El mérito, la virtud, el talento, la instrucción, eso ni se mentaba siquiera. ¿Fulano cuenta con tales recursos para ganar la elección? ¿Es voto siempre seguro? ¿Ayudará al partido con tanto? Apuntado i adelante. ¿Pues no es bueno que tambien le llegó su turno a mi hermano?

—Don Antonio, le dijo uno de los políticos, don Antonio, es necesario que Ud. sea diputado por este departamento.

—¡Diputado! exclamó mi hermano. Pero si en mi vida he hilado dos palabras.

—¿Qué importa eso, ni qué cuesta? Acepte no mas, le dijo el de la nariz encendida. Si Ud. no quiere hablar, no habla. Cada partido tiene sus habladores que dicen las cosas en nombre de los demás. No se imagine, don Antonio, que nos perjudicará su silencio. En todo caso, Ud. vota que es lo principal. ¿Le entran deseos de pronunciar algun discursito? No hai nada mas fácil. Cuando se trate de cuentas de la hacienda pública, de investigar algunos hechos u otros asuntos por el estilo, le damos a Ud. los datos convenientemente arreglados en vez de dárselos a Fulano, los envuelve en dos palabras i ya

es Ud. un heróico defensor del Ministerio. O bien, en cualquiera pelotera que se arme en la Cámara, puede levantarse Ud. como orador atrevido, lanza en medio del tumulto tres o cuatro exclamaciones de modo que las oigan bien los taquígrafos, i vuelve a sentarse mui sin novedad. I luego el honor, don Antonio, el honor. I no me diga que no, porque voi a beber esta copa por el triunfo de su candidatura.

—Acepto, dijo mi hermano con resolucion.

—Quizás, le dijo el secretario, podria Ud. suministrar luego los fondos necesarios.... el partido necesita hacer muchos gastos.... El señor Ministro me ha dicho que la partida de imprevistos está por agotarse....

—¿Los fondos? preguntó mi hermano como el que no ha oido bien.

—Sí, don Antonio. Hai quien ofrece siete mil pesos por esa diputacion; pero si Ud. contribuye con cinco mil únicamente, el partido trabajará por Ud. porque lo merece mas que nadie. Excusado es advertirle que el señor Ministro pondrá a su disposicion los elementos oficiales.

—Es claro: no hai necesidad de decirlo, observó el señor Ministro.

—Siendo así, dijo mi hermano un tanto abatido, tendrá el mayor gusto en contribuir al triunfo de nuestras ideas i a la prosperidad de la República.

Salió un momento i volvió con un cheque por cinco mil pesos que entregó al secretario.

Algo simple seré yo, pero la boberia de mi hermano

me dió lástima i la desvergüenza de los tales hombres públicos me indignó sobremanera.

Cuando concluyeron la lista, dijo uno:

—Al programa ahora.

Pero el vejete nervioso exclamó:

—¡Qué cuentos de programa! Redáctelo el señor secretario i lo firmaremos. Ya se sabe lo que ha de decir: entren ahí la libertad, el pueblo, la abnegacion patriótica, nuestro reconocido desinteres, dos o tres palabras tocantes a una promesa de no intervenir del señor Ministro, quien tendrá cuidado de hacerla en la Cámara ántes de la publicacion del programa, i asunto concluido. Buenas noches.

—Espere Ud. un momento, le dijo mi hermano; ya traen el té.

—¿El té? replicó el vejete. No dormiria en toda la noche.

—Si Ud. me pasa aquella copa, le dijo el de la nariz encendida a mi hermano, dormiré yo por él.

Satisficha mi curiosidad, me retiré disimuladamente de la sala.

Tuve algunas conferencias con mi hermano respecto a su diputacion, pero se manifestó sordo a mis buenos consejos. Recibió lo que merecía.

Mi hermano, por asegurar mas la diputacion, se trasladó al departamento que debia representar en el Congreso; compró muchas calificaciones de su propio bolsillo i las depositaba religiosamente en poder del directorio de su partido.

Llegan las votaciones i mi hermano vió, con mortal asombro, que no aparecia tal Antonio X. en las listas; pero estaba en ellas el nombre del de la nariz encendida, quien, segun despues supimos, vió pocas probabilidades de triunfar en el departamento que habia elejido i tomó el lugar de mi hermano.

Antonio reclamó; respondieron que luego se averiguaria. Pasó el dia de la votacion. Antonio cobra su dinero; respondieron del mismo modo que luego lo averiguarian, i en eso andan hasta ahora.

Mucho le agradeceria si en alguno de sus artículos desenmascarase a los que se llaman hombres públicos i profundos politicos. Lo que yo le sé decir es que el mas hábil en comprar i vender hombres, ese es tenido por el mejor político.

Disponga de S. A. A.

X.

AMORCILLOS

En un coche de alquiler encontré un libro de memoria olvidado en los cojines. No tuve escrúpulo alguno para leerlo. Lo mas interesante que había es el siguiente diario:

MIS AMORES CON LAURA R.

(Extracto de mi diario.)

Marzo, dia 8.—En el paseo de la tarde ví a una hermosa niña. No la conocían mis compañeros. Extraña impresión.

Día 9.—Anoche soñé con la niña de la víspera. Deseos de verla.

No asistió al paseo de la tarde. Disgusto inexplicable. Temo enamorarme.

Dia 10. Domingo.—En misa encontré a la muchacha. Puesto de observacion tras de una columna: la miré con tenacidad, con encarnizamiento. Me miró tres veces. Rubor; bajó la vista. Me ha comprendido. La espero en la puerta de la iglesia. La sigo con disimulo: distancia una cuadra. Vive frente a la casa de Ramon Luis. Contratiempo: Ramon Luis está en el campo. Temo estar enamorado.

Dia 11.—Ramon Luis no ha llegado. Fastidio.

Dia 12.—Ramon Luis no llega. Intranquilidad.

Dia 13.—Ramon Luis enfermo en el campo. Desesperacion.

Dia 14.—Enfermedad de Ramon Luis equivocacion del sirviente. Llega esta noche. Zozobra.

Dia 15.—Estuve con Ramon Luis. La niña se llama Laura R. Vive en provincia; ha venido a visitar a su tia la vecina de Ramon Luis. Provinciana, conquista fácil para un elegante jóven de la capital. No temo enamorarme.

Dia 16.—Concierto con R. L. que a las 9½ A. M. estudiaremos juntos el Código Civil.

Ví a Laura en el paseo de la tarde. Manifestaciones algo atrevidas por mi parte. Disimulo en la niña.

Dia 17.—A las 9½ me establecí con el Código Civil en el balcon de la casa de R. L. Laura abre su balcon. Apénas me ve lo cierra inmediatamente. Palpitaciones irregulares. Despecho. Bromas de R. L.

Dia 18. Domingo.—Laura en misa. Acecho tras del púlpito. Al padre Fidel que estuvo hoy en casa a ver a

mi mamá le he preguntado si le valdria la misa al que, en ella, hubiese estado mirando a una niña. Respuesta negativa del buen padre.

Laura en el teatro. *Lucia de Lamermoor*. Le dirijí algunas miradas de amor reconcentrado miéntras cantaban un *duetto* amoroso. Laura no advierte mi presencia: no quita los ojos del proscenio. Celos con Edgardo. Quisiera yo ser Edgardo. Imaginaciones románticas. Amor correspondido e irrealizable. Desafíos. Suicidio. Tumba ignorada.

Dia 19.—Balcon. Laura abre el suyo i mira a la calle. Poco despues lo cierra cantando a media voz.

Dia 20.—Balcon. Laura abre el suyo i mira a la calle; poco despues a nuestro balcon. Se encuentran las miradas. Sonrisas disimuladas i maliciosas.

Laura en el paseo de la tarde. La sigo. Mis manifestaciones con cierta reserva. Laura i una compañera suya me miran por lo bajo i se sonrien.

Dia 21.—Resuelvo visitar la casa. Hoi me anuncia Ramon Luis. Iremos el Domingo.

Dias 22, 23, 24.—He dejado de presentarme en el balcon. Esperanzas, ilusiones.

Dia 25. Domingo.—En la iglesia miré al sacerdote i furtivamente a Laura. Espero ansioso la noche.

(*A las doce de la noche.*) Amable acogida. Turbacion de Laura i mia al estrecharnos la mano. Confusion indescriptible de sentimientos. Boca hermosa sobre toda ponderacion. Palabras entrecortadas con Laura. Volveré el Juéves.

Dias 26, 27, 28.—Sueños de felicidad, descos vagos, corazon compasivo, carácter melancólico, arrebatos de ternura, indiferencia por lo que me rodea.

Dia 29.—Acojida un poco ménos amable que la del Domingo de parte de los dueños de casa. Manifestaciones de Laura: flor que le di colocada en el pecho, rubor i turbacion cuando le dirijia la palabra, evitar mis miradas. Favorable opinion de Ramon Luis acerca de estas manifestaciones: me ama.

Dia 30.—Me ama. Tranquilidad. Fria meditacion sobre el matrimonio: escasez de recursos, los hijos, perdida de la libertad, incertidumbre de amarla siempre.

(*A las 3⁴ P. M.*) Me han asaltado escrúpulos. Laura me ama i no puedo corresponderle. ¿La habré hecho desgraciada? Arrepentimiento de mi lijerez. Vergüenza. Orgullo de verme con sentimientos nobles. No volveré mas a su casa.

Dias 31 i Abril 1.^o—Calma.

Dia 2.—La he visto en la calle haciendo algunas compras. Una deidad. Encantadora. Furioso asalto del amor. No puedo resistirle. Iré esta noche sin falta i le declaré mi hoguera.

Dia 3.....

Dias 4, 5, 6, 7, 8, 9.—Desesperacion, odio, vacío indescriptible, soledad inmensa.

Dias 10, 11, 12.—Cuarto nienguante.

Dia 13.—Luna nueva. Josefina M. (Véase mi diario, pág. 34).

PERCANCE DE UN ORADOR

Un Domingo frio i nebuloso extendí mi paseo mas de lo que tenia por costumbre. En una calle algo apartada ví mucha gente que entraba a un edificio no enteramente concluido. Me acerco, i, como no pedian boleta, me colé dentro hasta llegar a una sala espaciosa. Al frente había una tribuna i una concurrencia numerosa ocupaba los asientos. Me costó trabajo hallar dónde sentarme, hasta que descubrí una silla medio oculta por un caballero gordo que salía de madre en el asiento inmediato.

Como yo no sabia de qué se trataba, comencé a mirar al vecino, que parecia hombre mui comunicativo, como con deseos de pedirle explicaciones; pero se me adelantó.

—Tendremos una buena funcion, me dijo con modo contento i satisfecho.

—Ya lo creo, le respondí: los oradores sou bastante buenos, dije mirando la tribuna.

—¿Conoce Ud. al primero que usará de la palabra?

—Mucho, le respondí por sonsacarle. Es un excelente joven.

—Sin duda, me dijo; pero me referia a su instruccion i talento. Es mozo que da grandes esperanzas al liberalismo, i mui luego, créame Ud., hará papel en la politica. ¡Ya querrian los clérigos tener jóvenes como éste, que les ayudasen a propagar sus ideas!

—¡Oh! exclamé. De eso no hai que hablar. Es joven de grande ilustracion i de inegable talento. Mui propio parece el edificio para el objeto al cual lo destinan, le dije como distraido.

—Sí, me respondió. Caben hasta cien alumnos.

—Los profesores serán, sin duda, hombres competentes i experimentados: no he visto sus nombres.

—Aun no está eso bien determinado, me dijo el gordo, porque como hoy no mas inauguran la escuela... Oigamos, oigamos, atienda Ud. que ya comienza el discurso, me dijo disponiéndose a escuchar con grande interes.

El orador estaba ya en la tribuna con un rollo de papeles: iba a leer su discurso. La esperanza del liberalismo era un individuo pequeño, mofletudo, que, a poco animarse, se encendia a llamaradas. Me pareció que mas daba esperanzas de ser con el tiempo el segundo ejemplar del gordo mi vecino, que no de ser formidable campeón de las ideas liberales. Sin embargo, desde las primeras frases del discurso, el orador me convenció de que

bajo una capa de gordura, podia mui bien ocultarse un liberal temible. El discurso era una pieza acabada de oratoria. Mas adelante podrá admirarlo el lector.

No soi liberal; pero confieso que el liberalismo trae muchas i mui grandes ventajas para el individuo.

Es la primera el considerable desarollo de la facultad de hablar. No investigaré aquí las causas de este fenómeno: seria tarea larga i un tanto impertinente, solo enuncio el hecho. Podria citar numerosos casos de jóvenes que, ántes de declararse partidarios del liberalismo, eran modestos, callados, como si desconfiasen de sí mismos; pero, una vez pasado el río, se volvian otros. Palabreros infatigables, hombreaban entre personas de respeto, galleaban con sus iguales, discutian sobre todo con sin igual desplante i no toleraban que nadie les impusiese. Uno de los cien lemas que podria estampar el liberalismo en una de sus cien banderas, es la exclamacion de Hamlet: *Words, words, words!*

La segunda ventaja es la ilustracion espontánea, fenómeno mas admirable, si cabe, que el anterior. Los ignorantes se ilustran a medida que les va entrando el liberalismo, sin abrir un libro, sin reflexionar un momento. Probar científicamente que cien pasajes de la Biblia pugnan con los descubrimientos de la ciencia, es una bicoca para ellos. Los puntos históricos que se relacionan con la religion, se los saben con minuciosidades i pormenores que ignoran hasta los mas versados en dicha especie de conocimientos. A lquieren una maravillosa penetracion literaria: con ver la portada de un libro,

pueden juzgar acertadamente del mérito de la obra. Cada vez que pienso en ello me confundo.

Vuelvo a mis carneros, como decia Rabelais.

Ya noté que el discurso me parció excelente desde el principio. Para que lo aprovechasen mis lectores, saqué lápiz i papel, i tomé rápidamente algunos apuntes. El gordo mi vecino alabó mucho mi determinacion. Yo no hallaba qué pensar del extraordinario interes que el buen caballero manifestaba por el discurso.

El orador comenzó a leer en estos términos:

«Señores:

«¿Qué misterioso impulso os ha reunido en este lugar? ¿Por qué me encuentro en esta tribuna solicitando vuestra benevolencia? ¡Ah! No me lo digais que bien lo sé. Venís a ejercer una de las funciones mas nobles de la vida del ciudadano, venís a inaugurar una escuela.»

Prolongados i estrepitosos aplausos. Emocion indescriptible del gordo.

—¡Qué tal! exclamó en voz baja. ¿Qué le decia a Ud.? Anote la orijinalidad del exordio.

«Un pensador ha dicho: Una escuela que se abre es una cárcel que se cierra. Palabras profundamente verdaderas i filosóficas, cuya verdad i filosofia suben de punto cuando se refieren, como ahora, a una escuela liberal. Porque, señores, el hombre que sabe leer i escri-

bir, el hombre que sabe pensar libremente sin las trabas heterojéneas del fanatismo supersticioso, ese hombre, digo, no puede, ni debe, ni quiere cometer crímenes. Lo atestigua la estadística, lo atestiguan los anales compendiosos i la historia imparcial i severa.»

Aplausos.

—Bueno el chasco que se va a llevar el Gobierno con la cárcel que ahora está edificando, le dije a mi vecino.

—Sí, sí, me respondió. Oigamos.

«He dicho *escuela liberal*. Permitidme, señores, hablaros dos palabras acerca del descubrimiento mas famoso de los tiempos modernos, de ese invento cien veces mas noble que el de los ferrocarriles, que el del vapor i de la electricidad, me refiero al liberalismo.»

—Esta es la parte mas importante, me dijo mi vecino con semblante serio i meditabundo.

«Decidme (continuó el orador con terrible serenidad i como quien va a descargar un golpe tremendo), decidme, señores, con la mano en la conciencia, decidme sin atender mas que a las inspiraciones de la justicia, ¿no habeis visto alguna vez salir el sol por el oriente? ¿No habeis visto cómo ilumina mas i mas el valle, a medida que asoma su rubicunda antorcha tras de la empinada cumbre? Pues bien, ese sol en el cual tantas veces fija-

ron la vista Tolomeo i Newton, Copérnico i Galileo, ese sol, repito, es emblema del liberalismo.»

Aplausos.

—Posse vastos conocimientos astronómicos, me dijo el gordo con indecible contento. Crea Ud. lo que dice. Bien estudiado lo tiene.

«Porque, señores, ¿qué es el liberalismo? Es la libertad. ¿Qué es la libertad? Es el liberalismo. Ved, pues, claramente demostrada en dos palabras, la union estrecha, necesaria, que existe entre estas dos instituciones. Ello nos enseña cuánto debemos despreciar las diabólicas sujestiones de esos hipócritas que se aprovechan de la ignorancia del pueblo para conseguir sus fines temerosos.»

Aplausos i ruidosas muestras de aprobacion.

—Dias amargos vendrán a los frailes con este jóven, le dije a mi vecino.

—Sí, sí. ¿Ha comprendido Ud. la alusion? Oigamos.

«Un profundo pensador de épocas lejanas, dijo: «El cuerpo necesita alimentarse para vivir.» Hé ahí profetizado el liberalismo, porque el liberalismo, mucho ántes de nacer, existia en el fondo del corazon i de la intelijencia de los grandes injenios que, como las estrellas filantes, han aparecido en la órbita social, para anunciar la buena nueva al mundo encadenado por el fana-

tismo i la ignorancia. El Cristo i Confucio, Sócrates i Zoroastro, el filántropo Vicente de Paul....»

—Atienda a esta parte que es mui instructiva, me dijo al oido mi vecino.

En ese mismo instante un caballero que estaba en la fila de atras, dió a mi gordo unos amables golpecitos en la espalda, diciéndole:

—¡Hombre! Tu chico es una alhaja. ¡Cómo maneja el habla! Te felicito.

—¡Cómo! exclamé, dirigiéndome a mi vecino. ¿Es hijo suyo el orador?

—Sí, caballero, servidor de usted, me respondió bañándose en agua rosada.

—Permitame felicitarlo. Lo felicito sinceramente.

Esta interrupcion me hizo perder el hilo del discurso. Recuerdo que, de cuando en cuando, llegaban a mis oídos no sé qué cosas de un «espíritu científico i humanitario,» de «las religiones monoteistas,» «de la moral independiente.»

—Siento haber perdido tanta i tan buena parte del discurso, dije al padre feliz.

—Era una reseña a grandes rasgos de los adelantos científicos i literarios. Pero... ¡oh!... se va a turbar... no lo sabia de memoria..., exclamó con angustia.

Habíase abierto una ventana mal cerrada i una ráfaga de viento dispersó los papeles del orador. Consiguió éste sujetar algunos, miéntras que los concurrentes mas próximos a la tribuna se echaron a cazar las hojas que vola-

ban. El orador perdió el ánimo, se confundió i tuvo que bajar de la tribuna. Oyérонse algunos aplausos i muchas risas mal sofocadas.

—¡Qué lástima! ¡Qué lástima! repetía el pobre gordo, pálido de emocion. ¡I tanto trabajo que le habia costado! Quedaba lo mejor, créame usted, quedaba lo mejor.

—Tranquilícese Ud. Son accidentes... le dije; la parte del discurso que hemos oido basta para...

Pero mi vecino, sofocado i consternado, se levantó del asiento; yo aproveché la ocasion i salimos a la calle.

NIÑADAS

En un viaje que hice al sur de la república, un caballero amigo de mi familia, en cuya casa me alojé, me mostró una carta de un hijo suyo muchacho, quien se la escribió desde la capital, adonde había ido por primera vez. Tomé copia de la carta porque me pareció curiosa por su infantil injería.

Querido papá:

He llegado sin novedad. Mi tia me esperaba en la estacion i me ha cuidado como no hallo de qué manera decírselo.

Paso a darle cuenta de las impresiones que en estos cuatro dias me ha causado la capital.

De su extensión i de los edificios, del movimiento de jente i de carruajes, no le digo nada: me encuentro como

aturrido. Mi primo Luis me ha acompañado a todas partes. Debo confesarle a usted que me mostraba las cosas con cierto orgullo, ni mas ni menos que si le pertenesiesen, i era un preguntarme: «¿Qué tal? ¿Hai de esto en tu pueblo? ¿Cómo pueden vivir allá? Dime francamente: ¿la capital es mejor que tu pueblo?» No dejaron de fastidiarme las preguntas i di en hacer del indiferente, i gozaba con el despecho de Luis al ver que nada parecia llamarme la atencion.

Anteayer, al pasar frente al palacio del Gobierno, Luis me señaló al Presidente de la República que iba entrando. Es igual a Martin el herrero. Como soy opositor, le di un par de miradas despectivas. Me parece que él no lo notó, lo cual celebré en extremo porque pronto me arrepentí de mi audacia. Uno de los centinelas sí que observó mi jesto, porque me miraba como con deseos de tomarme preso. Para frustrar sus intentos, tomé apresuradamente del brazo a mi primo i me aparté de ahí con lijereza, no sin volverme de cuando en cuando, para huir apénas viese que me perseguía el centinela.

Siempre había sido uno de mis mas ardientes deseos asistir a las Cámaras. Bien sabe usted que en casa me llaman *el diputado* por mi afición a la política. Fuimos allá con Luis. Abierta la sesión, el diputado X., cuyos discursos leímos allá con tanto gusto, pidió la palabra i se desató contra el Gobierno. Al concluir su discurso, hubo aplausos en las galerías, por lo cual el presidente de la Cámara advirtió que las haría evacuar si volvían a repetirse esas manifestaciones. Con esto no me atreví a mo-

ver ni el pié i mucho ménos a toser, cosa que me tuvo
mui mortificado. Respondió uno de los ministros con
muchá tranquilidad i mui buenas palabras, diciendo que
no valian los antecedentes del señor X. sino otros que pre-
sentaria por su parte en la sesión próxima. En seguida
se levantó otro diputado, i acusó con ciertos anteceden-
tes al Ministro porque sostenia a un gobernador de no sé
qué departamento, hombre de muchas fechorías. El Mi-
nistro, sin asustarse i aun sin pedir plazo para contestar,
mostró unos antecedentes de su propiedad, de los cuales
se desprendia, sin dejar lugar a dudas, que el tal gober-
nador era como pocos en su oficio. Por donde he caido
en la cuenta de que las discusiones de la Cámara consis-
ten en que la oposición tiene unos antecedentes i el Go-
bierno otros, i se vota cuáles son los buenos. Como el
Gobierno tiene mas representantes que nadie, siempre
resultan buenos sus antecedentes, i así el dicho goberna-
dor resultó inmaculado.

Tanto que nos alegrábamos, papá, por esos discursos
en que le hablaban claro al Gobierno. Créame que lo
mismo da decirle claridades a una pared. A lo ménos, es
lo que yo vi.

Otra circunstancia. ¿Se acuerda, papá, que usted de-
cía, al leerle yo un discurso: «Pagara yo por oírlo»? Créame que es de pagar por no oírlo. Hablan como en
pura conversación, repitiendo las palabras i alargando las
sílabas. El orador enciende un cigarrillo en otro, juega con
el bastón i, entre párrafo i párrafo, se acomoda el cuello,
se atusa el bigote, se suena las narices i tose. Miéndras

tanto, los otros diputados conversan i uno vi que hojeaba un infolio, como si estuviese en un salon de lectura.

Anoche estuvimos en el teatro. A Luis le pedí que me explicase el argumento de la pieza que se llamaba *Los Hugonotes*; pero él no debia de saberlo mas que yo, porque me hizo una explicacion tan confusa que nunca se la pude entender. El teatro es hermosísimo. En el prosenio aparecian calles, castillos, salas inmensas. Dicen que son telas pintadas: apénas lo puedo creer. Me parecia un sueño. Salian muchos frailes i monjas i unas mujeres bañándose; al ultimo andaban matando mucha gente. Lo bueno es que no hablaban palabra, sino que todo era cantado, cosa que me dió muchísimo sueño. Ademas estaba mui incómodo en mi asiento. Quedé separado de Luis porque no habia butacas desocupadas que estuviesen juntas, i me tocaren unos vecinos que me fastidieron como usted no se lo puede imaginar. Por de pronto, en un momento en que salí, puso el uno su paltó i el otro su sombrero en mi asiento. Cuando volví a ocuparlo, hicieron los desentendidos: yo no me atreví a decirles nada i tuve que sentarme en el borde de la butaca. Fuera de esto, el vecino de la derecha seguia en voz de moscardon lo que estaban cantando, i el de la izquierda dió en comprarle unos bueyes a su vecino, i le pedia rebaja en el precio como si se hallase en el mercado. En la fila de atrás, habia tres jóvenes a quienes verdaderamente compadeci. Sin duda los habrian obligado a asistir a la funcion. De otro modo no se comprenden sus continuas exclamaciones: «¡Dios mio! Esto no se puede oír. Es in-

tolerable. Mas bien cantaría un ganso. ¡Qué orquesta! Anda por un lado i los coros por otro. Esto es faltar al respeto que se debe al público.» I no se iban del teatro. En cambio, dos jóvenes que habian en la fila delantera, estaban como en éxtasis: «¡Qué voz! ¡Qué accion! ¡Qué expresion! Espléndido. Sublime. Es lo mejor que hemos tenido. ¡Qué bien cantado! ¡Bravo la orquesta!»

Por otra parte, la funcion no debia de ser mui interesante para las señoras i las niñas, porque miraban mas los trajes unas de otras que no al proscenio.

Ya va mui larga esta carta. Déle un abrazo, etc.

Su hijo

F.

APARIENCIAS

Una de mis principales entretenencias en los paseos públicos, es oír las reflexiones i comentarios que hacen unos de otros los concurrentes. Para esto, me siento en la extremidad de un banco i escucho con semblante meditabundo i distraído, las conversaciones de los grupos de ambos sexos que vienen a descansar a mi lado. Hé aquí lo que escuché en el último paseo.

Primeramente se sentaron junto a mí tres mozos, jente de dinero llevar, segun lo manifestaban la riqueza de su traje i sus modales desembarazados i un tanto despectivos. Pasaron en ese momento por delante del sofá dos individuos de grandes anteojos i continente admirable por su majestuosa gravedad.

—¡Qué par! exclamó uno de los jóvenes. Dios los cria i ellos se juntan. Si pusieran sus retratos en la sala principal de la Universidad, los tomarían por figuras alegó-

ricas de la jurisprudencia i de las ciencias políticas. I, sin embargo, ustedes conocen a Flavio el jurisconsulto i a Valerio el gran político.

—¿Quién no conoce a esos dos charlatanes? dijeron los otros dos jóvenes.

—Pues esto precisamente es lo que mayor admiracion me causa. Nadie los mira sino como insignes habladores, las muestras de su ignorancia i fatuidad andan de boca en boca i hacen reir a medio mundo; ellos no lo ignoran i, sin embargo, no dejan ni por un momento la gravedad i el hablar sentencioso; mas todavía, tiene cada uno media docena de admiradores.

—Aquellos cuatro que van allá en ala desplegada no son, a lo menos tan necios, dijo otro de los jóvenes. Los cuatro forman una Sociedad de Alabanzas Mutuas. Cada uno de ellos es para los otros el ingenio mas brillante de esta nacion, el joven que da mas esperanzas a la patria. Nunca se les ve presentar pruebas de tan monstruoso talento; pero dicen que lo han tratado en la mayor intimidad, que lo conocen a fondo, que por ser excesivamente modesto no ha querido publicar nada hasta ahora; pero mas tarde, quizas mas pronto de lo que se cree, todos confesarán que su saber no tiene límites.

«Es de confundirse, amigos, al pensar en la multitud de jenios ignorados que existen en la república. Mas ¡oh creatura divina! ¡Anjel del cielo! ¿No me acompañarán ustedes a seguir sus pasos?»

—Por cierto que sí; pero devuélvenos el servicio cuando llegue nuestro turno.

Un asiento bien situado es, en los paseos, objeto de mas codicia que un empleo del Gobierno. No bien se levantaron los tres jóvenes, cuando dos hombres de edad madura se arrojaron sobre los asientos como sobre su presa, i, si no se apuran tanto, a fé mia que no los obtienen, pues ya corrian a ellos una docena de paseantes.

—¿Viste, amigo, dijo el uno, a esos tres mocitos que estaban aquí sentados?

—Sí, respondió el otro; pero no conozco a ninguno.

—Yo sí que los conozco i cada dia me espanto mas de las cosas que se ven en estos tiempos. Pues, hijo, esos que ves tan elegantes, tan apuestos i ricamente vestidos, no tienen dónde caerse muertos, como se dice.

—¿I de dónde sacan dinero?

—Dios lo sabrá. Nadie les conoce profesion o empleo. De capitales o rentas, no hablo. Deben a Fulano, a Zutano i a mil individuos cortas sumas, i trampeando aquí, jugando allá, pasan la vida.

—En efecto, la afición al juego se ha difundido mucho entre los jóvenes. ¿Ves aquel que va casi al lado de esas niñas de vestido negro? En el club ganó anoche diez mil pesos a fuerza de audacia. Apostaba quinientos, mil pesos a sus cartas, i, sin embargo, no tiene mas que cuarenta pesos de renta por un empleillo en una oficina. Supe que de los diez mil pesos, tres mil le ganó al hijo de Cornelia. ¡Pobre muchacho! Esos tres mil pesos eran sus economías de dos años; pero desde que ha entrado al club es otro joven. El club, amigo, me parece bien, lo apruebo i asisto a él con gusto; pero cuando se reunen algunos

hombres para perder el tiempo, el demonio está entre ellos. Nosotros que ya no tenemos el ardor ni el entusiasmo de la juventud, nos cuesta poco resistir a la tentacion; pero es peligroso el club para los jóvenes, es peligroso sin duda alguna.

Aquí le vino al que hablaba un estruendoso acceso de tos que lo encorvó hasta el suelo. Algunos paseantes se pararon con disimulo, previendo que el viejo se retiraría a su casa.

—Me voi, amigo, dijo despues de pasado el ataque. Me hace mal el aircillo de la tarde.

Levantáronse ámbos i fueron inmediatamente reemplazados por dos jóvenes.

Concluia el uno la narracion de no sé qué aventurilla poco decente, cuando el otro le interrumpió:

—¿Conoces a Atilio? Por ahí va.

—Nó; pero algo he oido de sus negocios.

—Pues, hombre, es uno de los individuos mas extravagantes que puedan verse. Si necesitas trigo, cebada o cualquiera especie de granos, frutos, máquinas, él te dirá que de todo tiene a tu disposicion i de superior calidad. ¿Hablas delante de él de algun negocio que tienes entre manos? Al punto lo aprueba i te propone que lo admitas como socio, para lo cual cuenta con capitales i recursos suficientes. Tiene acciones i parte mui principal, segun dice, en todas las sociedades mercantiles. Tiene ajen-tes en todas las provincias de la República, ha hecho todos los negocios imajinables, ha tratado con todos los comerciantes i les conoce sus ardides i malicias. I no tie-

ne un centavo, lo que me oyes, un centavo. Vive en casa de una tia suya en condicion mui vecina a la pobreza. Figúrate que hace poco puso en el diario un aviso de que prestaba dinero a interes. Fueron algunos que no le conocian, i a todos les daba la misma respuesta: «Parece, señor, que anda la gente mui apurada de dinero. En un momento se lo han llevado todo. No hará media hora que salió el ultimo con lo poco que quedaba.»

Paráronse, en esto, algunas señoras delante de nosotros i comenzaron a quejarse de cansancio i de que no hablaban dónde sentarse. Nos hicimos los sordos; pero las señoras no se movian, hasta que nos obligaron a desalojar el banco con visible mala voluntad. En cambio, ellas nos agradecieron la cortesía con mucho donaire i gracia.

Algo distante del punto central del paseo, divisé un sofá desocupado i a él me diriji. Poco despues, una señora con dos niñas, al parecer hijas suyas, se sentaron en el resto del banco.

—¿Conoce, mamá, dijo una de las niñas, aquellos esposos tan felices i contentos? I señalaba a una pareja que venia llegando al paseo.

—Sí, sí, respondió la señora. Al verlos, cualquiera diría que estaban en perpetua luna de miel. Solo sus vecinos, como lo somos nosotras, saben la realidad. Hoi no mas, miéntras andaban ustedes visitando, fuí a su casa. Estaba la pobre creatura sola, i me contó con las lágrimas en los ojos.....

—Mas bajo, mamá, mas bajo, alcanza a oir ese jóven.....

La señora se volvió con disimulo a mirarme, i preguntó a sus hijas quién era yo.

—No lo conozco, respondió una de las niñas. Debe de ser algún enamorado que espera a su prenda. Mírenle la cara tan triste i pensativa.

I siguieron cuchicheando i me miraban de soslayo con sonrisas maliciosas. Entonces saqué mi reloj i miré a todas partes, como si aguardase a un amigo; de pronto me levanto i me perdí en la concurrencia.

DELECTARE MONENDO.

Lectorem delectando, pariterque monendo.

(HORACIO.—*Art. Poet.*)

Recread instruyendo.

El mejor modo de enseñar es, sin duda alguna, el de enseñar deleitando, empresa mas difícil de lo que a primera vista parece. Menester es que los adornos que se piden a la imajinacion guarden cierta conformidad con la materia que se pretende enseñar, i que faciliten i aclaren la exposicion de las verdades. Por otra parte, no deben ser tales los adornos que se lleven tras sí la atencion entera del lector, a semejanza de ciertas mujeres presuntuosas que, por realzar la hermosura, se cargan de joyas i acontece que todas las miradas se dirigen a las joyas sin pararse en el rostro o en la esbelta forma del cuerpo.

En estos últimos tiempos, han procurado algunos autores, principalmente Julio Verne, popularizar los descu-

brimientos científicos sirviéndose de la forma novelesca. Que han encontrado muchos lectores, no se puede negar; pero que hayan conseguido su objeto es lo que pongo en duda.

A mi juicio, la forma novelesca no conviene por ningun respecto a la exposicion de las verdades de la ciencia. Las intrigas de la novela son ficciones demasiado brillantes i agradables para ser empleadas como simples adornos. Lo que sucede es que el lector considera la parte instructiva como digresiones que entorpecen el desarrollo de la narracion, i las pasará por alto o las leerá sin la atencion debida. Peor es el caso si lo novelesco va de tal manera unido a lo científico que no sea posible separarlo, porque entonces el lector ignorante o bien lo considera todo como novelesco i permanece en la ignorancia, o lo cree verdad i puede caer en multitud de errores.

Me imagino a Julio Verne en sus novelas, como si fuese un viajero poseedor de vastos conocimientos científicos i ansioso de propagarlos; pero cuyo relato es un compuesto de verdades i ficciones, medio de que se vale para instruir agradando. El oyente, por cierto, ha de dar crédito a lo que de antemano sabia; pero mirará con desconfianza lo que ignora, i la amenidad de la narracion será lo único que le interese.

Mui loable es el deseo de ocupar los ratos libres en lecturas que diviertan el ánimo de las tareas diarias i sean al mismo tiempo provechosas. Yo creo que la lectura mas útil i conveniente en estos casos, es la de reflexiones tocantes a la naturaleza humana, a sus virtudes, vi-

cios i flaquezas, a los hábitos i costumbres del individuo i de la sociedad, lecturas, en suma, que nos muestren lo que somos i lo que debemos ser. Mas no se imagine el lector que me refiero a discursos de moral severa, como los que tanto abundan en la literatura española. Injenuidad será la mia; pero confieso que, para mí, hai pocas lecturas mas cansadas que las obras morales de los clásicos de nuestra lengua. Hasta Quevedo mismo, en sus obras serias, es de lo mas insopportable e indigesto que uno pueda imaginarse. Las personas llenas de ferviente celo religioso i que poco atienden a la galanura de la forma, encontrarán ahí mil admirables pensamientos acerca de la miseria i vanidad del hombre, mil reglas seguras de perfeccion espiritual i profundos conocimientos del corazon humano; pero a los que toman un libro con el ánimo cansado de negocios i de afanes, a los que viven en medio de las diversiones i de efímeros placeres, es menester mostrarles la verdad revestida con los brillantes ropajes de la imaginacion, es menester que aparezca a sus ojos agradable, fácil i graciosa, que los cautive a pesar suyo, i los oblique a confesar, con la sonrisa en los labios, que la virtud es lo que hai en el mundo de mas bello.

He querido referirme a los *Ensayos*, jénero que, en manos de una pléyade de escritores ingleses, ha alcanzado una perfeccion admirable. Su forma amena, familiar i breve, la variedad de los asuntos que en ellos se tratan i los asuntos mismos, todos de gran interes para la cultura del individuo i de la sociedad, son ventajas i atrac-

tivos que no se encuentran en ningun otro jénero literario.

Despues de haber leido cualquier número del *Spectator* o del *Tatler*, por ejemplo, queda uno contento i satisfecho, como despues de la corta visita de un hombre de buen juicio, instruido, despreocupado, afable en sus modales, de elocucion fácil i en cuya conversacion abundan las agudezas i las observaciones injeniosas. «El estilo natural, dice Pascal, nos suspende i maravilla, porque creíamos ver a un autor i nos encontramos con un hombre.»

Las obras cuya lectura recomiendo, tienen otra gran ventaja: nos enseñan a observar. Cualquiera diria que la experiencia es necesario efecto de los años, segun blasonian de ella los mozos i los viejos delante de personas de menos edad. I, sin embargo, esos mismos que tanto ponderan su experiencia, llegado el caso de tomar una resolucion o de dar un buen consejo, vacilan, titubean i se ven mas embarazados que una señora en vísperas de viaje. Bien puede uno haber alcanzado muchos años de vida, bien puede haberse encontrado en cien diversas fortunas, si no sabe observar, los sucesos no dejarán mas huellas en su alma que las que deja el aliento en un vidrio puesto al sol. Por el contrario, el que ha aprendido a meditar acerca de los sucesos i sabe deducir de ellos reglas generales de conducta, sin salir de su hogar i de la sociedad de sus amigos, i en medio de una vida tranquila i sosegada, puede sacar útiles lecciones, aun de los acontecimientos mas insignificantes i ordinarios. Las obras en que me ocupo nos muestran al hombre en la

vida real, escudriñan su corazon, manifiestan los móviles mas secretos de sus actos, i acostumbran al lector a no dejarse engañar por el ostentoso aparato con que se encubren los vicios, las flaquezas i las presunciones ridículas.

Bien habrá comprendido el lector ilustrado que los *Ensayos* de Montaigne no entran en mi cuenta i, si no lo ha comprendido, adviértoselo yo ahora. Dejando a un lado los méritos indisputables i los no menos indisputables defectos de esta obra famosa, tengo para mí que es una de las lecturas mas perniciosas para la juventud o para cualquiera persona no mui firme en sus principios. El que lee incautamente a Montaigne, se siente arrastrado a ese fatal escepticismo que lo deja a uno como suspendido en los espacios, buscando un punto de apoyo sin esperanzas de encontrarlo. Tal fué, a lo menos, lo que a mí me aconteció i pasaron algunos meses ántes que se borrase la impresion que me había causado esa lectura.

Dispéñseme el lector si, únicamente a manera de *postscriptum*, le advierto que los ensayistas han manejado el idioma con indecible primor, i que a duras penas podrá hallarse una traducción que exprese los mismos conceptos con la graciosa sencillez del original. He visto algunas mui correctas, mui exactas; pero hai entre ellas i el original la diferencia que hai entre las «muchas gracias» dadas por un individuo grave i ceremonioso, i las «mil gracias» con que agradecería un ramillete la coqueta mas refinada.

—ne em le xemis enasas-sensalvossi, sebudas asel notient
olhos elasemisbanhontas i svidos xem ódioras ótimo-
egos fuit i, emt of le torp, olasimisimo lo blorob el
les, vidas le xemis rardesisa, sal rosetona a nezeximis
setio i tezelenis kuy, lequmia le wana amas, xem of wana
as er esp noisaveunys el s zelintas el novis elip-
a res nre equisid oloom errosas elianas, elonshas
esp asas lim somribas esp zomisjani son, egis as
cas monter al no kongi, el kongi, el kongi, el kongi
esp sh mi

UNA NUEVA RELIJION

UNA NUEVA RELIGION

Con la pluma en una mano i la cabeza apoyada en la otra, miraba i tornaba a mirar la blancura del papel que tenia delante, sin que mi pluma se apresurase a borronearlo por la sencillísima razon de que mis ideas habian salido a tomar aires a otras partes, travesura que suelen hacerme cuando las he menester. Con todas las veras de mi alma, envidiaba a los escritores humorísticos i de costumbres, pues cuando no encuentran sobre qué escribir, éntraseles, por lo comun, a su aposento un individuo cuya conversacion los saca de apuros o topan con él en la calle. Como hacia rato que en mi pieza estaba sin que se me presentase el dicho individuo, tomé mi sombrero i salí.

A poco andar, diviso a un compañero de colejo que fué grande amigo mio, i a quien no habia vuelto a ver desde aquel entonces. Apuro el paso. Ruidosas por demas

fueron las saludes. Recordamos nuestra niñez, él me encontró mucho mas hombre i extraordinariamente gordo, le devolvi el cumplimiento, por si lo fuese, i mui luego comenzaron a aparecer las palabras: *bueno, si señor, así pasa la vida, ¡cómo pasa el tiempo! ¡qué diablos!* i otras que sirven de puntales a la conversacion que va en decadencia. Cuando trascurre mucho tiempo sin ver a un amigo, nos imaginamos que tendremos mil cosas que contarle, que no nos parará la lengua en la primera vez que lo veamos, i sucede lo contrario: uno no halla de qué hablar, como en las visitas de etiqueta. A dicha llevaba mi amigo un periódico en la mano.

—¿Trae algo el diario? le pregunté.

—Nó, me respondió. Venia leyendo un estudio sobre el *altruismo*.

—¿El qué?

—El altruismo.

—¿Algun nuevo descubrimiento de Mr. Edison?

—*Barbara celarent!* (Mi amigo no habia perdido la costumbre que tenia en el colejio de convertir en interjecciones los conocidos versos de la lójica.) ¡El altruismo, un nuevo descubrimiento de Mr. Edison! ¿Qué? ¿Cómo? ¿Has estado en algún desierto? ¿Ni siquiera has oido hablar de la *Religion de la Humanidad*?

—Hombre... ya se ve... leo poco...

—¿Lees poco? Pero aquí me caiga muerto si no tienes cara de comulgar cada quince dias. Bien pronosticaba yo en el colejio que nunca dejarias de ser un incorrejible *baralipiton*.

Debo advertir que, desde la infancia, manifestó mi amigo tendencias liberalescas. Recuerdo que cuando éramos mui niños (él tendría a lo mas diez años i yo nueve) nos enredamos en una acalorada discussion acerca del dogma. El atacaba i yo defendia, sin que, por cierto, ni uno ni otro tuviese idea alguna de lo que era el dogma. El resultado fué que, en un momento de apuro, lo llamé filósofo rancio, i él replicó que aprendiera yo a sonarme las narices ántes de discutir con él. Nunca admitia en las clases lo que los profesores decian llanamente: de todo pedia pruebas, i por una nada salia con objeciones. Cuando no sabíamos la leccion, se lo advertiamos a él. Las primeras preguntas del profesor sujerian mil dudas a nuestro compañero. Pedia permiso para exponerlas, brotaban las objeciones, se acaloraba el maestro, i en lo mejor llegaba la hora de salir de clase.

—Podria ser como tú dices; pero dejaremos este punto para mejor ocasion, dije a mi amigo. Confieso mi ignorancia i me avergüenzo de ella. Explícame pronto lo que enseña esa doctrina.

—Primero que nada i por via de preparacion, léame vuesamerced este parrafillo.

Tomé el diario i, donde él me señalaba, leí lo siguiente:

«Quien aspire a la verdadera felicidad, puede expresarse así:

ACTO DE AMOR A LA HUMANIDAD.

«¡Humanidad santa! mi amor! tú eres toda mia como yo soy todo vuestro. Dilatadme en el altruismo a fin de que sepa gustar en el fondo de mi corazon, cuan dulce es amar i fundirse en ese inefable afecto.

«Que el amor me levante i me arrebate por encima de mi egoismo con la vivacidad de sus trasportes.

«Que yo os cante el cántico del amor, que yo os siga Humanidad santa hasta las alturas de vuestra gloria, que todas las fuerzas de mi alma se empleen en alabanza vuestra i en serviros con el placer mas íntimo.

«Que yo te ame a tí mas que nada, i no por mí sino por causa de tí, por tus perfecciones sublimes, por tus méritos inapreciables. I que ame en tí a todos tus hijos, que forman parte de tí por sus virtudes.»

—Supongo, dije, que aquello del *altruismo*, vendrá de *altrui*, a los otros, en oposición a *egoismo*, de *ego*. ¿Es así?

—Exactamente. Me parece que la lectura de ese párrafo te habrá puesto al cabo del asunto.

—Es claro. Pero nosotros los católicos tambien amamos a la humanidad.

—*Barbara baralipton!* Creí que habías comprendido el párrafo. Los católicos aman a los hombres por amor a Dios; pero la gracia está en amar a la humanidad por ella misma.

—Ya estoi, le dije. Ganamos mucho con el cambio.

—Por cierto. La humanidad existe, la vemos, la palpamos; miéntras que Dios es una cosa vaga, una idea, un sér indefinido o, mas bien dicho, un sér, cuya existencia puramente metafísica, es debida a una especie de convención tácita entre los hombres.

—Por lo que estoi oyendo, eres discípulo de la nueva religion, dije yo.

—Discípulo i propagador, amigo mio. Por fin he encontrado una religion que me satisfaciera.

—I, dime, ¿cómo se aviene la doctrina del altruismo con la inmortalidad del alma?

—A todo le han buscado ajuste. Dame acá el diario. Oigame vuesamerced:

«Examinemos las palabras *subjetivo* i *objetivo*. Subjetivo, quiere decir lo que se refiere a la Humanidad; objetivo, lo que responde al mundo exterior. Si bien se mira, existe para nosotros, a juicio del maestro, un gran dualismo, la Humanidad i el mundo; aquélla, el sujeto, éste, el objeto. En ese dualismo, la supremacia corresponde moralmente a la Humanidad.»

I este otro párrafo:

«Consideremos la inmortalidad subjetiva del alma por oposición a la objetiva. Entiende el positivismo por inmortalidad subjetiva, ese recuerdo imperecedero que dejan en el seno de la Humanidad todos sus benefactores.

Pasa el tiempo, trascurren los siglos i nunca mueren las grandes naturalezas. Vivas están subjetivamente, i pasan de una jeneracion a otra, en medio de la admiracion i el respeto de todos. ¿Quién no conoce a Homero, Dante, Aristóteles, San Pablo i tantos otros? ¡Qué de millares de personas no conversan con ellos al traves de las edades! I ¡cuántos nobles pensamientos, cuántas grandes resoluciones no han inspirado e inspirarán todavía! Esa existencia, en el seno de la Humanidad, ha sido siempre la aspiracion de todas las almas superiores. Ellas han deseado perpetuarse entre los hombres, por el amor que les profesaran i los servicios que les hicieran, para seguir obrando el bien despues de muertos. I si preguntamos en el seno mismo de la familia, a toda naturaleza jenerosa i amante, que se halle al borde de la tumba, cuál es su mas intimo sentimiento: vivir, nos dirá, en el recuerdo de todas las personas que me son queridas, hablar con ellas, para estimularlas constantemente a la virtud.

«Hé ahí la sola inmortalidad positiva del alma. Ella satisface a los corazones mas delicados, mas tiernos, mas puros. I si parece haber prevalecido durante cierto tiempo la inmortalidad objetiva, eso ha sido efecto de un dogma profundamente egoista. Pues la perpetuidad personal, en un mundo distinto del nuestro, no puede ser deseada por las almas nobles, sino en virtud de conceptos erróneos, que les hacen suponer el amor fuera de la Humanidad.»

—Suficiente para muestra, dije yo.

En esto llegamos a la casa de mi compañero i me invitó a entrar. En su escritorio había un legajo de papeles manuscritos. Los tomó mi amigo i me dijo:

—Bien habrás visto que en la religión de la Humanidad lo primero es el amor. Por consiguiente, para propagarla, es preciso dirigirse al corazón, es preciso infundirle el amor a la Humanidad. Para conseguir este objeto, hai un medio eficacísimo: las oraciones. Tenemos la prueba en los católicos: a fuerza de rezar, de hacer actos de amor, de pedirle a Dios la caridad, se encienden, se inflaman en el amor divino. Por esto, con algunos amigos estoí arreglando un devocionario, conforme a las últimas instrucciones que hemos recibido de Europa. Hojéalo.

Tomé el cuaderno i decía en la portada: *Manual del altruista*. En el revés de la portada se leía lo siguiente: «El Gran Maestro ha concedido cien días de inmortalidad subjetiva por cada página que se leyere de este libro con devoción i recojimiento.»

Pongo a continuación algunas oraciones, cojidas aquí i allá.

ORACION

PARA PEDIR AYUDA EN ALGUNA NECESIDAD.

¡Dulcísima Humanidad! Por los dolores que has querido sufrir en las guerras, hambres i pestes, para manifestarnos tu amor, te suplico que me ayudes en las cir-

cunstancias en que me encuentro. (*Aquí se expresa la necesidad.*) Préstame auxilio i consejo, oh buena Señora, o bien resignacion si es tu voluntad probar mi amor.

¡Oh glorioso Confucio! ¡Oh Sócrates amante de tus hermanos! ¡Oh Meng-Tseu i tú tambien buen Vicente de Paul! Interceded por mí delante de la buena Señora para que me socorra en mi afliccion, i me dé fuerzas para imitaros.

JACULATORIAS.

¡Humanidad mia! Os doi mi corazon, mi alma i mi vida.

¡Humanidad santa! Rendido estoi a tus plantas, que desfallezco de amor.

(*El Gran Maestro ha concedido 300 días de inmortalidad subjetiva, por cada vez que se rezaren devotamente dichas jaculatorias al tiempo de levantarse i al de acostarse.*)

ÁNTES DE COMENZAR CUALQUIERA ORACION

el devoto altruista se volverá a los cuatro puntos cardinales con los brazos abiertos, i dirá cuatro veces:

En el nombre de mis compatriotas i de los extranjeros.

BREVES LETANIAS

EN HONOR DE LA HUMANIDAD.

| | |
|--|---------------------------------|
| Humanidad femenina. | Dame tu amor. |
| Humanidad masculina. | |
| Humanidad infantil. | |
| Humanidad sana. | |
| Humanidad doliente. | |
| Flaca humanidad. | |
| Triste humanidad. | |
| Corpulenta humanidad. | |
| Vosotros, oh médicos. | |
| Vosotros, oh jueces. | |
| Vosotros, oh abogados. | Obrad de modo que os amemos. |
| Vosotros, oh notarios. | |
| Vosotros, oh secretarios. | |
| Vosotros, oh procuradores. | |
| Vosotros, oh receptores. | |
| Vosotros, oh jente codiciosa de lo ajeno. | Libranos, señora. |
| De M. Littré. | |
| De M. Renan. | |
| De M. Pasteur. | |

Dulce Humanidad, por la frágilidad i flaqueza que te
es propia, apiádate de nosotros.

Dulce Humanidad, por la frágilidad i flaqueza que te
es propia, oye nuestras súplicas.

Dulce Humanidad, por la frágilidad i flaqueza que te
es propia, infúndenos el amor a nuestros hermanos.

—¿Tiene ya muchos discípulos esta nueva religión? pregunté.

—No muchos. Ahora no más comenzamos a propagarla.

—¿Tan nueva es? exclamé.

—Te diré, contestó mi amigo: el cajón anduvo perdido como año y medio en los almacenes de la aduana. Cuando se descubrió, estaba aquello algo apolillado y fué preciso encargarlo de nuevo.

—¡Qué oigo! ¡Una religión que llega en cajones! Hombre, debe de ser cosa buena.

—¡Oh! exclamó mi amigo con disgusto. A un lado las bromas, y mas si no tienen gracia. A tí no te gusta que nadie se burle de los misterios de tu religión, a mí tampoco me agrada que se burlen de mis creencias. Bien has comprendido que he estado hablando del cajón que traía los libros en que se desarrollaba el sistema del altruismo y se cimentaba nuestra santa religión de la Humanidad.

—Tendrán, sin duda, templos y ceremonias religiosas, dije yo para divertir la conversación. También son éstos medios muy eficaces para encender los corazones.

—No hai que preguntarlo. Pensamos edificar un gran templo en forma de cruz griega, que tenga cuatro entradas, una en cada brazo. En el punto en que se crucen los brazos, levantaremos una estatua colosal, que represente a cuatro mujeres que no deben formar sino una sola, de manera que por cualquier puerta que uno entre, vea que la estatua le tiende los brazos como para recibirla y unir-

lo a ella. Pero a muchos les ha parecido extravagante la tal estatua, i han imaginado una gran columna de la cual se desprendan a cierta altura ocho brazos con sus respectivas manos, de suerte que correspondan dos brazos a cada puerta. Yo, te lo confieso, no apruebo ninguno de los dos proyectos. Propuse que se levantara un ancho pedestal i se colocara ahí un ejemplar de cada una de las tres razas: la blanca, la negra i la amarilla. En fin, este asunto está por estudiarse.

«Ceremonias religiosas, las habrá i mui propias para encender el corazon. Cada Domingo se reunirán los creyentes en el templo, i, después de una alocucion del Maestro, pronunciará éste las palabras sacramentales: *Es permitido manifestar el amor.* Al punto, los concurrentes se entregarán a vivísimos trasportes de amor i de benevolencia humanitaria, sin que nadie pueda equivarse o resistir a los deseos de los otros, porque uno es de todos i todos son de uno. Trascurrida una hora, por lo menos, el Maestro dirá: *Idos: la Humanidad está satisfecha.* A estas palabras los hombres deberán retirarse inmediatamente; pero las mujeres pueden permanecer media hora mas, para componerse el peinado i el vestido.»

Una visita que llegó en esos momentos interrumpió la conversacion. Pronto me retiré.

Concluiré este artículo con una leyenda que recuerdo haber leido no sé dónde. Decía mas o menos como sigue:

LA DONCELLA ANTOJADIZA

Juntáronse algunos animosos caballeros i, despues de haberse ligado con un inviolable juramento, salieron a campar por la libertad.

Ya tenian noticias de cómo, en una antiquísima fortaleza de muros de bronce, hallábase cautiva una doncella. Los pocos que habian logrado verla, ponderaban su discrecion i hermosura mas que humana. Hasta llegaban a decir que su libertad cambiaria la faz del mundo, porque nadie podria resistir a sus encantos i ella gobernaria a los hombres segun la voz de la verdad i de la justicia.

Dirijense a la fortaleza los animosos caballeros i piden al castellano razon de su felonía. Respondiôles que la virjen era mui maligna hechicera i que, en bien de los hombres, ahí la tenia guardada. «¡Mientes, viejo miserable!» exclamaron a una voz los caballeros. I saltan los fosos, matan a unos centinelas, dispersan a otros i ponen en libertad a la doncella.

Su mucha hermosura los suspende i embelesa, hincanse de rodillas a sus plantas, i se le declaran rendidos amantes i leales caballeros.

Pero resultó que la muchacha era en extremo inquieta i antojadiza, i luego dió muestras de temerario arrojo i de indomable orgullo.

Por de pronto mandó a sus caballeros que demoliesen la fortaleza de muros de bronce i esparcieran sal en las

ruinas. Los animosos caballeros trocaron las espadas por azadones i picotas, i fieramente pusieron manos a la obra. Pero los azadones i picotas se rompian apénas tocaban los muros de bronce. En balde acudieron los herreros mas famosos: el mejor acero no pudo ni siquiera rasguñar las murallas resplandecientes.

Desesperados los nobles caballeros, imaginaron divertir con adulaciones los antojos de la dama. Dijeronle que era reina i señora absoluta, i que nadie en la tierra ni en el cielo tenia el derecho de mandarla. Agradaronle estas lisonjas a la dama: nunca las habia oido sino de voces ahogadas. Pero cansóse luego de oir lisonjas i quiso levantar un templo digno de ella, un templo en que cupiesen todos sus amantes i que les ofreciese mil comodidades i regalos.

Hé ahí a los leales caballeros trasformados en arquitectos i albañiles. Mas ¡oh traviesa muchacha! ¡I cómo juega con el amor de sus caballeros! ¡I cómo sabe unir el sarcasmo a los rigores de una beldad desdeñosa! Aplaudie i alaba los planos que le presentan, alienta la obra i, cuando la ve concluida, descubre en ella mil imperfecciones, se burla de los operarios, i pide otro i otro templo. Los leales caballeros no desmayan i edifican otro i otro templo.

Ya faltan las fuerzas a los animosos caballeros, ya murmurán de los caprichos de su dama, ya querrian sacudir su insopportable yugo; pero los fascinaba un hechizo misterioso. ¿Qué hacer? Acuden secretamente al castellano de la fortaleza de bronce. La sola presencia

del anciano intimida a la doncella, i ésta lo sigue obediendo a un ademan majestuoso. «¡Ah! ¡No mentías, buen anciano!» exclamaron a una voz los caballeros.

LA MALEDICENCIA

(APUNTACIONES A VUELA PLUMA.)

Es ya proverbio que la maledicencia es hija de la envidia; pero hai muchos casos que de este modo no sé cómo explicármelos.

Ciertas señoras, por ejemplo, encuentran un singular placer en comunicar a todo el mundo los defectos, el mal carácter, las supuestas maldades de los demás, i no se cansan aunque hablen horas enteras acerca de este asunto. Que lo hagan por envidia, no puedo creerlo, puesto que no perdonan ni a personas inferiores a ellas a todas luces, ni a sus mas íntimas amigas. Por otra parte, se compadecen en tanto extremo del infeliz a quien difaman, que no halla uno qué pensar.—«Pobrecito, dicen. Lástima grande que sea así. ¿Cómo haremos para remediarlo? No tengo autoridad alguna sobre él. Todos los

dias pido a Dios por que lo vuelva al buen camino.» Paréceme que en estos casos la maledicencia debe de ser hija de la caridad, i, en efecto, cuantos oyen a dichas señoras, exclaman: «¡Qué caritativa es Fulana! ¡Qué buen corazon! ¡Cómo compadece a las personas!»

Otras maldicentes, no me cabe la menor duda de que obedecen al celo religioso. ¿Se trata de un incrédulo, de un libre pensador? Duro en los defectos, para que todos palpen a dónde conduce la falta de religión.

Otras, por fin, maldicen con el inocente objeto de entretener a los presentes, refiriéndoles cómo Fulano es cruel con su esposa, cómo tal individuo es mal hijo, cómo tal otro es infiel a sus promesas. I ojalá fuese esto gracia peculiar de las mujeres. El maldecir que se oye en los cafées, plazas i calles, en reuniones de hombres, no tiene, por lo comun, otro objeto. Es manera segura de interesar al auditorio, narrarle chascos de maridos, flaquezas de hombres solteros i actos deshonrosos de las damas.

El amor propio es a menudo causa de cierta maledicencia, que consiste en apocar las prendas o el mérito de otras personas, o compensarlo con defectos, para que de este modo quede el alabado al comun nivel de los hombres. No parece sino que nadie puede tener ingenio, instrucción o belleza, mas que tomando dichas cualidades del caudal de los presentes: tal es el empeño en no conceder sino lo preciso, lo que no se puede negar sin incurrir en la nota de ciego, de ignorante o de mal gusto. Dígase delante de mujeres que tal niña o señora es

extremadamente bella. Alguna hermosa dirá: «¿Hermosa? No lo es tanto, a mi juicio. Le falta simpatia i un poco de talento no le vendría mal.» Alguna fea dirá: «¿Hermosa? ¿I qué importa la hermosura? No está en ella la felicidad, sino en la virtud, i, en punto a virtud, no sé cómo andará.» Basta para dar impulso a la rueda i la tal niña o señora saldrá, a fin de cuentas, sin virtud ni hermosura.

Por esto es regla de buena educación no prodigar nunca alabanzas exageradas en honor de la belleza de determinadas personas, o de su virtud o ingenio, delante de alguno que presuma de excelente en dichas cualidades. Conocido es el amor propio de los literatos i de los artistas, i los odios profundos que nacen entre ellos i que provienen de esta especie de maledicencia.

La maledicencia aventaja a los otros vicios en que uno puede entregarse a ella con entera libertad, i sostener al mismo tiempo con mui buenas razones que no tiene tal vicio. «¡Qué yo maldigo! exclama el maledicente. Pues no deja de ser curioso. ¿Gano algo? ¿Fulano me apreciará, me dará parte de sus bienes porque te descubro la ambición i el egoísmo que tan bien sabe disimular? Si llega a saberlo, me odiará sin duda alguna; pero si puedo prestarte algún servicio, nada me importa su odio. Quiero únicamente prevenirte contra sus malas artes. Si dudas de mi sinceridad, nada más fácil que no creerme; ya te arrepentirás algún día.» Cuando la maledicencia es declarada, a la mano está el «así me lo contaron; pero ahora conozco que no es verdad.» O bien:

«sin embargo, lo he oido a personas que no mienten ni tienen para qué mentir.» O bien: «cada uno con su opinion.» O bien: «Si no nos ocupamos en los demás, ¿de qué hablaremos?» argumento sin réplica en ciertas reuniones que, por lo visto, no tienen mas objeto que hablar del prójimo.

BUENA IDEA

Nunca se había visto, como en la época actual, tantos pescadores en el mar de lo ignorado.

En punto a invenciones mecánicas, es aquello para desesperar al que pretenda descubrir algo nuevo. Lo primero a que atinan los inventores, es pedir privilegio exclusivo, pues temen que si tardan en publicar el invento, de aquí a mañana lo pesca otro individuo i adios la popularidad o la fortuna que el tal invento habia de traer. I aun así, no bien se publica una solicitud del dicho privilegio, cuando aparecen media docena de opositores a la concesion, por cuanto ya conocian i usaban ellos el tal invento.

Por dicha, en literatura no acontece lo mismo, en la literatura de esta nacion por lo menos. Nuestros escritores son jente juiciosísima, enemiga de extravagancias i de novedades. A ninguno de los tales me lo sorprenderán

abriendo senderos por entre selvas vírgenes. No por cierto. Les gusta andar por los caminos públicos i bien trajinados. No pecarán por atrevidos, eso lo aseguro. Así los poetas romperán las cuerdas de su lira ántes que dejar de atisbar el piesecito, la manecita i el senito de las doncellas; arrojarán léjos de sí la pluma si no les permiten estrechar en sueños el esbelto talle de su amada, si no les permiten escuchar breves momentos el dulce murmurio de los arroyuelos o el canto inocente de los tiernos pajarillos. ¿Quién haría versos si fuese prohibido aburrirse de cuando en cuando a lo Byron o descargar una gracia nubada filosófica en la chiquilla que cumple quince primaveras? ¿Quién haría versos si no fuese poesía en volver a cada paso pensamientos exquisitos en palabrillas almibaradas que parece que van diciendo: Cátenme ustedes ahí esa finura i elegancia?

¿I qué decir de los novelistas? No es novela el libro que no comience: «Era una tarde de primavera del año 18... La brisa soplaban alegremente i algunas encendidas nubes acompañaban al sol en su ocaso.

«Trasladémonos un momento a la risueña aldea de*** Los sencillos lugareños han salido a tomar aires bajo las frondosas higueras que circundan la población.

«Entre las aldeanas sobresalía..... etc.»

O de no, a la mano está el conocido ex-abrupto:

—«Excelente café, dijo Félix mirando con fijeza a Elvira.

«Elvira no pudo disimular un estremecimiento.

«Su madre lo notó.

—«Si usted gusta, murmuró la viuda como obligada a ello por la cortesía, será un gran contento para nosotros que Ud. nos acompañe.....

—«Mil gracias, contestó Félix i una sonrisa sardónica iluminó su frente.

—«Pero, ¿quién era Félix? ¿Por qué i cómo había conocido a la viuda i a su simpática hija?

«Recordemos.

«Era una mañana de Abril de 186.....»

Mediante ciertas asociaciones de ideas que no es del caso explicar, me llevó a las antedichas reflexiones la lectura de una carta litografiada cuyo disparatado contenido ofrezco a mis lectores.

Mui señor nuestro:

Tenemos el honor de favorecer a Ud. con el aviso de que somos únicos agentes de la famosa casa de *Budgell Fly i Ca.*, *Trim Coffee i Ca.* sucesores, N. Y. U. S. A., cuyas prensas tipográficas i litográficas i cuya variada colección de tipos han dado la vuelta al mundo, recojiendo aquí i allá los aplausos debidos a su mérito i a las bellas cualidades que los adornan.

Nos es mui grato decir a Ud. que, a poco de llegar a esta capital, notamos que el público de esta respetable nación es mas ilustrado que el de muchos otros puntos del globo i que, por lo tanto, se hallaba en estado de apreciar i acoger debidamente la idea que tenemos el gusto de proponer al libre albedrío de Ud. que forma parte tan distinguida de dicho público.

Si bien se mira, existen en la sociedad gran número de individuos que piensan de esta o de la otra manera, por razones idénticas a las que tienen para usar los pantalones anchos o angostos i las levitas de breve o larga falda-menta, esto es, no mas de porque así lo quiere la moda. Ahora bien, hai tantos cambios en el terreno de las opines como en el de los trajes, i, por consiguiente, prestaría un mui señalado servicio el periódico que diese cuenta de las modas de la opinion. Este periódico es el que pensamos fundar nosotros, para lo cual contamos desde luego con la ayuda i consejos de Ud., mui respetable señor. Será indudablemente útil a toda clase de personas, porque estará dividido en sección religiosa, social, política, literaria, etc., etc. Los que profesan el catolicismo, por ejemplo, no necesitarán saber las modas de la opinion en asuntos religiosos, a no ser por curiosidad, puesto que la doctrina que siguen está basada en las palabras eternas e infalibles de Dios; pero podrá mui bien suceder que en literatura o en política, hablen al ruido de las nueces, i nuestro periódico les pondrá al cabo de este ruido.

A primera vista le parecerá a Ud., mui respetable e importante caballero, que no alcanzará la materia para llenar media columna. Pero vea usted cómo habrá mas de lo que se necesita. Ponemos a continuacion, en sustancia i mui simplificado, algo de lo que podríamos decir.

SECCION LITERARIA.—*Está de moda* alabar la literatura tomada en abstracto; decir que es buena, útil e importante, que da la medida de la civilización de un pueblo, que proporciona al hombre ratos mui agradables, i

está de moda, al mismo tiempo, mirar a los que la cultivan como individuos ociosos i buenos para nada.

Idem.—No leer libro alguno: los sérios porque son sérios, i los amenos porque no dejan provecho. El diario se lee desde la tarifa de avisos i el «sangrador, matrona i botica de semana» hasta los avisos de medicinas inclusive. Tambien suele leerse tal cual novelilla prestada, i si despues de leida uno se queda con ella sin devolverla al que se la prestó, estará *à la dernière*.

Idem.—Alabar a los literatos extranjeros i decir de los nacionales que están perdiendo el tiempo i que mas adelantarian sembrando papas.

Idem.—Adoptar las ideas del último libro que se ha leido, citarlo a cada paso, encomiarlo i decir del autor que es uno de los mas ilustres injenios de su patria.

Idem.—Decir, a fin de cuentas, que no hai libro como el de cheques, ni letras como las de cambio.

Idem.—Echarlo a gracia aquello de no entender nada en letras, como si fuese particular don de Dios.

En la juventud elegante cunde la moda de no saber escribir cartas i de cometer media docena de errores ortográficos por renglon.

SECCION RELIGIOSA.—Lo mas comun es creer en Dios por via de interinidad i miéntras se presenta algo mejor.

Se usan mucho los *principios fijos*. Si son buenos o malos, o cuáles sean ellos, averíguelo Vargas. Lo importante es tener principios fijos o, mas barato, decir que uno los tiene, que para el caso da lo mismo.

Otros prefieren las *ideas particulares* acerca de religión.

que es nuevo horizonte abierto a las averiguaciones de Várgas.

Etc., etc., etc.

No seguimos porque ya es tiempo de acabar esta carta. El periódico se publicará mensualmente i el precio de suscripcion será de cinco pesos. Si Ud., como no lo dudamos, quiere ayudarnos en esta tarea digna de los adelantos de la civilizacion, sírvase contestarnos.

Antes de concluir, suplicamos a Ud. encarecidamente que, cuando esté con sus amigos departiendo en el seno de la tranquilidad i de la confianza, los llame a un rincón, i ahí, fijos los ojos en el cielo, les declare que

LAS PRENSAS TIPOGRÁFICAS I LITOGRÁFICAS

DE

BUDGELL FLY I CA. TRIM COFFEE SUC. N. Y. U. S. A.

SON

LAS MEJORES I MAS BARATAS.

ÚNICOS AJENTES EN ESTA CAPITAL.

S. S. S.

RYSWELL I BORY.

QUÉ DIRÁ LA JENTE

Desde niños se nos infunde tanto temor i respeto al *qué dirá la gente*, que mas tarde llegamos a considerar las opiniones i habladurías del vulgo como verdadera norma de conducta. Dicen que la voz del pueblo es la voz de Dios; así será. Paréceme, sin embargo, que con igual razon podría decirse que la voz de las cámaras es la voz del pueblo, disparate que ni los hombres mas necios se atreven a decir en nuestra república.

Cada uno debe pensar lo mismo que el autor de la *Epistola moral*:

Quiero imitar al pueblo en el vestido,
En las costumbres solo a los mejores.

En todo lo que entre en la esfera de la decencia, de la urbanidad i de la buena crianza, atendamos a lo que dice la gente. La buena crianza es campo neutral necesario

en el comercio de la vida i cuyos límites señala la sociedad. Pero en el órden moral no debe dársenos un maravidi de lo que diga la jente, i es claro, porque ella no tiene jurisdiccion alguna en nuestro interior, i no debemos practicar sino lo que nuestra conciencia nos ordene, lo que sea bueno, lo que sea conforme con la voluntad divina.

Si los padres de familia pusiesen mas cuidado en la educacion de sus hijos, si desde la infancia les enseñasen a dar a la sociedad lo que es de la sociedad i al individuo lo que es del individuo, muchas incomodidades, muchos padecimientos les evitarian.

El temor de hacerse ridiculo es capaz de obligar a los hombres a cometer actos tan desdorosos e irracionales, como el de avergonzarse o renegar de sus creencias. Si éstas son diferentes de las que tiene o aparenta tener la sociedad en que vivimos o la reunion en que nos encontramos, menester es defenderlas caballerosamente si las atacan i despreciar las burlas i las sonrisas irónicas. ¿Qué otra cosa podemos hacer? ¿No es el colmo de la pusilanimidad i de la cobardia renegar de su fé, no ya en vista de tormentos o de promesas fabulosas, sino por algunas bromas sin consecuencia? Nadie se imagine que la sonrisa de la incredulidad es sincera: se rie por despecho, porque un hombre religioso es constante acusacion de su conducta.

Si a tanto extremo el respeto humano puede dominar al hombre, no es de extrañar que, en asuntos de menor importancia, éste se afane en conseguir de la jente fa-

vorable opinion, aun a costa de su propia felicidad i bienestar. «Lo peor que tiene la pobreza es que da risa,» decia Juvenal. ¡Cuántos hai que temen la pobreza mas por la risa que ocasiona, que por las privaciones que consigo trae! ¡Cuántos hai que, pudiendo vivir holgadamente, prefieren empeorar su condicion, prefieren vivir en la miseria con tal de aparecer como ricos! Hai pocos espectáculos mas lastimosos que el que ofrecen esas familias que comen mal, pero tienen coche; que están cargadas de deudas, pero asisten a los bailes lujosamente ataviadas i hablan de grandes gastos i de riquezas imaginarias. Estos son aparatos que, en propios términos, deben llamarse tonterías, pues no hai cosa ménos ignorada que la fortuna ajena, por mucho que la oculten. En las reuniones, la fortuna de las personas se computa diez veces al dia, por lo ménos. I si es ruindad i villanía reirse de uno porque es pobre, hai razon i mucha para reirse del que, siendo pobre, procura venderse por millonario.

Lo cierto es que el hombre que vive seguro en la bondad de sus acciones i hace rostro a los díceres del vulgo, siempre le infunde respeto. El vulgo es como los canes que se contentan con dar dos o tres ladridos i luego se aquietan delante del que les hace cara; pero que persiguen con encarnizamiento al que los teme i huye.

Por otra parte, ¿quién es la gente? Ya son media docena de vecinos, ya los compañeros de una tertulia, ya un transeunte. ¿Qué dicen? Las mas de las veces no dicen nada, i si hablan, cada uno manifiesta su opinion

basada en fútiles razones, i es probable que a la media hora tambien de parecer en consideracion a nuevos antecedentes, i mas probable aun es que a los dos dias se olviden de lo que han dicho; de suerte que atender a lo que dice la jente i pretender obrar conforme a ello, es exponerse a lo que le pasó al molinero de una historieta mui conocida; pero que no creo inútil recordarla al lector.

Tan mal le iba en el negocio a un pobre molinero, que resolvíó vender la única mula que poseia. Al efecto, dirijóse al pueblo vecino acompañado de un hijo suyo de corta edad. Llevaban del cabestro a la mula, porque temian cansarla si la montaban i que, despues en la feria, con el aspecto lánguido i desmayado, alejase a los compradores.

No habian andado largo trecho, cuando encontraron a un grupo de mujeres que estaban sacando agua de un pozo. «¡Qué cabeza de jente!» exclamó una de ellas. «¡Andar a pié cuando podian ir montados!»

I las mujeres se echaron a reir a carcajadas.

—Allégate acá, muchacho, que te monte en la mula, dijo el molinero. No demos que reir a la jente.

I el molinero siguió caminando a pié.

Mas allá toparon a unos viejos que venian conversando con mucha indignacion i acaloramiento.

—¡Ahí tienen la prueba! exclamó uno de los viejos. Ahí la tienen; no hai mas que mirar. ¿No es verdad lo que les digo? ¿No es verdad que cada dia va disminuyendo mas i mas el respeto por los ancianos? Todos

obran ahora como ese muchacho que va sentado en la cabalgadura, miéntras ese hombre que parece su padre, camina a pié. ¿A dónde vamos a parar? A un desquiciamiento completo. Ya no hai sumision a la autoridad paterna. Es claro. Quiera Dios enviarnos la muerte ántes que lleguen esos terribles días.

—Oye lo que dice la gente, muchacho; mira el mal ejemplo que hemos dado. Yo subiré en tu lugar, dijo el molinero.

I el muchacho continuó el viaje a pié.

Cerca de la ciudad pasaron al lado de unos holgazanes, que estaban tendidos a orillas del camino.

—¡Mire, don viejo! exclamó uno. ¿No le da vergüenza que el chico vaya con la lengua afuera, miéntras su merced que tiene las piernas como dos álamos, se está como un príncipe en la mula?

—No demos que hablar a la gente, dijo el molinero, i montó en la grupa al muchacho.

De esta suerte llegaron a la ciudad. Entrábase por un puente i en la mitad de él, un mozo detuvo el convoi i preguntó al molinero con chulada:

—Digame, amigo, ¿es suya la bestiecita?

—Mia, respondió el molinero, i será suya si me la quiere comprar, porque para eso la traigo.

—Se lo preguntaba, replicó el otro, porque a bestias ajenas he visto con tanta carga; pero a las propias, nunca. El animalejo mas está para que lo lleven, que no para llevar a nadie.

—Hagamos lo que este buen hombre dice. Pié a tierra, muchacho.

Derribaron la mula i le ataron juntas las patas. Despues probaron a llevarla por medio de un palo; mas, la mula que hasta entonces no habia dicho palabra, se espantó de tal suerte al ver el palo, que cortó las ligaduras i cayó en medio de la corriente.

AVENTURILLA NOCTURNA

En una reunion en que hace poco me encontré, rodó la conversacion sobre los niños. Una de las señoras que se hallaban presentes, manifestó que los hijos varones eran mucho mas difíciles de educar que las mujeres, por lo cual celebraba en extremo no haber tenido hasta entonces mas que niñas.

—Dice usted verdad, señora, observó un caballero de edad avanzada. Mi hijo mayor me tiene aburrido de manera que no sé cuál partido tomar: si abandonarlo a sus inclinaciones o emplear castigos rigurosos i hasta crueles. Lo último me parece inútil i sabe Dios a qué excesos lo llevaria su carácter arrebatado i violento. Mal corresponde a los sacrificios de un padre como yo lo he sido. Miéndras que otros, llegados a mi edad, se entregan al descanso contentos con llegar a sus hijos lo que hasta en-

tónces han podido reunir, yo trabajo, me afano i ni siquiera gozo de lo que tengo.

El pobre anciano dijo estas últimas palabras con tal acento de amargura, que me infundió gran compasion i no pude dejar de indignarme en mi interior con el hijo mal agradecido.

Retiróse poco despues el caballero i no bien habia salido, cuando uno de los presentes, persona de mucho jucio i prudencia, dijo:

—Hé aquí un hombre que me da lástima; pero la verdad es que solo él tiene la culpa de lo que ahora padece. Jamas ha pensado en otra cosa que en amontonar dinero para sus hijos, como si un Creso fuese la meta de la felicidad. La educacion era palabra muerta en su familia, i una lágrima del niño podia mas que los consejos de los que se interesaban por su dicha. El muchacho dirá, sin duda: «A mi padre poco le importa mi educacion, solo se afana por dejarme dinero. Gozarlo bien será, por tanto, la mejor manera de darle gusto.» I si pensase de otra suerte, seria un gran mentecato o un mónstruo de prudencia.

Estas palabras desvanecieron la compasion que habia despertado en mí el aflijido padre i, mas aun, sentí cierto enojo por su mal entendida induljencia.

Despues que me retiré de la visita, volvime a casa preocupado con este suceso, i resolví al punto hacerlo materia de un terrible artículo contra la negligencia de los padres de familia en la educacion de sus hijos, porque, a la verdad, nada hai mas pernicioso para la infan-

cia. Me atrevo o decir que ni el ejemplo acarrea peores resultados. El niño es incapaz de dirijirse por si solo, i si le dejan libertad, no hará mas que abusar de ella. Sabido es que la virtud exige continuos desvelos, mientras que basta con descuidar las malas inclinaciones para que crezcan i se desenvuelvan. De ahí proviene la pereza en el estudio, el carácter altanero, independiente e irritable de los niños mimados. Son ellos el jérmen de esa turba de mozos petulantes, lindos, holgazanes i viciosos que apestan la sociedad.

Educar a los hijos como es debido, es carga pesada, mucho mas pesada que adquirir para ellos cuantiosos bienes. Los afanes de la educación constituyen la verdadera tarea del padre de familia, la que mas bendice Dios, la que mas agradecen los hijos cuando son capaces de comprenderla, la que mas atrae el sincero respeto de los conciudadanos, i la mas digna de un corazon que ama a su patria, porque el mayor bien que se le puede hacer es darle hijos fuertes en lo bueno, i el mayor mal, obligarla a recibir unos que parecen hombres i son un revuelto montón de vicios.

Respecto al trabajo en enriquecer a los hijos hai mucho que decir... ¡Hum!... Hai mucho que decir.

En este punto iba el discurso, cuando se abre con cautela una ventana junto a la cual pasaba yo en ese momento i siento una tosecita de mujer. Levanto la cabeza i me encuentro en barrios distantes del mio. ¡Tanto me habia ensimismado! Me paré a reconocer la calle débilmente alumbrada por un lejano farol. De la ventana

salió un *¡pst!* como si me llamasen. Algun buen lance que la fortuna me ofrece, dije para mí i me acerqué resueltamente a la ventana. La pieza estaba a oscuras.

—¿Estás ahí? me preguntaron de adentro.

—Me parece que sí, contesté un tanto sorprendido por lo singular de la pregunta.

—Te conocí en los pasos.

—Es probable... efectivamente..., dije yo cada vez mas intrigado.

—¿Qué respuestas son éas? Es de no conocerte; pero no es ahora tiempo de quejarse, ni sé cómo me he atrevido a tanto. Mis hermanos lo han descubierto todo, todo. Toma esa carta que te explicará lo sucedido. Vete lijero, huye ántes que te sorprendan.

Tomé la carta, cerróse al punto la ventana i me alejé maldiciendo mi mala suerte de que los hermanos lo hubiesen descubierto todo.

No habria andado diez pasos, cuando siento fuertes i presurosas pisadas a mi espalda. Me vuelvo i me encuentro de manos a boca con un individuo de mi misma estatura, que me dispara un *¡infame!* como un pistoletazo.

No me cupo duda de que era uno de los hermanos, i por esto le respondí cortesmente i salvando mi dignidad:

—A esa cuenta, señor, usted tambien debe de serlo, porque tantos motivos tiene usted...

—¡Cómo que tantos motivos, impostor! Te alcancé a ver cuando te retirabas de la ventana. Has tomado mi nombre, miserable, i no se moverá usted un paso de aquí sin que me dé las satisfacciones necesarias.

—Se las doi, amigo, se las doi, respondí con precipitacion. Vea usted: pasaba yo casualmente...

Unos gritos de mujer que parecian salir de la casa de la ventana, nos dejaron suspensos. Repentinamente se abrió la puerta de calle i dos jóvenes con sendos garrotes se nos vinieron encima sin decir ¡guarda!

Al principio anduve por los suelos; mas, pronto noté que mi adversario era un menguado hombrecillo que no me alcanzaba a los hombros. Esto me infundió brios.

—¿Qué significa esto, amiguito? le dije a mi antagonista cojiéndole el garrote i viendo modo de quitárselo.

Cuando el otro vió que yo me erguia como un gigante irritado, declaró la patria en peligro i se echó a gritar: ¡socorro! ¡auxilio! ¡policial!

—¡Policial, policial! exclamó a su vez el otro asaltante que tambien llevaba lo peor del torneo.

A los gritos se abrió un cuarto sospechoso, que estaba al frente del campo de batalla, i salieron dos policiales.

Mi primitivo adversario convertido despues en aliado forzoso, se adelantó i les dijo:

—Estos dos bribones nos han salido a saltar, al señor i a mí.

—¡Mentira! exclamaron los asaltantes. Ellos han querido robarnos, son ladrones de honra. Que vayan a la cárcel.

—¿Ladrones de qué? preguntó uno de los policiales que tenia mui notable cara de idiota.

—Así será, dijo el otro policial. Los cuatro irán al cuartel i allá se entenderán con el jefe.

—Aquí estamos perdiendo el tiempo, dijo mi aliado i dió media vuelta i echó a correr como un gamo.

Los otros maquinalmente i a un mismo tiempo dieron unos cuantos pasos tras él. Yo aproveché la ocasión, i parti como un rayo en dirección opuesta. Una piedra me pasó silbando por los oídos; me pareció sentir el ruido de un sable; pero no volví la cabeza.

Llegué a mi casa como el soldado de Maratón.

Descansé un momento i saqué la carta. Decía de este modo:

Amor mio:

¡Con qué ansias he esperado la hora de nuestra cita para comunicarte mi horrible desgracia! Anteayer por la mañana, mi hermano mayor me sorprendió leyendo la carta en que me proponías un plan de rapto. ¿Cómo describirte las escenas que siguieron a este fatal descubrimiento? Amor mio, amor mio, ya no tengo lágrimas. No podré resistir a tantos padecimientos.

Me encerraron ese mismo dia en mi cuarto con llave. ¡Imájinate mi desesperación al pensar que no podría acudir a la cita i referirte lo sucedido! Felizmente he encontrado una llave salvadora.

En la noche me ordenó mi hermano mayor que fuese al salón. Al poco rato llega de visita un joven elegante i simpático; pero me parecía horrible cada vez que lo comparaba contigo. ¿Dónde habrá en el mundo otro como mi Ricardo? Mira, hijo de mi corazón, creo que será mejor que no me robes. ¿Qué sería de nosotros? Ten paciencia: algun dia el cielo se apiadará de nosotros.

Me parece que mi familia quiere casarme con ese jóven, porque ayer en la noche me volvieron a sacar de mi pieza para ir al salon. El jóven ya se encontraba ahí: sus modales tienen algo de parecido a los tuyos. Me habló algunas palabras i lo encontré persona discreta. Pero ¡ai, Dios mio! ¿Quién podrá tener la suavidad i dulzura de mi Ricardo? ¿Quién su corazon jeneroso i amante? ¡Cómo se engaña mi familia! Primero muerta ántes que unirme a otro.

¡Ricardo, Ricardo mio! Anoche me desvelé pensando en nuestro desgraciado amor. ¡Ai! Llego a temer que no seamos felices, que no sea yo capaz de hacerte feliz. ¡Ricardo de mi corazon, mi único amor! Piénsalo bien, friamente. Si crees que no serás dichoso conmigo, dímelo con franqueza. No hai sacrificio que no lleve a cabo por tí. Mayor prueba te daré todavía de mi amor: te devuelvo tu palabra de fidelidad, para que así medites mas imparcialmente. Si ves que no hemos de ser felices, guardaré este amor como un dulce recuerdo i me resignaré con la voluntad de Dios.

Tu fiel, constante i siempre tuya

M.

UN JOVEN DE SOCIEDAD

Tengo un primo, joven ilustrado i estudiioso; pero muy corto de jenio, cualidades que a menudo suelen andar juntas, bien así como se hermanan la ignorancia i la charlatanería. Siempre que se ofrecia alguna oportunidad, le aconsejaba que adquiriese relaciones, que cultivase amistades i frecuentase las reuniones i tertulias, pues no habia otro remedio para vencer la vergüenza que lo dominaba.

—Ciento es lo que dices, me respondia invariablemente; mas no puedo. No sé qué hacerme en sociedad, no sé de qué hablar con las señoritas, i delante de las niñas pierdeseme la lengua. I si hablo, al punto me ocurre que quizás estaré diciendo algun disparate o manifestando ridículas opiniones, i que, apénas me retire, todos se reirán a costa mia. He leido manuales de urbanidad...

—¡Manuales de urbanidad! le dije un dia. Yo te presentaré un maestro que vale por veinte manuales.

I cojo a mi primo del brazo i me lo llevo a casa de un mi amigo, mozo mui corrido, que entendia el floreo como nadie i hacia raya en los salones.

—Mira, le dije a mi amigo despues de los preliminares, aquí te traigo a este jóven para que me le des algunas leccioncillas de tu arte.

—¿De mi arte? ¿Tengo algun arte?

—Sí, el de brillar en sociedad.

—Si a eso llamas arte..... Pero ¿qué tengo de darle yo lecciones a este caballero cuando él me las podria dar a mí? Bien. Lo dicho me parece lo suficiente para salvar la modestia. No me gusta hacerme de rogar. Siéntese Ud. ahí, jóven alumno. Ante todo, me tomaré la libertad de hacerle una pregunta que le parecerá indiscreta; pero su contestacion podria ahorrarnos mucho tiempo. ¿Cómo anda Ud. en punto a recursos numismáticos i jeroglíficos?

(Advierta el lector que, entre los elegantes, se considera propio de un chico ágil i divertido en la conversacion, esto de ensartar a las veces fuera de propósito, dos o tres vocablos extraordinarios.)

—Así, así, me apresuré a responder por mi primo. Somos de aquellos que

.....en aurea medianía

Ambos extremos evitando abrazan.

—Dejemos, pues, este punto, dijo el maestro. Comencemos por el exterior. Usted tiene un aspecto de mucha-

cho estudiioso i modesto que infunde pavora la frivolidad, de modo que en cualquiera reunion de personas alegres, su presencia incomodará por lo ménos. Procure, amigo, adquirir soltura i desembarazo en los modales, ejercitándose en el baile, en la esgrima o la jímnástica, en seguida, accione usted i maneje el cuerpo como si estuviese diciendo mentalmente: *qué se me da a mí, lléveme el diablo, siga la jarana.* Vea usted: así como yo.

I dió mi amigo algunos paseos, accionando de tal suerte que parecía una de esas figurillas de cartón con los brazos i las piernas sueltas.

—Vamos a otra cosa, continuó. ¿Sabe usted algo, joven alumno? Historia, bellas artes, literatura, etc. Aunque excusada me parece la pregunta.

Mi primo se ruborizó como una dama.

—Sabe, respondí yo por él, i mas que algo. Ha hecho muy buenos estudios.

—Malo, dijo el maestro. Doble trabajo. Procure usted olvidar lo que sabe. Aunque bien mirado, eso sería lástima; pero, a lo ménos, cuando se encuentre en sociedad imagínese que no sabe nada. De otra suerte no podrá usted discutir con nadie, porque, en cualquier asunto, le saldrán con argumentos tan triviales, con opiniones tan frivolas, que usted no hallará que redargüir. Las grandes necesidades lo dejan a uno tan callado como las pruebas irrefutables. Si, como hombre conocedor de aquello de que se trata, pesa usted las palabras, emplea términos técnicos o aduce razones de peso i que exijan reflexión, nadie le entenderá a usted, téngalo por seguro, se le rei-

rán en las barbas i lo confirmarán por pedante. Nada de esto, amigo. No se pare en pelillos. Váyase usted siempre a lo mas vulgar, a lo que primero le ocurra, a lo que oye decir en todos partes. Cójale usted el lado ridículo al asunto i, en lo mejor, corte el discurso i échese a reir de lo que usted ha hablado. Si el adversario protesta de la manera como usted trata las cosas, dígale un disparate garrafal o un chiste si puede, riése el auditorio i no tiene vuelta lo dicho. ¿Me comprende usted?

«Pasemos a otro párrafo. Si no me equivoco, usted tiene cara de no mentir mas que en casos de necesidad extrema. Pues bien, si usted no aprende a mentir como un Ministro, no adelantará un paso en la sociedad.

«Dice un individuo, por ejemplo, que por el rigor del invierno se le han muerto doce bueyes.—Pues a usted le ha sucedido lo mismo, con la diferencia de que se le han muerto ocho o quince, que es bueno variar la cantidad segun las creederas del oyente.—¿Llega uno con la noticia de que ha subido el precio del trigo?—Pues mui buena es la noticia para usted porque tiene un triguillo que vender, o mala, porque acaba de vender una partida, segun los casos.—¿Cuenta alguno que hai rumores de cambio en el ministerio, o de que el gobierno piensa decretar tal cosa?—Pues usted confirma o no confirma la noticia, apoyado en lo que le dijo «una persona que habló con el Ministro,» o «mui influyente en política.» No eche usted en saco roto esta persona que habla con el Ministro i luego le va a contar a usted lo habido en la conferencia, porque es mui útil i puede darle a usted mu-

cha importancia.—¿Se trata de aventuras escandalosas?

—No se quede atras. Haga lo de San Agustín cuando muchacho; invente pecados i ruede la bola.

«Llegamos ahora a un punto importatísimo: el de atraerse a las señoras i a sus hijas, entretenelas i hacer de manera que deseen la compañía de uno. Todo esto es de lo mas sencillo i hacedero. Vea usted.

«Para ganarse a la señora, comience por decirle confidencialmente i con gran sinceridad a una de las hijas: «¡Qué buena señora es su mamá! ¡Qué trato tan afable i bondadoso! Qué porte tan distinguido!» La señora lo sabe i ya tiene usted abiertas de par en par las puertas de su cariño. Para seguir avanzando, acuda con las confidencias, es recurso probado i eficacísimo. Refiérale con pormenores las desavenencias notorias que haya habido en la familia de usted. Excusado me parece advertirle que, en el relato, usted debe aparecer como víctima de su carácter manso i jeneroso, i declare, con dolorido acento, que una familia unida es el espectáculo mas hermoso que pueda verse en la tierra. Si, por dicha, no hai lugar a lo anterior invente una situación desgraciada. «Usted, señora, dígale, me ve mui alegre i contento; pero ¡si usted viera mi corazon!» Luego comuníquele, exigiéndole previamente sijilo, cómo es usted hombre mui desgraciado i pídale consejos i oraciones. La señora le dará de sobra los primeros i prometerá las segundas. En los días de gran vestimenta, no deje por nada de decirle que ha vuelto a los quince años, que ninguna de las hijas ha sacado la hermosura de la madre, hágasele del enamorado

i pregúntele al viejo del marido si no tiene celos. Injéniese usted en llevarle noticias de objetos baratos, de sirvientes de razon i mui entendidas en el manejo de la casa. Ejecute con prontitud i diligencia los servicios que ella le pida. ¿Sabe usted alguna historieta de amores que tenga puntos escabrosos? A contársela. Gustan mucho las señoras de dichas historietas, no por malicia, sino por mujeril curiosidad i ven una muestra de confianza en que se las refieran. A las señoras amigas mias, les llevo contada la mitad del *Decamerón*, suprimiéndole lo que pasa de raya, i achacándole el suceso a un amigo que conocí en otras partes, o a un sirviente de mi casa. Obre usted como le digo, i, en poco tiempo, las señoras lo querran como un hijo, andará el nombre de usted de boca en boca colmado de alabanzas i su sola presencia las llenará de alegría. No visite a una misma casa mui a menudo. Tiene sus ventajas aquello de que lo saluden a uno diciéndole: «¡Al fin se acordó de nosotras!»

«Respecto a las niñas la tarea es mas fácil. El despejo i el desembarazo es para ellas una recomendacion; pero evite a toda costa la petulancia. Las mujeres, por lo comun, no saben distinguir la necesidad de un hombre al traves de la jovialidad o de los buenos modales. Las niñas son vanidosillas, un tanto presuntuosas i amigas de que las lisonjeen; pero no les tenga miedo. Son todas ellas buena gente en el fondo, sencillas, compasivas i blandas de corazon. Gánelas por medio de las confidencias amorosas. Invéntelos que está enamorado de la Fulanita, pregúntelos si la Fulanita lo querrá a usted, consúltelelos si ese

amor que usted siente es amor pasajero o constante, porque este es punto que a usted le interesa mucho aclarar i manifiéstale sus dudas i vacilaciones. El puesto de tercera en amores es mui codiciado por las niñas: lo consideran puesto de mucha confianza i de gran responsabilidad. De cuando en cuando échela usted de gracioso i disparatero en la conversacion, i se morirán las niñas por usted.

«Cuando lo vean a usted tan festejado, se levantarán mil enemigos en contra suya. Imaginarán diferentes maneras de desacreditarlo; echarán a correr especies i chismes para ponerlo mal; pero no haga usted caso. Esto es lo que hai de mas difícil en la sociedad. Si usted toma el asunto a lo serio lo volverán loco i perderá el pleito. ¿Hablan de usted? Usted se rie. ¿Hablan mas? Usted se rie mas. ¿Fulano i Zutano han dicho de usted tales i cuáles cosas? Trátelos siempre con afabilidad, como si nada supiera. En fin, amigo mío, hai mucho mas que decir respecto al arte de brillar en sociedad; pero no sería de ningun provecho sin la práctica. Esta noche hai tertulia en casa de la señora X., usted es mi alumno; debe obedecerme i esta noche a las nueve iremos juntos a la tertulia.

«No tengas cuidado, me dijo el maestro: si es dócil a mis lecciones, como lo espero, en quince días mas no conocerás a tu primo.»

prescrib lo o qualques organes al qual o qual

substantiu, esp l'olio la res o oliu o per a bens
el manell o roriadon organes un adesor si o arquimia si
se creuia la poca qualitat sovint més que d'olomides
la no eviv esp la resid la esp n'hi ha el consigant no en un
altre peregrinatge o d'altre qualitat

UN PASEO EN EL CAMPO

Bien mirado, lo que mas encanta a los poetas en la vida del campo, es la supuesta ociosidad que en ella se goza.

Tityre, tu patulæ recubans sub tegmine fagi. (Virg.)

*Fontesque lymphis obstrepunt manantibus,
Somnos quod invitet leves. (Hor.)*

Tendido yo a la sombra esté cantando. (Maestro Leon.)

Pero, al que llegase al campo con semejantes innovaciones, le dirian los campesinos que habia errado la vocacion, i que procurase conseguir algun empleo en las oficinas del Gobierno, porque la vida del campo consiste en levantarse al amanecer, salir con la cara a medio lavar, no desmontarse mas que para comer i dormir, andar sucio i mudarse la camisa *in extremis*. Le dirian que, si bien no verá en el campo, el ceño

Vanamente severo
De a quien la sangre ensalza, o el dinero,

tendrá que mirarle la cara al cielo, i que, miéntras dure la siembra o la cosecha, un negro nubarrón le llenará de sobresalto i le presajiará tantos males como el adusto ceño de un magnate. Le dirian que, si bien al que vive en el campo

No le enturbia el pecho
De los soberbios grandes el estado,

en cambio se lo enturbian, quizás en mayor grado, el vecino que roba el agua, los animales ajenos que le comen los pastos, los inquilinos que le destrozan las cerdas para calentarse con ellas en el invierno, i mil otros cuidados que desazonan i traen horas amargas al honrado agricultor.

Sin duda alguna, los poetas han mirado la vida del campo con los ojos del que va a él por temporadas. Entonces sí que uno encuentra que dicen la verdad sus dulces odas, entonces sí que la imaginación se esparce juguetona en las risueñas praderas i en los verdes collados, i los puebla de seres encantadores i fantásticos. El ordeñar de las vacas a las primeras luces del alba, el labrador que a la caída de la tarde torna a su hogar con el arado vuelto, son espectáculos que convierten en artistas aun a los hombres mas insensibles a la belleza; pero, al que vive en el campo, estas deliciosas escenas lo sumen en profundos cálculos de ganancias i de pérdidas. Olvidados de los afanes i del bullicio de la

ciudad, ¡con qué gusto nos recostamos al pie de áboles frondosos en compañía de un libro i de un amigo! ¡Qué garrulidad i esparcimiento en las jiras campestres! Sin embargo, ni aun en ellas se ve uno libre de las pequeñas molestias que nos recuerdan que no hai goce completo en esta vida. Léanse si no los siguientes párrafos de la carta de un amigo:

«Apénas se corrió la voz de que habíamos llegado, recibió José Antonio una carta de doña Leonor su vecina, en la cual nos invitaba a un almuerzo en los bosques de su hacienda. A las cinco de la mañana debía salir la cabalgata.

«Creyendo, como si cada dia no viésemos lo contrario, que todo estaría pronto a la hora convenida, llegamos a las cinco en punto. Sesenta minutos hacia que esperábamos el santo advenimiento, cuando se abrió una puerta i apareció la dueña de casa.

—Buenos días, caballeros. ¿Ya estaban aquí?

—¿Cómo ha amanecido, doña Leonor? ¿Aun no se han levantado las niñas?

—Lo están haciendo en este momento, porque les pasó un chasco: habían encargado a un sirviente que las despertara a las cuatro i media, i éste, creyendo llegada la hora, les golpeó la puerta. Las niñas se levantaron apresuradamente, mas, como notaran mui oscuro el cielo, ocurrióseles ver la hora: i resultó que era la una de la mañana. Volvieron a acostarse i se les espantó el sueño;

por esto han tardado un poco, pero ya vendrán. Voi a apurarlas.

—No las incomode.....
«Luego oimos: «¡Niñas! apúrense, que ya llegaron los jóvenes.» «¡Ya vamos, mamá, ya vamos!» Sintieronse carreritas i exclamaciones: «¡Préndeme bien el moño!—¿Quién tiene una horquilla?—¡Aquí hai alfileres!—¡Mis guantes!—¡Quién me tomó mis guantes!—¡Van con aros?—Nó, es mui fácil que se pierdan.»

«Pronto salieron las niñas. Fué la primera la traviesa Julia: nos saludó con alegre sonrisa i se echó a reir como una loca del planton que nos habíamos dado. Llegó despues Sofia, tan fea como presuntuosa, i la tercera fué la romántica Blanca, enteramente vestida de negro i que con toda su alma hubiera dado su pálido color i dejado de pintarse ojeras por encontrar, cuando fuera a misa, algun Abencerraje. Detras de todas i sin apurarse en lo menor, venia la gorda tia de cuarenta años de edad, que iba en representacion de doña Leonor. Llamábase Juana i habia permanecido soltera porque desde niña detestó a los hombres. De tres años a esta parte, segun me dijeron, se habia entregado a Dios.

«Los caballos estaban prontos, pues los infelices tambien sufrieron el chasco de que los despertaran a la una, i esto sin que les permitieran volver a acostarse. Ello, empero, se les dió un ardite, pues siguieron en el patio su sueño interrumpido, gracias a la excelente costumbre que tienen de dormir en pié. Julia, sin dar oido a las reclamaciones de sus hermanas, se apoderó del mejor de los

mencionados cuadrúpedos i nos pidió que la alzásemos. Blanca i Sofía hicieron lo mismo despues de una corta discusion sobre quién montaria el *Pégaso*, discusion que terminó a favor de la primera. La tia no quiso que varon alguno tocara sus plantas i buscó manera de subir sin ayuda de nadie; el caballo, al recibirla en el lomo, lanzó un jemido hondo i prolongado. Doña Leonor nos dió los últimos consejos, lamentando que no hubiéramos salido con la fresca. «¡Váyanse ántes que les quemé mas el sol!—¡Cuidado con los caballos!—Juana, no las vayas a dejar correr.—¡Mucho cuidado con el niño!» Pues debo advertir que iba tambien un chiquitin, hermano de las niñas, el cual montaba un rocin tan manso como un pavo i que desesperaba a su dueño, quien hubiera deseado verlo *con la crin tendida i su ancha nariz de fuego henchida*. Tranquilizamos los temores de la señora i seguidos de un mozo que llevaba las provisiones, partimos.

«Como mis compañeros fueran mas listos que yo, hube de resignarme a oir las lamentaciones de la tia por lo malos que se habian puesto los hombres. Para colmo de desgracias se colocó el niño a mi lado e invocando, siempre que necesitaba, el testimonio de doña Juana, me hizo notar cómo cuanto veia era de su papá, i que éste le habia prometido, si salia bien en sus exámenes, darle, ademas del caballo que amansaba el sirviente, una montura i un reloj de oro con su correspondiente cadena.

«Iba yo haciéndome del que celebraba las agudezas del muchacho, puesto que en mi interior queria ver al entrometido siete estados bajo tierra junto con su tia,

cuando de la vanguardia, que se habia adelantado mas de lo necesario, partieron unos gritos: «¡Ai! ¿Te sucedió algo?» Piqué espuelas a mi caballo i en un segundo estuve entre las niñas. Ahí vi a la pobre Sofía derribada en el suelo i sacudiéndose el polvo: felizmente la cosa no pasó de un susto, pero tan grande, que aun no podian hablar las niñas. En esto nos alcanzó la tia. «Qué ha sucedido? ¡Te caiste!—Si andábamos despacio.—Si tropezó el caballo.—Tia Juanita, dijo Sofía, a quien ya le habia vuelto el habla, no le vaya a decir nada a mi mamá, ni se den por entendidas, miren que si sabe no nos deja salir mas a caballo.—Bueno, caminen, ya pasó.»

«No hai mal que por bien no venga, dice el adajio: por el desorden habido me encontré, sin saberlo, separado de la tia i del sobrino i al lado de Blanca. El accidente de Sofía era, como es natural, el tema de la conversacion, al mismo tiempo que fuente inagotable de alabanzas al caballo, causa involuntaria de la catástrofe, pues tantito que aquél se hubiera movido era seguro que habia muerto a la niña, la cual nunca pudo explicar el cómo se cayó, que esto lo supo tan solo cuando se vió entre las patas del manso animal.

«Entretanto, el sol seguia su camino de costumbre i sus rayos acariciaban nuestras espaldas mas de lo que ellas quisieran. Atendiendo a esto, hice indicacion para galopar, la cual fué aceptada, es verdad que no con mucho entusiasmo por parte de la tia. A poco andar volósele el sombrero a mi compañera i hube de echar pié a tierra para cojerlo; mas allá se aflojó la cincha al caballo

de Sofía, nueva detencion; despues comenzó a desprendérsele el moño postizo a Julia, quien, con el mayor desplante, se lo sacó, guardándolo en el bolsillo; aquí se subia la silla de una al cuello del animal; allá le quedó corta a otra la estribera; a ésta se le cayó la varita; a aquélla no habia medio de hacerla pasar un puente en mal estado; por ultimo, la tia declaró, pudiendo respirar apénas, que le era imposible galopar mas. Paciencia i bajar, dije para mí dando al diablo el tal paseo.

«Sin otra novedad llegamos al término de nuestro viaje. Los caballos quedaron a la entrada del bosque a cargo del sirviente i seguimos a pié hasta llegar a un claro, donde sentamos nuestros reales a la sombra de un corpulento roble i de un quillai. Dimos por bien empleadas nuestras fatigas al encontrarnos en tan ameno i delicioso lugar. Blanca, a cuya mente se agolparon todas sus románticas ideas con la vista de ese paisaje encantador, sin poder contenerse, exclamó que si fuera ella Virginia i tuviera, por consiguiente, su Pablo, en éste i no en otro lugar edificaría su choza; o que si pluguiese a Dios hacerla Atala, en este mismo bosque, ella, *la virgen de los últimos amores*, desataría las ligaduras al valeroso Chac-tas. Vinosele asimismo en miéntes a la niña, como que olia a bosques, el recuerdo de Jenoveva de Brabante, mas alcanzó tan solo a pronunciar el nombre; sin duda no le pareció bien aquello de andar en cueros por las selvas i alimentarse solo con frutas.

«Mucho tiempo mas hubiéramos admirado esta naturaleza virgen, si nuestra parte material no nos advirtiera

que estábamos en ayunas; efectivamente, sentíamos por ahí dentro ciertos ruidos que era preciso acallar lo mas pronto posible.

«Amontonamos hojas i ramas secas i una inmensa hoguera se levantó para asar el tierno corderillo. ¿I qué te imaginas que sucedió? Nada; que la sal no parecía en el canasto. Ir a buscarla era asunto de hora i media, por lo menudos. Nos resignamos, pues, a comer la carne sin sal. El pan, por otra parte, resultó tan escaso que fué menester repartirlo por cabeza i con grande economía, como si fuésemos guarnición de plaza sitiada. No había que preguntar por cuchillos i tenedores, porque entonces habría parecido aquello un banquete en la ciudad. El comer con la mano i olvidarse del aseo, es condición precisa de las comidas campestres. ¡Ahí nos hubieras visto devorar el cordero! Cada uno, vuelto hacia la pared, como quien dice, sujetaba la presa con los dientes i la tiraba a dos manos. I fué lo bueno que en esta operación se me cayó el pan que lo tenía apretado bajo el brazo, i un perro, que estaba atentamente mirando cómo yo comía, lo cojío al punto i emprendió la fuga. Por dicha, Blanca, que estaba a mi lado, compartió conmigo el pan de la hospitalidad i de la miseria.

«Sin mas peroración ni epílogo terminó el almuerzo. Todos los varones invitados comenzamos, delante de doña Juana, a preguntarnos recíprocamente si recordaba alguno haberse hallado en paseo mas agradable, ni haber almorzado con mas gusto. Respondieron que nó;

por mí parte, dije que encontraba casi ridícula la pregunta.

«Era ya mediodía, i resolvimos esperar que pasase algo el calor ántes de volvemos. Mientras tanto, para embromar el tiempo, dí en cortejar a Blanca, a quien me la encontraba siempre al lado, a donde quiera que me moviese. ¡Oh fatal descubrimiento! A las primeras frases, la niña comenzó a enterñecerse i me volvió unos ojos que infundieron en mí mortal desmayo. Entonces pude explicarme ciertas alusiones de Blanca, ciertas miradas que me dirijía desde que la acompañé en el camino i que me habían parecido un tanto raras i fuera de uso. ¿Qué hacer? Grande era el aprieto. Recorrió con la vista el campo de operaciones. Por un lado estaban mis compañeros agrupados alrededor de Julia; por otro Sofía i doña Juana. Tomé una resolución desesperada. Me levanto repentinamente como para pedir algo a uno de mis amigos i me quedé entre ellos. Al rato volví disimuladamente la cabeza i veo a Blanca junto a su tía. Pocos momentos despues, doña Juana dió secamente la orden de partir i, como para vengarse de que no la hubiesen atendido lo bastante, le dijo a Julia, que era lo único bueno que había, que se fuese a su lado.

«En el camino anduve de allá para acá, enteramente desatinado i temblando de encontrarme a solas con mi airada Filis.

«Cuando llegamos a la casa del fundo, Blanca entró derecho sin despedirse, Sofía nos movió apénas la cabeza, Julia se despidió con timidez i doña Juana nos invi-

tó a entrar con un tono que valía como decir: «Váyanse ustedes cuanto ántes.»

«¡Triste modo de terminar un paseo! Mas, te juro que no volveré a asistir a otro con mujeres que no sean garridas zagalejas. Cuando salgo de la ciudad, no solamente quiero descansar de los negocios, sino tambien de la impertinente charla de las tias cuarentonas i del trato de mujeres vanas i presumidas.»

OLEOGRARIAS DE COSTUMBRES

LA MÚSICA EN LAS VISITAS

Entre las ventajas de la música, no he visto que señalen una muy principal e importante: la de despertar y estimular la conversación. Cuando comienzan a notarse en los visitantes algunos bostezos comprimidos, la dueña de casa le dice a una de sus hijas que se siente al piano, y se establece al punto el siguiente diálogo:

- Mamá, si no sé nada.
- Haga, hija, lo que le digo.
- Pero, mamá, ¿qué toco?
- Lo que sepas mejor.
- Pero, mamá...

La señora le hace un gesto imperioso, señalándole el piano.

Coro de doncellos. Señorita, háganos el favor... Sea usted tan amable... Tenga la bondad...

Ya tenemos a la niña en el piano. Se escucha el preludio con gran recojimiento. La conversación principia *sotto voce* i va *crescendo*, hasta que no deja oír la música. La niña, por su parte, viendo que nadie atiende, hace de las suyas, se equivoca, se salta páginas enteras de la pieza que tiene delante, inventa melodías i concluye con un bullicioso final improvisado por ella.

Cuando ven que la niña vuelve a su asiento, reparan los circunstantes en que ya no suena el piano.

Coro de doncellos. Mil gracias, señorita. Es usted una maestra. ¡Qué ejecución! ¡Qué sentimiento! ¡Oh! No hai nada como la música.

Solo de un jentilhombre inteligente. Felicito a usted, señorita. Nunca había oido tocar esa ária de *Don Juan* con mas expresion i delicadeza

—Es un *potpourris* de *Lucia*, responde la niña con afabilidad.

—Pues es mui parecido a *Don Juan*, dice el jentilhombre i se queda mui fresco.

La escena se repite indefinidamente con las demás niñas.

PELIGROS DE LOS PASEOS.

Un jóven de los que se usan, esto es, mui elegante, aparatoso i sin dinero, acompaña en el paseo a unas señoritas. Aparece en lontananza un enemigo terrible:

el ramilletero. Inmediatamente entabla el jóven con sus compañeras una conversacion de grandisimo interes, que no le permite volver la cabeza a ninguna parte. El ramilletero se acerca i dice:

—Señoritas, son flores recien tomadas.

—Nó; váyase, responden las niñas.

El muchacho se dirige entonces al jóven que estaba en lo mas animado del diálogo:

—Señor, ¿no le ofrece un ramo a las señoritas?

—¿Ah? ¿Qué dices? ¡Un ramo! Por cierto. Tengan ustedes la bondad.....

Hecha la distribucion, el mancebo hace un signo con la cabeza al vendedor. «Cinco pesos,» le dice éste a media voz. Vacia el infeliz su bolsillo en manos del ramilletero, i piensa en su interior:

—¡Salteador! ¡Badulaque! ¡Me has dejado sin blanca! ¡Si te encuentro a solas.....

—Pobre, ¡cuánto le habrán pedido! Sabe Dios si no llevaba mas dinero, dicen las niñas apénas se ha retirado el galan.

ECOS DE UN BAILE.

En los bailes desempeño un papel lucidísimo. Entro al salon i me coloco junto a una puerta. Ahí me entretengo en ver desfilar a las parejas i en oír lo que conversan. Salgo del salon i me voi a la pieza de fumar. Echo un cigarrillo, vacio una copita i me vuelvo al salon a ocupar mi puerta. Vuelvo a salir del salon i vuelvo a entrar en la pieza de fumar. En estas idas i venidas me lle-

ga el sueño, cojo mi abrigo, mi sombrero, i al otro dia declaro a mis amigos que el baile de anoche estuvo espléndido i que pocas veces me he divertido mas.

Pongo a continuacion lo que últimamente oí a las parejas.

—¿Sabe usted que estoy sintiendo hambre?

—Se lo creo, porque yo.....

—No me gusta fingir. Soi mui sincera.

—¡Qué casualidad! Lo mismo me pasa a mí.

—(*Un individuo de habla mui ligera.*) La metempsicosis refractaria, señorita, es la causa de que la música no estribe en lo ideal.

—No le comprendo a usted bien.

—Me explico. Fíjese usted en el hecho.....

.....las ideas, porque la política es un baile i un baile es la política.

—¡Siempre con sus agudezas!

—No nos separemos mucho de la puerta del comedor.

—Parece que ya salen.....

—¡Qué traje tan ridículo el de esa señora!

—En armonía con la cara.

—Mire usted a esas pobres niñas. Nadie las saca a bailar.

—En efecto, señorita, es situación mui desagradable.

—.....en sus ilusiones. ¡No lo ha sentido alguna vez, señorita, en la somnolencia del sueño?

—Duermo mui bien.

—¡Qué farsa! Todo eso es farsa.

—I sin embargo creen engañar.....

—¿Comió usted algo? ¡Qué confusión!

—No me lo pregunte que se me renueva el hambre.

—¿Le ha oido algo?

—A ella no; pero su hermana mayor.....

—¡Qué tontería dar bailes para que otros se diviertan!

—Si a lo ménos lo agradeciesen.....

—Me he comprometido con este jóven i no quiero bailar con él.

—No se afilia. Déme su tarjeta; yo se la arreglaré.

—¡Qué sueño tengo!

—Esto no da mas de sí.

—En estos salones tan estrechos.....

—¡Qué cargada de joyas!

—No lo crea usted. Las ha pedido prestadas a sus vecinas i a las personas de su familia.

CONVERSACION INTERESANTE I AMENA.

El jóven saluda, toma un asiento próximo a la dueña de casa i le dirige sin vacilar i con gran interes, que se manifiesta en las inclinaciones del cuerpo, las siguientes preguntas:

—I el señor don Francisco ¿cómo está?

—Sin novedad. Gracias. ¿I en su casa de usted?

—Bien. Gracias. ¿I doña Camila?

—Mejor. Gracias. ¿I su tio?

—Sin novedad. Gracias.

La señora, con la mano en que tiene el anillo de brillantes, juega con la borla del cojin. El jóven se echa hacia atras, inclina la cabeza, se atusa el bigote, se pasa el pañuelo por las narices, lo guarda i da dos o tres palmas-ditas al bolsillo en que lo coloca; arregla sus guantes, mira sus botines, la alfombra, la lámpara, el papel, los cuadros que tiene al frente; mueve el pié de diferentes maneras. Los concurrentes hacen una especie de examen de conciencia para encontrar algo de qué hablar.

—¡Qué calor ha hecho hoi! dice, por fin, el jóven a tiempo que la señora le pregunta:

—Pero ¿ha visto usted qué dia tan fresco hemos tenido hoi? El de ayer fué insopportable.

—En efecto, el dia de ayer fué caloroso; pero, en jeneral, podemos decir con fundamento que este año ha sido mas fresco que el pasado.

—Así parece.

Pausa en que cada uno pide a Dios lo que ha menester.

Se oye un organillo en la calle.

—Anoche les divisé en el teatro, dice el joven diriéndose a las niñas..... pero no sé bien si eran ustedes..... se me quedaron los anteojos.....

—Sí; fuimos con mi tío, dice la mayor.

—¿Qué le pareció la función?

Ya se entró en materia. Las niñas nada entienden de música, el joven, ménos, i todo se reduce a decir que «el pedacito en que hacían tal o cual cosa era mui bonito,» i que tal artista (el tenor) desempeñó mui bien su papel, porque siempre las mujeres encuentran que el tenor canta i representa mui bien.

La materia parece que luego se agotará; pero, felizmente, la niña, algo ruborizada, recuerda que la señora que ocupaba el palco vecino tenía un escote no mui conveniente.

La dueña de casa dice entonces que no sabe cómo señoras de edad i respetables pueden presentarse así. El joven, meneando la cabeza, dice que tampoco sabe i hace algunas mui notables observaciones a este respecto.

Aquí dejaremos la conversación, pues, si bien no ha llegado a hacerse *general*, va poco mas o ménos en el grado de capitán.

VISTAZOS LITERARIOS

Existe entre nosotros la cómoda costumbre de aplicar las opiniones de los sabios extranjeros en los asuntos que se relacionan con el orden social, sin tomar en cuenta el estado de nuestra sociedad, como si fuese idéntico al de la nación en que dichos sabios escribieron. Así, no bien se propone una reforma, cuando diputados i periodistas se aperciben de media docena de autores, i comienzan la discusion citando párrafo tras párrafo. I no les diga algun hombre sesudo: «Ténganse. Examinemos primeramente el carácter, los hábitos i las costumbres de nuestro pueblo, i despues tomaremos de esas teorías lo que sea conveniente i oportuno,» porque al punto se levantarán contra él exclamando: «¡Al ignorante! ¡Al enemigo del progreso!» Porque para que a uno lo tengan por progresista, basta con que enarbole dos o tres teorías impracticables i las defienda de voz en cuello, de manera que se puede alcanzar aquel honroso título sin mas que-

enronquecerse un poco, trabajo insignificante de por sí i mas si lo comparamos a la laboriosa empresa de llevar a cabo una reforma o, por lo ménos, de dejar libre i expedito el camino a los gobernantes.

Yo mismo, que estoí alerta contra la mencionada costumbre, suelo a las veces dejarme llevar por ella. Leí hace poco un notable estudio sobre la crítica contemporánea publicado por E. Caro en la *Revue des deux Mondes*. Encuentra el autor algunas de las principales causas de la decadencia de la crítica en el estado de la sociedad. Las pasiones políticas, nunca tan exaltadas como ahora, han invadido la rejion serena de la literatura i la han turbado con divisiones profundas. Las obras de ingenio son alabadas hasta la hipérbole o deprimidas con encarnizamiento, segun sean los autores enemigos o correligionarios políticos. La multiplicacion asombrosa de los diarios, por otra parte; la facilidad para entrar en la carrera del periodismo sin estudios previos, sin preparacion alguna; las exigencias de un público frívolo, superficial, ansioso de novedades, siempre apurado de tiempo para las lecturas serias, son, a juicio de E. Caro, otras tantas causas que ahogan la crítica imparcial i razonada.

«¡Cierto!» exclamé despues de leer esas observaciones tan bien desenvueltas. «¡Cierto! La decadencia de la crítica proviene en nuestra patria de las causas que aquí se apuntan.» Pero, meditando sobre lo mismo, se me ocurrió que no estábamos en Francia i que, por consiguiente, podria acaso ser distinto el estado de nuestra sociedad del de la nacion francesa.

Desde luego me parece fuera de duda que aquello del ardor de las pasiones políticas, no nos toca sino en pe-queñísima parte. En política somos mansos corderos o, cuando mucho, animales mansos. En tiempo de eleccio-nes, es verdad, galleamos con el gobierno, gritamos, nos enfurecemos. «El tirano quiere que corra sangre i corre-rá,» oímos en las asambleas electorales. «Basta de sufrir. La patria lo exige. Libertad ántes que vida.» Los labios tiemblan de coraje. Los ojos se agrandan de ira. ¡Si tu-viésemos ahí al tirano! En esto llega la hora de comer o de dormir, i a casa todos dando gracias al cielo de que la cosa no hubiese seguido adelante, i quedando, por otra parte, mui satisfechos de que el tirano habrá visto con quien se las ha. Al otro dia, vuelta a lo mismo, i así miéntras el Presidente de la República elije a su sucesor o a los miembros de las cámaras. Terminada la elección, nos decimos: «¡Qué hacer! Es inútil luchar contra el Gobierno. Despues de todo, quizás no sea Fulano tan torpe, tan ambicioso o tan bellaco como lo pintan.» En seguida nos damos todos la mano, i hasta otra elecciones. ¿Algun porfiado sigue siempre quejándose del Gobierno i echándole en cara su tiranía? ¿Algun atrevido publica amenazas sangrientas? «¡Vea usted qué majadería i qué locura!» exclaman los hombres juiciosos i respetables, bien así como el que es interrumpido en un tranquilo sueño, dice con voz gruñona: «¡Eh! ¡Déjenme dormir!»

La multiplicacion de los diarios i la organización del periodismo son otras de las causas que señala E. Caro. En Francia se verán estas maravillas; lo que es en nues-

tro pais, parece que los diarios no tienen aptitudes prolijicas. Desde años atras no han podido pasar de cuatro los que se publican en la capital i los cuatro juntos no tiran mas de doce mil ejemplares. Me parece que esto basta para manifestar que el periodismo no es capaz de estorbar en lo menor los progresos de la critica.

¿Cuáles son entonces las causas de la decadencia de la critica en esta nacion favorecida del cielo? Pero, ante todo, empleemos los términos con propiedad; i, en vez de decir *decadencia*, digamos *no existencia*, porque, a la verdad, aquí nunca hemos tenido un tribunal de critica, i si el autor no escribe un parrafillo en el diario alabándose por boca de un amigo, ni siquiera sabria nadie que se ha publicado tal obra. Sin embargo, no faltan quiénes presuman de criticos imparciales i severos. Estos comienzan diciendo que han recibido un libro en 4.^o o en 8.^o, con tantas páginas i publicado en tal imprenta, noticias que son de todo punto necesarias para dar al lector una idea cabal de la obra. En seguida entra el critico a manifestar cómo el autor es gran corazon, gran intelijencia i posee dotes artísticas nada comunes, prueba de lo cual es la obra que acaba de dar a la estampa. Pero, a fuer de imparcial, se ve en la dolorosa necesidad de confesar que la obra tiene sus lunarcillos. Así, en la página tal, línea tal, se lee una palabra que perjudica a la suavidad del verso; en otra página, encuéntrase una frase poco ménos que inútil; en otra hai una falta de concordancia. «Pero», agrega el critico para no desalentar al autor con tamaña severidad, «estos son defectos que no alcanzan a oscurecer las innu-

merables bellezas que hormiguean en el libro.» Concluye felicitando sinceramente al autor, como quien felicita a un amigo a quien le ha nacido un hijo, hermoso o feo, eso no importa.

Repite, pues, debidamente la pregunta: ¿por qué no existe la crítica entre nosotros? La respuesta me parece muy sencilla: porque no hai que criticar. De espantar a muchos es lo que afirmo; pero miren, si no se convencen.

Cada año suelen publicarse, no ya dos o tres libros, sino hasta seis. De ellos, la mitad son poesías i la otra mitad historias.

De las poesías, ¿qué puede decirse? Lo mas que distingue a esta especie de obras entre sí, es el papel, los tipos i la impresión mas o menos limpia i elegante. Cuando el poeta no nos cuenta las extraordinarias novedades de que las mañanas de Abril son frescas, de que cuando no corre viento no se mueve una hoja de los árboles, nos coje a un lado a referirnos sus amores. ¿Hai en el mundo nada mas aburrido que las confidencias de un enamorado? ¿Qué se puede criticar? Sería repetir las quejas que, desde los tiempos mas remotos, se han exhalado contra lo vulgar i lo mediocre.

Pasando a las historias, no dan ellas motivo ni siquiera para quejarse de las vulgaridades, porque, diciendo la verdad, los inmensos infolios con que nos regalan nuestros seudo-historiadores, no son de ninguna manera historias, sino archivos impresos; no son sino una recopilación de actas, notas, decretos, reales cédulas, mas o menos bien ordenadas; almacenes de materiales para edi-

ficar; puro trabajo de paciencia. De esos inmensos volúmenes podría formarse una historia completa que quizás no ocuparía más páginas que la *Guerra Catilinaria*. Si a lo menos se notase en el seudo-historiador algún criterio para escoger los hechos, habría, por ese lado, lugar para la crítica; pero lo que a ellos les importa es aumentar el volumen del libro i manifestar que han revuelto archivos. Si de un acontecimiento que nada significa quedan veinte notas, actas o lo que sea, todas se ponen. Si de un suceso digno de consideración no queda más que el puro relato, se narra en dos palabras i adelante. I como si el libro mismo que publica, no bastase para manifestar la pobreza de ingenio del seudo-historiador, tiene cuidado de declararla a menudo diciendo la famosa necedad: «Dejemos hablar a los hechos». ¡Santo Dios! ¿I de dónde sacan lengua los hechos si no la da el historiador? Se refiere, por ejemplo, dejando hablar a los hechos, que un ministro de la república fué asesinado porque oprimía al pueblo. ¿Qué nos dice este hecho? ¿Qué provechosa lección nos ofrece? Esta: que siempre que el ministro don Fulano, oprime al pueblo en el año tal, será asesinado, cosa que bien poco le importará a nadie, porque ni el tal ministro resucitará ni han de volver atrás los años. Entendiendo la historia de esta suerte, no es mucho que todos pretendan ser historiadores, ni es de extrañar que ya no exista espada mohosa, zapato viejo i pared desplomada acerca de la cual no se hayan hecho investigaciones históricas. Sin embargo, abrigo la esperanza de que estos libritos irán pronto a reunirse con sus

hermanos los archivos, i que dormirán con ellos envueltos en gruesas i bien forradas capas de polvo.

¡No hai qué criticar! Triste es decirlo i mas triste aun que sea cierto. I no se diga que el considerable desenvolvimiento de la industria i del comercio no da lugar para el cultivo de las letras, porque, a Dios gracias, no ha llegado a tal extremo en nuestra república; ni tampoco se arguya que los placeres disipan el espíritu de la juventud, porque las distracciones son aquí tan escasas i poco divertidas, que mas aburren que disipan. Verdad es que los progresos de la civilizacion no favorecen ni estimulan la inspiracion artística; eso explicaria la falta de buenos poetas; pero ¿de dónde proviene el lamentable estado de la literatura nacional en horizontes distintos del de la poesía? A mi juicio proviene de la indiferencia del público. En el carácter de nuestra raza debe de entrar ella, porque los escritores españoles siempre se han quejado de lo mismo. Eso sí que a la España en algo le alcanza el entusiasmo de las naciones vecinas; pero ¿qué nos puede alcanzar a nosotros que vivimos tan distantes de la Europa? Puede darse por mui afortunado el autor que aquí logra vender treinta o cuarenta ejemplares de su obra; i es sabido que nuestros libreros mas ganan en la venta de papel i tinta que en la de libros, ya sean nacionales o extranjeros.

Si aquí las letras no dan ni siquiera lo bastante para costear la impresion, es claro que nadie podrá dedicarse a ellas sino en los momentos que le dejen libres sus ocupaciones o empleos. La escasez de escritores, en primer

lugar; la frivolidad, la vulgaridad i el desaliño en los que se animan a escribir, son el resultado inmediato de esta situación, porque ni hai tiempo para estudiar los modelos, profundizar los conocimientos, madurar las ideas, ni para perfeccionar el estilo, ni aun para saber uno mismo el género literario mas conforme con las tendencias de su ingenio. El escritor necesita recojese, aislarse en cierto modo del mundo para abarcar en conjunto la materia de que trata i no perderse en nimiedades, cosa difícil de conseguir si a cada momento le divierten la atención los afanes i negocios.

No niego que si el público favoreciese a todo el que se presentase como escritor, alentaria la publicación de muchas obras que quizas vivirian lo que viven las necedades, esto es, el tiempo que demora el pronunciarlas. Pero ¿qué hacer? Miéntras no se manifiesten los escritores no es posible distinguir los que son dignos de protección de aquellos que no la merecen. I, por otra parte, ¿dónde se hallarian críticos que ilustrasen al público, revestidos desde luego de suficiente autoridad? Si no se pidiese protección para las letras en jeneral, sino para los buenos autores, dada la situación de nuestra literatura, sucederia con esto lo mismo que con la limosna, esto es, que con el pretexto de averiguar si Fulano i Zutano la merecen no se abre la bolsa para nadie. Lo que importa es salir cuanto ántes de este estado de indiferencia i de apatía. Pronto entraria la emulacion entre los escritores, pronto quizá aparecerian críticos juiciosos e ilustrados que guiasen al público i difundiesen el buen gusto. Uno de los

resultados del progreso es el espíritu de crítica i de análisis. Por esto, si bien muchos malos escritores alcanzan hoy triunfos efímeros, los verdaderos ingenios no tardan en ser reconocidos. Los talentos que no se manifiestan, ya sea por culpa de ellos mismos, ya por efecto de las circunstancias, son los únicos que en nuestra época permanecen en la oscuridad.

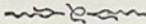
Excusado es exponer el remedio del mal que nos aqueja. Lo tenemos en la mano: basta con un poco de buena voluntad. Contra pereza, diligencia: la indiferencia es la pereza del corazón. Fúndense sociedades i periódicos literarios, sosténgalos el público, ábranse certámenes, estimúlese a la juventud, désele a los estudios literarios la debida importancia, i nuestra patria, aun en aquellas naciones que no la temen, será respetada por el saber i el ingenio de sus hijos.

FIN.

TRAVESURA INOCENTE

NOVELA

A MI PRIMO VICENTE CORREA VERGARA



TRAVESURA INOCENTE

No tenia el diablo por dónde desechar a José Romero, cifra i compendio de todas las maldades humanas; fuera de esto, excelente joven, incapaz de hacer mal a nadie. Tenia la figura como de persona de distincion i el rostro agraciado. Ademas hacia mui bien versos malos, per lo cual decian que era poeta.

Sobresalia en el arte de comerse el pato i hacerlo pagar a otros. Practicaba ordinariamente esta habilidad en los provincianos, que, fuera de su tierra, son los animales mas inofensivos de la creacion. Hizo amistad con dos de ellos, i, el dia ántes de que se marcharan, los invitó a pasar alegremente esa noche en una fonda. Así como estuvo bien comido i bien bebido, inventó un pretexto para salir afuera, i mui sin novedad tomó el camino de su casa. A poco andar, sintió un golpe terrible en la cabeza, gritó ¡al ladron! i no supo mas.

Cuando recobró el conocimiento, se vió en cama rodeado de algunas personas. Quiso hablar; pero le faltaron las fuerzas i se desmayó.

Estaba en la casa a cuyas puertas lo acometieron los ladrones. Habían sentido la bulla, lo recogieron i le prestaron los primeros auxilios, mientras venía un cirujano. Luego llegó éste con aparatos de persona importante i necesaria, i después de examinar con despacio al enfermo, declaró que el joven estaba herido i que era menester curarlo.

Esto afligió mucho a todos los de la casa que se habían levantado a la novedad, i especialmente a una vieja criada compasiva que se echó a llorar, creyendo a José poco ménos que muerto. Los tranquilizó el cirujano, i les dijo que en Chile, a causa de la bondad del clima, no eran peligrosas las heridas de la cabeza cuando dañaban órganos de poca importancia, a ménos que se agravaran. Después de propinar, pidió una copita de coñac, porque el frío de la noche... i, como le trajeran una botella, se bebió distraídamente tres copas; cobró diez pesos, i se despidió hasta la mañana, recomendando el silencio a toda voz.

Al poco rato volvió en sí el herido, i miraba a todas partes, sin darse cuenta de lo que veía. Hizo como que quería hablar, pero un caballero algo viejo se apresuró a decirle en voz baja lo mas alto que podía, que se tranquilizara i no hiciera esfuerzo alguno, i le pidió las señas de su casa para dar parte de lo ocurrido. José, por toda respuesta, movió la cabeza negativamente. Entón-

ces, temiendo importunarlo, se retiraron todos i veló con él una sirvienta.

Formaban esta familia don Javier Somar, su esposa doña Francisca i Anita su hija única. Hacia poco tiempo que estaban en Santiago; hasta entonces habían vivido en el campo.

Mui temprano se dirigió don Javier al cuarto del enfermo i lo halló mui mejor. Dióle a conocer las personas entre quienes estaba, i de nuevo le hizo la pregunta de que dónde vivía.

—Soi de Ancud, respondió José con voz débil. Vine hace una semana con el objeto de ocupar un empleo que aquí me habían ofrecido; pero no llegué a tiempo, otro ya estaba en posesión de él. No tengo ni padre, ni madre, ni hermanos. Vivo en Ancud con un tío que me trata bastante mal. Siento en el alma estas incomodidades que usted se toma por mí, pues...

—No hablemos de eso, amigo, no hablemos de eso.

—Desearía, si no le parece a usted mal... pero si usted se empeña...

—Hábleme con toda confianza.

—Desearía... porque no estaré mejor cuidado en la casa de huéspedes donde vivo, que me enviara al hospital.

—¡Al hospital! ¿Está usted loco?

—Nó, don Javier. Debo irme. Obrar de otra suerte sería abusar de las bondades de usted. Debo irme, e inmediatamente.

—No se ajite, i ya cuente con que no lo dejaré irse

hasta que esté del todo restablecido. Nos sobra casa. Todo queda a mi cargo. A ver ¿i dónde está alojado?

—En la calle del Alamo, número 57. I, a propósito, hágame el favor de sacar quince pesos de la cartera que tengo en uno de los bolsillos interiores del paltó. Se los debo a la dueña de la casa e iba precisamente a pagárselos mañana. De otra manera no entregará...

—¿En qué bolsillo dice usted? No hai nada. Pero, amigo, se lo habrá llevado todo el ladrón.

—¡En qué estaria...!

—Hable mas bajo; le puede hacer mal.

—¡En qué estaria pensando! ¿Qué voi a hacer ahora? ¡Todo mi dinero lo llevaba en esa cartera! Es preciso que me vaya al hospital, i de allá le escribiré a mi tio que me mande... aunque lo mismo da que no le escriba.

—¡Qué hospital! ¡Cuando le digo que aquí no incomoda! I tierra al asunto. Voi a mandar traer su maleta, i lo demas déjelo usted a mi cuidado.

—Nó, don Javier. Oiga... espérese.

De allí a poco vino el cirujano i, como era de dia, pudo observar con mas comodidad. Encontró al enfermo muy aliviado, i aseguró que en tres o siete semanas mas o menos, estaria completamente sano, si es que para entonces había cerrado bien la herida. Alegráronse mucho los de la casa por tan buena noticia, i la criada compasiva dió fervorosas gracias al cielo de que José hubiera caido en manos tan hábiles.

Anita no había vuelto al cuarto del enfermo desde la noche en que lo trajeron. Dos días despues entró con su

mamá. En todo el rato de la visita no dijo palabra, sino que estuvo mui triste considerando a ese jóven tan desdichado, i casi lloró, porque era mui compasiva i todos los padecimientos ajenos la alcanzaban, i de mui buenas ganas se habria convertido en hermana de caridad para con él. Pero si la vista del enfermo no hizo nacer en Anita mas que sentimientos de lástima, para José todo fué verla i codiciarle la dote, pues, interrogando con maña a los criados, habia sabido que don Javier era sumamente rico.

Cuando estuvo solo, dió rienda suelta a su fantasía. Lo primero en que pensó fué en esta ocasión de hacer fortuna que, de seguro, no se le presentaría otra vez, i desde luego resolvió poner todo su ingenio en aprovecharla. Cautivar el corazón de Anita no le parecía empresa difícil, i el ocultar sus intenciones i manera de vivir no le inspiraba cuidado, porque era viejo en esto de engañar, i mui pocos le conocían como grandísimo bellaco que era. En queriendo la niña, no había que pensar en los padres, pues no harían sino su voluntad, segun era lo mucho que la amaban. Viéndose José, con la imaginación, dueño de tantas riquezas, unas veces se entregaba en cuerpo i alma a los vicios sin temer la miseria, i otras se convertía en un buen padre de familia, amante de su mujer, modelo de sus hijos, i agradecido a aquellos a quienes les debía la fortuna. Pero esto lo pensaría después, decía consigo mismo; lo primero es tener la niña.

I esta empresa que José creía tan fácil, no lo era, porque Anita amaba a Carlos, hijo de don Luis Luzan que

era grande amigo de don Javier. Este joven, acompañando a su padre, había venido varias veces a la casa, i luego se atrajo el cariño de todos porque resplandecía en muchas virtudes. A las pocas veces que se vió con Anita, se amaron como si en toda la vida no hubieran hecho otra cosa. Don Javier i su esposa conocieron luego de qué se trataba; pero les parecía bien el enlace, i no se dieron por entendidos, dejando que obraran las cosas.

José mejoraba rápidamente, i ya había comenzado a poner en práctica su plan por ganarse todas las voluntades. Don Javier se felicitaba de haber socorrido a este joven tan bueno e inteligente, i ya había resuelto guardarle a su lado con un empleo. Doña Francisca no se cansaba de admirar la paciencia para sufrir los dolores que debían de ser atroces, porque, cuando lo acompañaba, lo veía apretar los dientes i levantar los ojos al cielo, pero no exhalaba ni una queja, i si muchos suspiros. Las sirvientes se esmeraban en cuidarlo, pues les agradecía tanto con la mirada i las palabras, que les parecía poco cuanto hacían por servirlo. La criada compasiva dijo en repetidas ocasiones, que ya quería como un hijo a este caballerito tan bueno, i la sirviente de mano declaró, con universal aprobación, que si don José ponía casa alguna vez, ella le serviría. No le encontraban punto de comparación con don Carlos, que nunca les decía nada i les daba las gracias a secas.

Pronto José estuvo en estado de levantarse, i cuando pensaba con bastante zozobra e incertidumbre en la partida, le comunicó don Javier el deseo de guardarle a

su lado, i le preguntó si queria servirle de secretario i llevarle los libros de comercio, porque José entendia bien estas cosas. Inmensa fué la alegría que aquellas palabras levantaron en su pecho, pues que la fortuna parecia llevarlo de la mano; pero, léjos de hacer demostracion alguna de gozo, finjio con grande habilidad mucha tristeza i vacilaba en la respuesta. Lo cual notado por don Javier, le dijo:

—¿No le parece bien, amigo, lo que le he propuesto?
—Al contrario; pero hace usted demasiado por mí.
—Déjese de hablar de favores i acepte.
—Me parece que mas voi a incomodar que a servir.
—Hombre, ya que tanto se resiste, le diré que si prefiere irse para su tierra...
—De ningun modo, don Javier... Era... en fin... temia...

—¿En qué quedamos, amigo?
—Acepto. Mil gracias, mil gracias, dijo José con voz enternecida i reprimió un sollozo que no habia pensado en salir.

Le arreglaron piezas en el segundo piso, que estaba desocupado. Tomó posesion del empleo, i tan activo i hábil se mostró, que don Javier, frotándose alegremente las manos, le decia a su esposa: Hija, este jóven vale mucha plata; no lo cambiaria por nadie.

En los pocos momentos que se juntaba con la familia, entretenia mucho a las señoras con su conversacion, porque se expresaba con facilidad i no sin cierta elegancia, i referia las cosas con gracia i mui a lo vivo. No se mos-

traba indiferente ni embarazado al dirijirle a Anita la palabra, sino que la trataba con despejo i cortesía, como si no se le pasara por la imaginacion la idea del casamiento.

Don Javier a las veces lo tomaba por compañero cuando salia a pasear, i en una de estas ocasiones pasaron frente a una casa incendiada la víspera, i exclamó don Javier:

—Hombre, ¡lo que son las cosas de esta vida!

—¿Por qué? le preguntó José.

—¡Lo que son las cosas! tornó a repetir. ¡I cómo suelen amontonarse las desdichas en una sola persona! Ahí tiene al dueño de esta casa, que fué mui mi amigo. Primero se murió él, despues se le murió la hija única que tenia, era una santa la pobrecita; i ahora se le ha quemado la casa.

—¡Pobre! exclamó José al modo eólico.

I anduvieron buen trecho tan mudos como los amigos de Job, cuando lo vieron leproso.

Cárolos Luzan había pasado en el campo esos días, i, apénas estuvo de vuelta, fué su primer cuidado ir a visitar a don Javier. No poca sorpresa recibió José cuando una noche vió conversando familiarmente a ese jóven con los dueños de casa, i a Anita con la mirada mui viva i la cara mui alegre. Asaltóle al momento sospecha de lo que había, i esto lo hizo turbarse algo al principio; pero se repuso luego, i estuvo mas animado que Cárolos, el cual tornóse triste i como contrariado por el huésped, cuya historia le habían referido; i aun debió de hacerle

algunas preguntas poco agradables a Anita, porque tambien ella, despues de un momento que conversaron en voz baja, se entristeció. Ninguna de estas cosas se le escaparon a José, i no le quedó duda de que tenia un rival temible i que le llevaba mucha delantera. Habil en el disimular, no hizo cosa alguna que revelara lo que interiormente sentia miéntras estuvo en la sala; mas, luego que llegó a su cuarto disparó el sombrero, arrojó los objetos que tenia en la mesa i que no corrían peligro de quebrarse, se tiró con cuidado el pelo, se cruzó de brazos i se los puso a la espalda con la frente inclinada, renegó i juró como un maldito, se paseaba, se paraba, prendió cinco cigarros i no fumó ninguno, hizo muchas tonterías durante un cuarto de hora, i por fin dijo: «Mil diantres! Mañana pensaré en esto.» Desnudóse, apagó lavela, cerró los ojos i no pudo dormir. Mil pensamientos se barajaban en tumulto en su fantasía, mas acalorada que la del mele-nudo poeta cuando se siente lleno del fuego divino i no encuentra consonante, o cuando ruje de impotencia al verse obligado a obedecer a ese metro miserable que debia ser humilde servidor suyo. I despues de verse atormentado por imaginaciones de toda suerte, i de determinarse ahora en tal sentido, ahora en tal otro, acabó por esperar que los acontecimientos vinieran a aconsejarle lo que debia hacer.

Mui de mañana abandonó José el insopportable erin i salió a andar por la Alameda.

En uno de los sofás, Pablo Real dormia a sueño suelto la borrachera. I este Pablo era un bribbon de siete

suelas. Dos años atras, habia sido cómplice de José en una estafa, i, cuando se descubrió el pastel, salió a dar un paseo por otros puntos para desorientar la policía. Miéntras tanto, cinco inocentes lo suplian en la cárcel por sospechas mui fundadas. Por dicha, les tocó un juez jóven i enéjico. Gracias a él, andaba el juicio bastante lijero en los preliminares, i ya les halagaba la esperanza de que en otros dos años se sobreseeria en la causa.

Luego reconoció José a su compañero, i, contentísimo con el hallazgo, resolvío, sin mas tardar, pedirle colaboracion i consejo en la obra que meditaba. Dedicóse buen rato a la árdua empresa de despertarlo i, luego que la llevó a cabo,

—Pablo, le dijo, ¿qué es de tu vida?

—¿Eh? Quién... ¿José?

—El mismo.

—¡Uf! ¡Qué gordo i bien vestido! Parece que te ha soplado buen viento.

—Así, así. Vamos andando, que ahora quiero formar sociedad contigo para un asuntito... ya te contaré. Es de los buenos i en grande.

—¡Hola! Al grano, al grano.

—Pobrecico estás.

—Hombre, i no es porque me haya ido mal, sino que todo es reunir algun dinerillo i ya estoi en liquidacion.

—¿Siempre en las mismas?

—Esto de la bebida.... Hijo, no bebas nunca, que es la mejor manera de arruinar la salud i el bolsillo. Contempla por un instante al borracho. Míralo.... Pero de

tanto predicar se me ha sacado el gaznate. Entremos aquí a mojar la palabra.

I vaso en vano se echaron a discurrir. Convinieron en que lo mas urgente era quitar a Carlos del medio i, por via de prueba, arreglaron la estratagemá que luego se verá.

Estaba, al dia siguiente, don Javier trabajando en el despacho con José, cuando le anunciaron la visita de una persona desconocida. La introdujeron.

—Caballero, dijo a don Javier, soi Martin Crapanuto, comerciante del sur.....

—Tenga la bondad de sentarse.

José se retiró.

—¿En qué puedo servirle? dijo don Javier.

—Vengo a preguntarle solamente... i usted dispensará la libertad que me tomo; vengo a preguntarle... si no le parece indiscrecion...

—Hable con toda libertad.

—Vengo a preguntale si es efectivo, si es cierto, si está enteramente arreglado el matrimonio del excelente i distinguido jóven don Carlos Luzan con la apreciable hija de usted.

—Esa pregunta me parece...

—Permitame usted; no lo hago por indiscrecion. Nó, de ninguna manera; pero ya me he llevado dos chascos por no tomar informes, i creer en palabras.

—¿De qué chascos habla usted? No le comprendo. Mas claro.

—Es poca cosa. He solidó [abrir crédito con la espe-

ranza de buenos enlaces... Esto no tiene nada de particular; es una garantía como cualquiera otra.

—¿Acaso Carlos...? Vea usted, no hai nada, absolutamente nada, dijo don Javier sorprendido; i si fuera cierto...

—No haga malos juicios. Era una simple pregunta. Llegan los casos tales que.....

—Si usted falta a la verdad... dijo don Javier levantándose.

—No estoy acostumbrado a oír insultos i me retiro. Gracias por el aviso.

—Haga lo que usted guste.

—Adios.

—Adios.

Don Javier se metió las manos en los bolsillos, i principió a pasearse mirando la alfombra. Se confundía i encontraba absurdo que Carlos, hijo de padres acomodados, jóven de tanto juicio, trabajador, de sentimientos nobles, anduviera en tales trampas.

—Mentiras, mentiras, dijo; mentiras, repitió casi en voz alta para ahogar la voz de la sospecha; solo prestar oídos a estas especies es ya una falta.

Tomó un libro, lo abrió i lo cerró. Quiso sacar cuentas i se le olvidaban los números.

—¿I por qué había de mentir ese comerciante? ¿No estamos viendo todos los días jóvenes... ¡Hum, hum!... Malo está esto, malo. ¿I la pobre Anita? Peor que peor. Se complica el asunto. ¿I mi amigo Luis? Habrá rompimiento. Nós, no puede ser, i me dejaría cortar la mano

porque no puede ser. I luego Francisca... ¡qué revoltrera! Mejor es no pensar. ¿Pero con qué objeto levantaria ese comerciante una calumnia tan tonta? Porque solo el venir a preguntar semejante cosa es ya motivo suficiente... ¡José!

—¿Don Javier?

—¿Le entendió el nombre a ese individuo que acaba de venir?

—Nó. Me parece que acababa en *ato*.

—Ni eso me acuerdo. No le entendí palabra. ¿Lo ha visto alguna vez?

—Nunca.

—¡Vaya, hombre! I no sé donde vive. ¡Necesito tanto hablarle! Pero no tiene remedio. A ver, concluyamos estas cuentas.

En la noche se vieron Pablo i José.

—Bravo, mui bien, le dijo éste. No habrá necesidad de otra cosa. No podía esperarse mejor resultado. Don Javier anda hecho un cipres i la señora sauce lloron, sin dejar de decirse mútuamente que todas son mentiras, i que Carlos no es capaz de eso. A Anita no le han dicho ni una sola palabra, i de ello está mui apesadumbrada.

Mucho le sorprendió a Carlos la seriedad de los padres de Anita, en la próxima vez que fué a la casa. Le preguntó qué significaba esto, i ella no supo darle razon, de lo cual se aflijío sobremanera, por ocurrírsele que él era la causa.

Volvió al otro dia, i estaban mas serios i disgustados.

Quiso hablarle a don Javier; pero no tuvo ánimo i resolvió contarle el caso a su padre, i pedirle que arreglara de una vez el asunto.

ESCENA.

DON LUIS, DON JAVIER.

DON JAVIER.

Buenos dias, Luis. ¿Qué se te ofrece tan temprano?
Pensativo vienes.

DON LUIS.

Es importante lo que me trae.

DON JAVIER.

¿Pues hai mas que decirlo?

DON LUIS.

Ya sabes que a mí me gusta hablar pan pan, vino
vino.

DON JAVIER.

I a mí lo mismo; pero no me imagino a qué viene este preámbulo.

DON LUIS.

Queria hablarte de este muchacho Carlos... ¡Hola! No te pongas tan serio... que ha venido mui triste a decirme que habia notado en tí i Francisca mucho desagrado

de verlo. I me confesó lo que ya tú demasiado habrás conocido, que quería a tu hija. A ver si podemos arreglar este matrimonio. El se halla en buena edad, o, si quieres, puede esperarse algún tiempo.

DON JAVIER.

Sí, sí. Mucho me gusta; pero.....

DON LUIS.

¿Hai pero?

DON JAVIER.

No hai que apresurarse. La cosa es grave.

DON LUIS.

Algo me ocultas, Javier. ¿Ha hecho Carlos alguna cosa indigna de un caballero? Háblame con franqueza. No creas que me cegará el cariño de padre, ni que carezca de fuerzas para sufrir, i yo sería el primero en castigar a ese muchacho. I ya que el asunto ha tomado visos de grave i escabroso, jurémonos, Javier, que su resultado, sea el que fuere, no turbará en lo menor nuestra amistad tan antigua i tan probada.

DON JAVIER.

¿Es posible que abrigues semejantes temores? Pero, ya que me lo pides, te lo prometo, i confirmo la promesa con un abrazo. (*Se abrazan un tanto conmovidos.*)

DON LUIS.

Hombre, ¡lo que es ser viejo! Estoí que lloro.

DON JAVIER.

Vaya, vaya. Dilucidemos el asunto como si en nada nos tocase.

DON LUIS.

Javier, con franqueza i sinceridad. Haz cuenta de que no estás hablando con el padre de Carlos, sino con tu hermano, con tu mejor amigo. I hasta llego a celebrar esta pequeña ocurrencia, porque ha servido para estrechar los lazos de nuestra amistad.

DON JAVIER.

Lo que hai es lo siguiente. Un comerciante ha venido a preguntarme si ya estaba enteramente arreglado este matrimonio, i me dió a entender bien claro que andaba Carlos abriéndose crédito con la expectativa de la dote de mi hija.

DON LUIS.

¿I quién es ese comerciante?

DON JAVIER.

Nunca lo había visto, ni nadie aquí lo ha conocido. El nombre no se lo entendí.

DON LUIS.

¿I tú creiste lo que te dijó?

DON JAVIER.

Nó, por supuesto.

DON LUIS.

Naturalmente, es lo que debias hacer. Algun bribon...
¿I entónces por qué te has mostrado así con Carlos?

DON JAVIER.

¿Por qué? Ni yo mismo te lo sabria decir.

DON LUIS.

Pero tú no has creido. ¿No es verdad?

DON JAVIER.

¿Cómo habia de creer semejante absurdo?

DON LUIS.

Bien dicho. Bueno, ¿i por qué te mostraste así con ese
pobre muchacho?

DON JAVIER.

Hombre, hazte cargo de que solo tengo una hija, i es-
tas cosas me dejan... así...

DON LUIS.

No soi mui rico; pero habrás considerado que Carlos
no tiene necesidad de tu dinero.

DON JAVIER.

Absolutamente ninguna.

DON LUIS.

Claro; ninguna. Ni de nadie tiene necesidad.

DON JAVIER.

Ya lo creo.

DON LUIS.

¿I entonces por qué...

DON JAVIER.

Volvemos a la pregunta. ¿No te digo que de esto no puede nadie desentenderse?

DON LUIS.

Javier, me parece que has creido.

DON JAVIER.

Luis, te estoy encontrando algo... algo...

DON LUIS.

Acaba, acaba.

DON JAVIER.

Impertinente. No te enojes.

DON LUIS.

¿I por qué me habria de enojar? Si me lo hubiera dicho otro... ¿Sabes lo que se me ocurre?

DON JAVIER.

Nó.

DON LUIS.

Por lo que te haces de rogar, parece que tú crees hacerle un honor a mi hijo casándolo...

DON JAVIER.

¡Qué disparate! ¡Cuando es cosa tan clara que la honra seria para mi hija! ¿Hai por ventura, en el mundo otro como tu Carlitos?

DON LUIS.

Nó, no hai; miéntras que en todas partes se encuentran anjelitos de mejor cara...

DON JAVIER.

Pero no de mejor dote.

DON LUIS, *levantándose.*

¿Eh?

DON JAVIER, *levantándose.*

¿Eh?

DON LUIS.

¡Esto es lo que saca uno con meterse con hijos de mayordomos!

DON JAVIER.

Yo no sé quién será el que tiene unos barriles de su padre que era tabernero.

DON LUIS.

¿Cómo, cómo, cómo? Yo no tolero que se diga nada de mi padre.

DON JAVIER.

Ni yo tampoco.

DON LUIS.

Que un cualquiera venga a decir...

DON JAVIER.

¿Insultos a mí i en mi casa? Salga usted inmediatamente.

DON LUIS.

¡Miren quién me manda! Salgo si me da la gana, esté donde esté.

DON JAVIER.

¡Fuera el miserable si no quiere que con esta silla...

DON LUIS.

¡Qué! ¿Amenazas? Bribon...

DON JAVIER.

¡Fuera!

DON LUIS.

¡No quiero!

DON JAVIER, *levantando la silla.*

¡Fuera, repito!

DON LUIS.

¡Tócame por tu vida, i verás!

DOÑA FRANCISCA, *entra a las voces.*

¡Qué hai, qué hai! ¡Dios mio!... ¡Javier!... ¡Don Luis!

DON JAVIER.

¡Que salga ese badulaque!

DON LUIS.

El badulaque es usted, i ahora salgo porque quiero.—
(*Se va.*)

DON JAVIER.

¡I que jamas vuelva a poner los piés en mi casa!

DOÑA FRANCISCA.

Cálmate, por Dios, Javier. ¿Qué dirán?

DON JAVIER.

Hija, no me toque. No me toque, hija, ¿o no me entiende?

DOÑA FRANCISCA.

¡Dios mio! Javier...

DON JAVIER.

¡I que jamas me nombren a ese muchacho perdido!

DOÑA FRANCISCA.

¡Javier, por Dios!...

DON JAVIER.

¿No me oye? ¿No digo que no me lo nombren? ¡Tráiganme mi revólver!... Hablar así de mi Anita... ¡Ah! —(Cae.)

DOÑA FRANCISCA.

¡Javier, Javier!... ¡Ataque, ataque al corazón!... ¡Agua, el frasco!... ¡Antonia, José, un médico!

Luego se supo en todo Santiago, el rompimiento de este matrimonio que consideraban un hecho.

Hé aquí lo que se oia:

DOS QUE SE ENCUENTRAN EN LA CALLE.—Hombre, ¿supiste?—¿Que se acabó el casamiento...?—¿I por qué habrá sido?—Dicen que don Javier le puso a Carlos la condición de recibirse de abogado.—¡Pamplinas! A mí me contó una persona que lo supo de muy buena tinta, que don Javier andaba mal en los negocios, i quería que el papá de Carlos lo afianzara en una gran cantidad. El otro no quiso.—Bien hecho.—Estos suegros...

EN UNA VISITA.—¿I qué ha sabido usted del matrimonio de este joven Luzan?—Parece que Anita le ha dado calabazas en regla. Dicen que está enamorada de un empleado de don Javier.—Pues a mí me han dicho que el joven quiere a otra niña. Esto me lo comunicó una persona, que lo supo de otra i ésta de otra que se lo oyó a la

misma niña, tras de quien anda Carlos ahora.—Entónces no hai lugar a duda.

EN OTRA VISITA.—(El mismo preámbulo.)—Dicen que ha sido don Javier el que ha deshecho el casamiento. I tiene razon, porque, segun he oido, el jóven es de mui malas costumbres i solo buscaba la dote. Hai personas que lo han visto ébrio en la calle. Yo, por mí, no creo nada de esto.—Dicen que es mui bueno; pero que tiene mala cabeza.—Otros dicen que es mui raro.—Vaya, vaya; no estén desacreditando...—;I quién desacredita? ¿Desacreditas tú, Elvira?—;Yo? Dios me libre. No lo he hecho en mi vida.—Ni yo tampoco. Pero una cosa es decir lo que oímos i otra...

ENTRE SEÑORAS.—(El mismo preámbulo.)—;Sabes por qué ha sido? Te diré..., pero están las niñas oyendo. Cuando estemos solas.—Talvez será lo mismo que me han contado a mí.

ENTRE MOZOS.—(El mismo preámbulo.)—;Buena la que se la ha ido al pobre jóven!—Iba a sacar la tripa de mal año.—I lo mejor es que se ha quedado con coche, muebles de todo lujo i una porcion de cosas encargadas.—;Qué clavo!—;Aprovechemos, hijos mios, la ocasion! —;Acuidid, acuidid!—;Si dicen que a esa casa no se puede visitar! El caballero es un patan necio i orgulloso, i su mujer llena de vanidades.—Que entónces se vayan al diablo.—Pero que dejen la hija.—;Qué harias tú si te casaras con ella?—Lo que tú no podrias hacer.—;Ah, ah! Nadie diga: no me llamaré Cornelio.

No son para contadas las penas de Anita desde que la llamó su mamá i le dijo que no volviera a pensar en Carlos. Refiriéronle cuanto había pasado, i, en vez de dar el menor crédito a lo que contaban de él, lo amó cien veces más. La pobre no hacia sino llorar, i se iba enflaqueciendo, i perdió las ganas de comer. Hizo varias veces el propósito firme de meterse monja en la primera oportunidad, i ella, que hasta entonces había sido modelo de sumisión i de obediencia filial, con vergüenza sintió en el pecho ímpetus de rebelion a la voluntad de sus padres, i hubo ratos en que no los quería. Cuando entraba al cuarto de don Javier, que aun guardaba cama, no se atrevía a mirarlo i él apénas le dirijía la palabra.

José en esta ocasión desplegó mas actividad que nunca. Despues que pasaron los primeros días de tristeza para Anita, comenzó con mucho tino a enamorarla. Algunas veces la miraba así como con fijeza i ternura, i, cuando ella lo sorprendía, apartaba inmediatamente los ojos i hacia todo lo posible para ruborizarse. Luego fueron ofreciéndose las pequeñas atenciones, contradecia a los demás para ceder a Anita, e hizo todas aquellas cosas que solo se ven en estas circunstancias.

Doña Francisca, aun cuando tenía una cara que convidaba a la meditacion, era mui lagarta i no se le iba ninguna. Luego notó la conducta de José, i esto la puso en situacion difícil, porque, aun cuando lo apreciaba como empleado activo, inteligente i merecedor de toda confianza, ni con mucho le parecía digno de Anita. Temía, por otra parte, comunicar sus sospechas con don Javier,

porque indudablemente le daria grande incomodidad, sobre todo por los sucesos recien pasados. Tampoco se atrevia a manifestarle a Anita que no le prestara oidos a José si le decia algo de amor, porque al corazon le sucede en esto al revés de las fortalezas con que ordinariamente se le compara, las cuales son tanto mas inexpugnables cuanta mayor vijilancia se observa en su custodia, i aquel nunca está mas cerca de rendirse que cuando se le guarda con mayor cuidado; i esto da grande aliento al enemigo, que atribuye ese cuidado mas al temor de la facilidad de rendirse que a una cuerda precaucion.

La situacion de Cárlos no era mas halagüeña que la de su Anita. No habia que pensar en volver a casa de don Javier, porque su padre se lo habia prohibido, i le declaró que renunciara a toda esperanza de arreglo. Mucho hizo Cárlos por descubrir al autor de la trama, pero sus esfuerzos fueron inútiles. I lleno de desaliento i dejándose llevar de la melancolía, pasaba horas mui amargas.

Una de esas noches fué José a la cita que tenia con Pablo i no lo encontró, i como mirase a su alrededor por si lo descubria, vió a poca distancia mucha reunion de gente. Llevado de la curiosidad se acercó, i era que Pablo, ébrio como de costumbre, pugnaba por desasirse de un policial que queria llevarlo a la cárcel. Pablo alcanzó a ver a José, i tan pronto como lo vió, comenzó a grandes voces a pedirle auxilio, i le decia al policial que ese caballero era mui su amigo i podia dar testimonio de su honradez. Mas José temió infundir sospechas si se

daba por aludido en presencia de tantas personas, i no era para ménos esto de ver a un borracho tratar con tanta familiaridad a un jóven decente, i a José de ningun modo le convenia exhibirse demasiado i llamar la atencion de la policía, por aquello de la estafa. Hizose, por tanto, del disimulado i miró a otros como que no era a él a quien se dirijia Pablo, i luego se escabulló por entre la jente con mucha destreza. Pablo, al ver esto, murmuró algunas amenazas i se dejó llevar.

Con indecible sorpresa, recibió José al otro dia una carta de Carlos, en la que lo invitaba a pasar a su casa. Luego conoció que Carlos desesperado de no poder comunicarse con Anita, ni hallar manera de manifestarle su inocencia, queria valerse de él, como que era la única persona que podia servirle de mediador al lado de la niña i aun del padre. Bien dispuesto a sacar todo el partido posible para sus planes de esta nueva conyuntura, se apresuró a ir a casa de Carlos.

ESCENA.

CÁRLOS, JOSÉ.

CÁRLOS.

Buenos días, José. Tenga la bondad de sentarse.

JOSÉ.

Gracias. Recibí una carta suya...

CÁRLOS.

No le habría dado la molestia de venir, si me hubiera
sido posible pasar a casa de don Javier. Usted me dis-
pensará.

JOSÉ.

No hai de qué.

CÁRLOS.

Le voi a pedir un favor que le agradeceré eterna-
mente.

JOSÉ.

El que usted quiera.

CÁRLOS.

Usted sabrá, porque ya nadie lo ignora, mi pasión por
Anita. Lo que últimamente ha sucedido, i que no sé có-

mo explicarme, me quitó al principio toda esperanza. Sin embargo, el amor... si usted ha querido alguna vez...

JOSÉ.

Sí, sí. Conozco lo que es eso, por desgracia.

CÁRLOS.

Dispense usted si le he traído a la memoria algun recuerdo infausto.

JOSÉ.

Una ingrata... allá en mi tierra... En fin, ya pasó. No hai que pensar en esto, i volvamos al asunto.

CÁRLOS.

Supongo, naturalmente, que usted no habrá dado crédito a esa calumnia que me han levantado.

JOSÉ.

Jamas he dudado de la rectitud de sus sentimientos, i varias veces le he hablado en este sentido a don Javier, a riesgo de disgustarlo.

CÁRLOS.

Mil gracias. Pero, ¿ha visto usted qué infamia?

JOSÉ.

Es cosa propia de corazon vil, bajo, miserable.

CÁRLOS.

Me hiere la sangre cada vez que pienso en esa calumnia atroz.

JOSÉ.

No encuentro palabras con qué calificarla.

CÁRLOS.

Si tuviera al alcance de mi mano al autor de esa trama diabólica, le diría: ¡usted es un bribón!

JOSÉ.

¡Bien dicho!

CÁRLOS, *levantándose.*

¡Le haría dar de palos por los criados!

JOSÉ.

¡Muí merecidos!

CÁRLOS, *acercándose a José.*

¡Lo ahogaría!

JOSÉ, *retirándose sin levantarse.*

Cálmese, don Carlos.

CÁRLOS.

¡Lo haría pedazos!

JOSE.

Modérese.....

CÁRLOS, *asiendo a José por el cuello.*

¡Le... le... le... le... al miserable!

JOSE.

Soi yo, don Carlos, soi yo. No me despedace la corbata.

CÁRLOS.

¡Ah! ¿Es usted? Tiene razon. Dispense... se hará cargo... (*Se sienta.*)

JOSE.

Naturalmente. Son arrebatos... Pero volvamos al asunto. (*Mirando el reloj.*) Ando escaso de tiempo.

CÁRLOS.

El servicio que le pido... pero, aguarde un momento. (*Va a juntar la puerta que ha quedado entreabierta.*)JOSE, *solresaltado.*

¡Eh! ¿Qué le va a echar llave?

CÁRLOS.

Nó, voi a cerrarla no mas, para que no nos oigan. (*Volviendo al asiento.*) Pero, hombre, cualquiera diria que usted tiene miedo.

JOSÉ.

¿Yo? Pschit. ¿Por qué? Creí que iba a echar llave i no le veia objeto... (*Mirando el reloj.*) ¡Oh! Solo puedo disponer de unos cuantos minutos. Me esperan.

CÁRLOS.

Necesito de su mediacion para arreglarme con don Javier. Por una feliz casualidad, he descubierto al autor de la infamia...

JOSÉ, *levantándose con ligereza.*

¿De véras? Lo felicito, lo felicito. Me alegro mucho, muchísimo.....

CÁRLOS, *levantándose.*

¿Se alegra mucho, muchísimo?

JOSÉ.

Mucho, muchísimo. ¡Me interesan tanto las cosas de usted!

CÁRLOS, *mirándolo con fijeza.*

¿Conque le interesan mucho? ¿Eh?

JOSÉ, *retirándose.*

Extraordinariamente. Cien veces mas que las mías. (*Mirando el reloj.*) Tengo que irme. ¡Cuánto siento no alcanzar a saber los pormenores! (*Le da la mano a Cárlos.*) Adios, lo felicito con todo... créame usted.

CÁRLOS, *sin soltarle la mano.*

Lo que creo es que usted es el pícaro mas desvergonzado que existe en la tierra.

JOSÉ, *se suelta.*

¡Otro arrebato! Cálmese usted.

CÁRLOS.

¡No puedo mas! ¿Sabe don bellaco...

JOSÉ.

En fin, voi a retirarme...

CÁRLOS, *cerrándole la salida.*

No pierda usted tiempo en disimular. ¡No saldrá de aquí hasta que no haya arrojado la máscara!

JOSÉ.

Pero, al fin i al cabo, ¿usted se dirige verdaderamente a mí?

CÁRLOS.

¡No se cómo me contengo!

JOSÉ, *con entereza.*

¡Caballero! Usted me dices cosas que no puedo tolerar!

CÁRLOS, *en tono burlón.*

No se acalore...

JOSÉ.

¡Que no toleraré, repito!

CÁRLOS.

Mas tranquilidad. Modere esos arrebatos.

JOSÉ.

Parece que sus espaldas tienen muchas ganas de tomarle peso a este baston.

CÁRLOS, *tomando una silla.*

¿Palos a mí? ¿A mí?

JOSÉ, *atemorizado.*

Nó, nó... decia el peso... pero si usted no quiere...

CÁRLOS, *persiguiéndolo; pero corrándole siempre la salida.*

¿Palos a mí? Bribon, miserable...

JOSÉ, *huyendo i procurando ganar la puerta.*

¡Repare usted que soi su huésped!

CÁRLOS.

¡Hipócrita!...

JOSÉ.

¡Un hombre indefenso!...

CÁRLOS.

¡Desvergonzado!...

JOSÉ, *parándose repentinamente.*

Por fin, ¿todas estas cosas me las dice usted seriamente o de broma?

CÁRLOS, *parándose al mismo tiempo.*

¿Me encuentras cara de burlas?

JOSÉ.

¡Oh! Eso es otra cosa. Pensaba que... Porque le advierto que bromas de esa naturaleza no se les toleraría ni a usted ni nadie. Pero, ya que habla seriamente, podemos llegar a entendernos. Me dice usted...

CÁRLOS.

¡Miserable! (*Gritando hacia una de las puertas del costado.*) ¡Entra!

ESCENA.

DICHOS I PABLO.

JOSÉ, *aparte.*

¡Soy perdido!

CÁRLOS.

¿Conoce a este individuo?

JOSÉ.

¿A cuál?

CÁRLOS.

A éste. No hai otro.

JOSÉ.

Nó; nunca lo he visto.

PABLO.

José, ¿no me conoces?

JOSÉ.

Ya lo dije. No lo creia a usted, don Carlos, tan hábil para formar intrigas.

CÁRLOS, *desconcertado*.

Pablo, dice que no te conoce.

PABLO.

No es posible. ¿No me conoces, José? ¿A mí, a Pablo, a Pablo Real, no lo conoces?

CÁRLOS, *a Pablo*.

¡Ai de tí, si me has engañado!

JOSÉ, *retirándose*.

Don Carlos, no será ésta la última vez que nos vemos.
(*Sale*.)

Cárolo, desconcertado por la sangre fria de José, se volvió furioso contra Pablo; pero éste luego le quitó todo cuidado, ofreciéndole ir inmediatamente a casa de don Javier, tal como fué cuando se disfrazó de comerciante. El traje lo tenía en una casa de prendas, i todo se llevó a cabo con la mayor felicidad.

FINAL.

José se hizo humo.—Reconciliacion de los dos viejos, con grande acompañamiento de tos, sonajera de narices, abrazos i lagrimones.—Llanto de ternura de la chiquilla, i por analogia tambien lloran la madre i las sirvientes.—Borrachera extraordinaria de Pablo.—Coro de criadas: ¡Vaya con don Josecito!—Casamiento. I en ese dia Cárolo i Anita se acostaron ántes que las gallinas i se levantaron despues de las mariposas.

FIN.

ÍNDICE

| | PAJ. |
|--|------------|
| DEDICATORIA..... | 5 |
| Al lector..... | 7 |
| Un muchacho de esperanzas..... | 11 |
| Los ilustrados..... | 23 |
| El estudio de las Bellas Artes..... | 37 |
| Los discursos..... | 45 |
| Pesadilla literaria..... | 51 |
| Disertacion legal..... | 57 |
| Fragmentos..... | 63 |
| La conversacion..... | 75 |
| Una discusion importante..... | 85 |
| Carta singular..... | 91 |
| Un viaje provechoso..... | 97 |
| La musica | 105 |

| | PAJ. |
|-----------------------------------|------|
| No es tan fácil escribir..... | 111 |
| Junta curiosa..... | 121 |
| Un dia de lluvia..... | 125 |
| Los hombres públicos..... | 133 |
| Amorcillos | 141 |
| Percance de un orador..... | 145 |
| Niñadas | 153 |
| Apariencias | 159 |
| Delectare monendo..... | 165 |
| Una nueva religion..... | 171 |
| La malédicencia..... | 185 |
| Buena idea..... | 189 |
| Qué dirá la jente..... | 195 |
| Aventurilla nocturna..... | 201 |
| Un jóven de sociedad..... | 209 |
| Un paseo en el campo..... | 217 |
| Oleografías de costumbres..... | 227 |
| Vistazos literarios..... | 235 |
| Travesura inocente. (Novela)..... | 247 |



